

CUÉNTAME una HISTORIA



un págslo por el mundo antiguo
de la mano de Heródoto

CARLOS GOÑI

se

Lectulandia

Las historias que no se cuentan caen en el olvido y horadan la memoria. Eso lo sabía bien Heródoto de Halicarnaso, quien hace veinticinco siglos viajó por todo el mundo conocido, indagando, preguntando, observando... y recopiló sus «historias», es decir, el informe de sus indagaciones, en una obra grandiosa que ha pasado a la posteridad con el desnudo título de Historia. Este libro propone un fascinante paseo por el mundo antiguo de la mano de Heródoto. El «padre de la historia», como lo llamó Cicerón, nos cuenta cómo se las ingenió el faraón Psamético para saber quiénes fueron los primeros habitantes del mundo, cómo Creso destruyó un gran imperio, que resultó ser el suyo, o por qué se decía que el rey persa Ciro era hijo de una perra. Gracias a él nos enteramos de que las murallas de Babilonia eran inexpugnables, que la geometría se inventó en Egipto o que el relincho de un caballo entronó al rey Darío. Heródoto nos narra las grandes batallas entre persas y griegos: Maratón, Salamina, Platea...; por él sabemos que el rey Jerjes hizo azotar el mar, que el futuro de occidente se dirimió en las Termópilas y que los temidos Inmortales no eran inmortales. Y muchas, muchas cosas más. Digámosle, pues, a Heródoto: «Cuéntame una historia», y vayamos de su mano a recorrer el mundo antiguo, tan lejano y tan cercano, tan viejo y tan nuevo, tan asombroso y tan bello. Después de cada historia intentemos sacar alguna enseñanza de la que es, una vez más en palabras de Cicerón, «magistra vitae», maestra de la vida.

Lectulandia

Carlos Goñi

Cuéntame una historia

Un paseo por el mundo antiguo de la mano de Heródoto

ePub r1.0

Titivillus 27.08.16

Título original: *Cuéntame una historia*
Carlos Goñi, 2011
Ilustraciones: Miriam Bauer
Diseño de cubierta: Mauricio Restrepo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Las historias que no se cuentan caen en el olvido y horadan la memoria. Eso lo sabía bien Heródoto de Halicarnaso, «el padre de la historia», como lo llamó Cicerón. El primer historiador publicó sus «investigaciones» con el fin de que «no llegue a desvanecerse con el paso del tiempo la memoria de las gestas de los hombres». Viajó por todo el mundo conocido, indagando, preguntando, observando... y recopiló sus «historias», es decir, el informe de sus indagaciones —según la traducción fiel del griego—, en una obra grandiosa que ha pasado a la posteridad con el desnudo título de *Historia*.

Ante la obra de Heródoto, las diferentes ediciones titubean entre llamarla *Historia* o *Historias*. A mi juicio, aquí el número gramatical es indiferente, pues el infatigable viajero de Halicarnaso quiso hacer las dos cosas: contar historias e interpretar la historia. La primera tarea lleva a la segunda y la segunda ayuda a entender la primera. Las historias conforman la historia y ésta da sentido a aquéllas. El plural y el singular se necesitan mutuamente.

Muchos han criticado el método utilizado por Heródoto. Lo consideran poco científico, poco histórico, poco profesional. Pero lo hacen a toro pasado, no tienen en cuenta que el que abre camino no dispone del mapa de carreteras que está confeccionando, que, como decía el historiador italiano Arnaldo Momigliano, «no hubo ningún Heródoto antes de Heródoto». Yo, sin embargo, admiro profundamente al pionero de Halicarnaso porque supo conjugar el trabajo de campo con la reflexión histórica, porque fue honesto presentando las pruebas como pruebas y las habladurías como tales, y porque te hace, en fin, admirar la historia. En este sentido, Heródoto es más que un historiador; es un *historiófilo*, un amante de la historia, como un filósofo es un amante de la sabiduría o un filólogo lo es de la palabra.

El amante de la historia se echa a los caminos. Así, el «Marco Polo de la antigüedad», como lo llamará el helenista Jaime Berenguer, viaja hasta los confines del mundo, desde Iberia hasta Babilonia y desde el Alto Nilo hasta el norte del mar Negro, para investigar, preguntar, indagar las historias de los diferentes pueblos, sus costumbres, sus creencias, sus construcciones, sus formas de vida, sus victorias y sus derrotas... con tal de entender por qué los bárbaros lucharon contra los griegos, por qué entraron en liza Oriente y Occidente, por qué la paz se cobra tanta violencia, por qué los hombres se empeñan en ser como dioses.

Contar historias llevará a Heródoto a intentar formular una ley general de la Historia. Los acontecimientos parecen ir a la deriva, incluso, muchas veces, resultan contradictorios; no obstante, siempre tienden al equilibrio. Se trata de la «ley del ciclo» que el historiador pone en boca del rey Cresos: «en el ámbito humano existe un ciclo que, en su sucesión, no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas» (I, 207). A un momento de esplendor le sigue tarde o temprano la desgracia; la soberbia, la altanería, el exceso, la prepotencia (*hybris*, en griego)

provocan lo celos o «envidia divina» (*theios phthónos*). La desmedida del hombre soberbio le lleva irremediabilmente a caer en el error, la ceguera y sordera de espíritu (*ate*) y, como consecuencia, es castigado por los dioses, porque existe una ley transhistórica, que rige la historia, cuyo cometido es poner las cosas en su sitio cuando los hombres sobrepasan los límites. Esta norma no escrita se puede formular de una manera más cercana: la felicidad humana no dura para siempre porque la divinidad envidia al hombre excesivamente feliz.

Para exponer esa ley universal e inquebrantable Heródoto echa mano de un concepto que sus contemporáneos entendían bien: el Destino. El equilibrio, por lo general en forma de castigo, se impone siempre valiéndose de pretextos aparentemente nimios. El Destino utiliza hombres particulares para provocar enfrentamientos entre pueblos, para desatar enemistades entre naciones, para hacer saltar la chispa de la guerra. Frecuentemente se manifiesta en un oráculo o un sueño; cuando eso ocurre, la historia alcanza un momento crítico que se resuelve, como en las obras de Sófocles, de forma trágica.

La guerra suele ser el medio tanto de desequilibrar los acontecimientos como de generar el equilibrio; sin ella, probablemente, no habría historia; sin ella, probablemente, Heródoto no habría escrito su *Historia*, en la que, como seguimos leyendo en el Proemio, quiere «exponer con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente» los griegos y los bárbaros. La guerra obedece a la ley de la historia, pero su origen hay que buscarlo en un deber sagrado inscrito en el corazón humano: la venganza.

Tres siglos antes, Homero había explicado estas mismas ideas componiendo una gran epopeya: la *Ilíada*, donde los griegos se embarcan contra Troya por desquite de una afrenta sufrida por uno de los suyos. Heródoto lo va a intentar de forma no poética, sino racional, aportando datos, investigando, escribiendo historias que demuestren que existe una Historia, por eso, es a él a quien con todos los honores le corresponde el título con que le bautizó Cicerón.

Sea o no válida la ley que establece Heródoto, lo que no puede someterse a discusión es que su obra tiene un gran atractivo. Ya lo tuvo para los antiguos, quienes la dividieron en nueve libros y pusieron a cada uno el nombre de una Musa (lo que denota su inestimable carga literaria), y lo tiene también para nosotros, más necesitados que ellos de que nos cuenten historias. Ellas nos llevarán hasta nuestros orígenes y harán que no se nos olvide quiénes somos.

Leer a Heródoto no es únicamente mera curiosidad —y, por supuesto, un gran placer—, sino también una necesidad de nuestro tiempo; no sólo porque, como dice Alain Minc, «la historia nos tiene cogidos por la garganta», sino porque no podemos dejar que nos ahogue. El olvido, contra el que lucha la disciplina que cultivó el de Halicarnaso, nos devuelve a un estadio prehumano, mientras que la memoria nos hace humanos porque ella conforma el alma de la humanidad.

Heródoto es un contador de historias. Nos ofrece un mosaico precioso compuesto

de narraciones o *logoi*, cuya base histórica a veces no está muy clara. Pero eso no importa; lo que importa es que el indagador ha registrado lo que ha visto con sus propios ojos (*autópsia*) y lo que han referido las personas con las que ha hablado: todo ello conforma lo que ha quedado en la memoria de las gentes y eso constituye la verdadera historia. Hemos de tener en cuenta que, en ocasiones, la memoria desdibuja la realidad y da lugar a leyendas o mitos, cuya relación con la historia nadie es capaz de ponderar en su justa medida.

Digámosle a Heródoto: «Cuéntame una historia», y vayamos de su mano a recorrer el mundo antiguo, tan lejano y tan cercano, tan viejo y tan nuevo, tan asombroso y tan bello. Después de cada historia intentemos sacar alguna enseñanza de la que es, una vez más en palabras de Cicerón, «*magistra vitae*», maestra de la vida.



Cuenta la mitología que para determinar el centro del mundo, Zeus soltó dos águilas desde los extremos de la tierra. Las aves volaban a la misma velocidad y se cruzaron en Delfos. Allí colocó el rey de los dioses una piedra de forma cónica llamada *ómphalos*, que significa ombligo, porque aquel lugar era por decreto divino «el ombligo del mundo». Por su parte, un rey egipcio de la Antigüedad quiso descubrir quiénes fueron los primeros habitantes del mundo. El método que utilizó no fue menos rocambolesco que el que usó el rey del Olimpo: no se valió de dos águilas, sino de dos recién nacidos a los que sometió a un experimento inhumano. El resultado nos lo narra Heródoto y nos da pie a contar nuestra primera historia.

Era una creencia común entre los antiguos que los egipcios eran los primeros habitantes del mundo. Eso fue así hasta que al rey Psamético, en el siglo VII a. C., se le ocurrió hacer un experimento para descubrir cuál era el idioma primigenio y, por lo tanto, qué pueblo era el más antiguo.

Para tal fin, entregó a uno de sus pastores a dos niños nacidos de padres humildes con la orden de que los criara en sus apriscos sin contacto alguno con otros seres humanos. Algunas versiones de esta historia dicen que los encerró con sus respectivas madres, a las cuales previamente les había cortado la lengua. Sea como fuere, el propósito de Psamético era que los pequeños crecieran sin oír ni una sola palabra humana, de modo que la primera que pronunciaran indicaría la lengua originaria de todas las lenguas y, por lo tanto, los hombres que la hablaran serían los habitantes más antiguos del mundo.

El faraón estaba convencido de que la primera palabra que pronunciarían los dos pequeños sería egipcia, ya que creía que el pueblo egipcio era el más antiguo de cuantos habitan el orbe. Pero no fue así. Un día pidió audiencia el pastor que se encargaba de los niños. Se arrodilló ante el rey y dijo:

—*¡Becós!* Ésa es la primera palabra que han pronunciado los niños que me confiasteis. Era lo único que decían esta mañana en cuanto me han visto.

—¿Y estás seguro de que no la han escuchado de ti o de algún otro? —preguntó Psamético.

—En absoluto —respondió el pastor—. Te aseguro que nadie ha hablado nunca con los niños. Sólo yo he estado con ellos y jamás he pronunciado palabra alguna ni en su presencia ni cuando cuido el ganado.

—*Becós, becós...* —se decía a sí mismo el faraón—. ¿Y no sabes qué significa?

—No lo sé señor, pero os aseguro que esa palabra era la que repetían los niños.

El rey dio por válida la prueba y reunió a todos los sabios de Egipto para que investigaran qué significaba y de qué idioma procedía aquella primera palabra. Uno

de esos sabios, que había viajado por todo el mundo conocido, lo descubrió enseguida:

—*Becós* significa «pan», que era lo que los niños pedían a su cuidador, y es palabra frigia.

Psamético concluyó entonces que los frigios superaban a los egipcios en punto de antigüedad y que, como quedaba demostrado, eran los primeros habitantes del mundo. Los sabios allí reunidos no veían muy claro el método utilizado por su rey, pero no se atrevieron a contradecirlo. Al contrario, todos asumieron que Frigia era la nación más antigua y los frigios, los primeros habitantes de la tierra (II, 2).

MAESTRA DE LA VIDA

Heródoto es un historiador indisciplinado. Y lo es por la sencilla razón de que fue el pionero de algo que todavía no se había convertido en disciplina académica, ni siquiera en género literario. (Los logógrafos de la Antigüedad, como el famoso Hecateo de Mileto, no eran sino cronistas o compiladores de acontecimientos). Él no tiene que rendir cuentas a ninguna academia ni someterse a ningún tribunal que le acredite la suficiencia investigadora, sino que goza de la libertad de los creadores. El que llega primero no tiene referencias, al contrario, es el que marca los tiempos. Por eso a Heródoto no le podemos pedir lo que exigimos a sus discípulos.

La disciplina histórica se supedita a los documentos escritos, pero el indisciplinado de Halicarnaso va más allá: habla con la gente, escucha historias y nos las cuenta. *Sensu stricto*, la historia se escribe; sin embargo, él la cuenta. De hecho, parece que compuso su obra dividida en 28 *logoi* o temas, con la intención de que fuera declamada públicamente y él lo hizo en varias ocasiones. Eso hace que la historia herodótea se mezcle a veces con la leyenda y raye la mitología; eso hace que más que escribir, Heródoto cuente historias.

Parece claro que el primer historiador ha quebrado en más de una ocasión la «ley de las tres generaciones», según la cual una tradición oral que ha pasado por más de tres generaciones tiene pocas probabilidades de pervivir en su forma original y muchas de que se convierta en mito. Hemos de tener en cuenta que algunas de las narraciones que nos regala Heródoto están en este límite. Albert Schlögl dice que en la obra del de Halicarnaso «a menudo, mito e historia, poesía y realidad se mezclan entre sí de una manera tan inmensamente complicada que lleva a no poder diferenciarlos» (*Heródoto*, p. 54). Es el caso del famoso experimento del rey Psamético de Egipto.

Más allá de la veracidad de esta historia, el caso es que el rey Psamético incurrió en dos graves errores al plantear su experimento. El primero fue utilizar seres humanos, en concreto, dos niños a los que les privó de su familia o cuando menos de una vida social básica. Por desgracia, la historia de la humanidad nos tiene acostumbrados a ver al hombre utilizado por el hombre (casi éste podría ser el

subtítulo de la historia humana), pero, por suerte, hemos avanzado mucho y nos hemos otorgado unos derechos para, valga la ironía, protegernos de nosotros mismos. No obstante, la tentación psamética nos persigue y debemos permanecer alerta para evitar que el ser humano quede deshumanizado en los experimentos científicos. Que el caso sigue abierto lo demuestra la polémica actual sobre la experimentación con células embrionarias, por ejemplo.

El segundo error que comete Psamético tiene que ver con la coherencia lógica de su experimento. La idea de encontrar la lengua más antigua para así determinar cuál es el pueblo primigenio tiene su lógica. El rey quiere encontrar la civilización más antigua y acierta en buscar entre las lenguas que se hablan; sin embargo, se equivoca en el método, no sólo por ser inhumano, sino porque no tiene nada que ver la primera palabra que pronuncien dos niños no contaminados culturalmente con ser ésa la protolengua.

Creo que a Psamético le ocurrió lo mismo que a aquel científico que iba cortando patas a una araña a la que llamaba desde el otro lado de su mesa. Conforme iba perdiendo patas, el pobre arácnido se desplazaba con mayor dificultad, hasta que, perdidas todas, se quedó inmóvil. El estúpido científico concluyó que las arañas sin patas se vuelven sordas.

Aparte de una generalización ilegítima, el aracnólogo cometió los mismos errores que Psamético: maltrató a una araña (aquí habría que hablar de los límites de la experimentación con animales) y sacó una conclusión ilógica.

El equívoco lógico del experimento de su majestad fue tomar una cosa por otra, confundir el lenguaje con la lengua, la capacidad de hablar del ser humano con un idioma determinado. Los niños de Psamético disponían de la capacidad lingüística que se desarrolla mediante el aprendizaje de una lengua. Al evitar el contacto social o cultural imprescindible para adquirir un idioma, los pequeños inventaron uno propio en el que existía una palabra homófona a otra del idioma frigio. Tampoco tuvo en cuenta el rey una explicación muy simple: *becós* podría ser una onomatopeya del balido de las cabras que rodeaban a los niños.

La versión actualizada del experimento de Psamético la encontramos en la película *Nell*, de Michael Apted (1995), interpretada por Jodie Foster. Basada en la obra teatral de Mark Handley, *Idioglossia*, cuenta la historia de Nell, una joven que ha vivido siempre en un estado semisalvaje en las montañas de Carolina del Norte. Los especialistas recomiendan ingresarla en un centro para deficientes mentales. Sin embargo, el médico del pueblo consigue un plazo de tres meses para estudiar su comportamiento. Así descubre que Nell posee un lenguaje desconocido inventado por ella y una hermana gemela que murió en su infancia.

* * *

En la Antigüedad no existía la conciencia de pertenecer a la humanidad. Ése es un

concepto que tardará muchos siglos en imponerse. Para los antiguos, había pueblos: nosotros y los otros, con los que se podía establecer diferentes tipos de relaciones amistosas u hostiles. Para esa mentalidad era muy importante destacar los aspectos diferenciadores: ser los primeros en algo, por ejemplo. El experimento de Psamético no sólo desmiente a los estudios antropológicos que sitúan el origen del hombre en África, sino también a la tradición egipcia. Seguramente a sus súbditos no les habría sentado nada bien perder el privilegio de ser los primeros habitantes del mundo; preferirían atenerse a su propia historia, según la cual les correspondía esa prerrogativa.

Creo que antes de pasar adelante contando historias debemos dejar claro que nuestro propósito es leer la historia como maestra de la vida, no como se ha hecho a menudo, como baluarte de las diferencias, justificante de las exclusiones o aval de las guerras. Si algo nos enseña la historia es que puede ser utilizada, malinterpretada e, incluso, falseada.



El experimento del rey Psamético, con el que Heródoto inicia el libro segundo, nos remite al centro de la península de Anatolia, la actual Turquía, donde vivió el rey frigio Midas, aquel que obtuvo del dios Dioniso la virtud de convertir en oro todo cuanto tocara, y su antecesor Gordias, también conocido por haber hecho un nudo imposible de desatar que se ha dado en llamar nudo gordiano. Pero el autor de la *Historia* no habla de estas historias; simplemente se limita a nombrar a los soberanos frigios, porque lo que le interesa (ahora estamos en el libro primero) es contarnos lo que ocurrió en el reino de Lidia, uno de los más ricos de la Antigüedad, que borró al Imperio frigio y, a su vez, fue borrado por otro más poderoso: el de los persas.

Se cuenta del rey de Lidia Candaules, hijo de Mirso, descendiente de los heraclidas y soberano en Sardes, que perdió la corona y la vida por un capricho singular. Estaba Candaules enamorado de su bella esposa, creyendo que no podría haber mujer más bella en el mundo. Siempre que despachaba con su ministro en privado, encomiaba la beldad de su esposa de mil maneras, pero Giges, que así se llamaba su consejero, más por recato y respeto que por otra cosa, no osaba decir palabra.

—En tantas veces que te he hablado de la belleza de mi esposa —le dijo un día el rey— en ninguna has mostrado interés. Lo comprendo porque ya sé que los hombres dan menos crédito a los oídos que a los ojos, por eso, he planeado que la veas en toda su desnudez para que puedas juzgar si es verdad o no lo que te digo. No te preocupes por nada: verás sin ser visto.

Giges quedó atónito:

—No hace falta que yo vea a mi reina para creerlo —respondió—, es más, estoy convencido de que es la más hermosa de cuantas mujeres hay en el mundo. Perdonadme si me niego: no lo hago sólo por mí sino por vos y vuestra esposa, pues la mujer que se despoja una vez de su vestido, se despoja con él de su recato y de su honor.

No hizo caso el rey a las prudentes prevenciones de Giges ni a su tajante negativa, sino que continuó insistiendo en que su ministro viera a su mujer desnuda para que comprobara con sus propios ojos su hermosura. De modo que urdió el siguiente plan: escondería a Giges detrás de una puerta entreabierta en el aposento donde su mujer iba a desnudarse y mientras lo hacía, podría contemplar muy a su gusto el más hermoso espectáculo que ojos de varón podrían contemplar.

Así fue como Giges pudo admirar el cuerpo desnudo de la esposa del rey. Cuando el mirón dejó su escondite, la reina se percató de que alguien la había visto. Se lo contó a Candaules quien le explicó orgulloso su ardid. Ella se sintió ultrajada, no

tanto por quien había sido forzado a mirar, sino por su propio marido, que la había expuesto sin su consentimiento a la mayor de las ignominias.

Tal fue el malestar de la reina que hizo llamar a Giges y le habló de esta manera:

—Lo que has visto te llevarás a la tumba. Elige pues entre morir ahora o convertirte en rey de Lidia y tomarme por esposa. Es preciso que uno de los dos extremos se cumpla. ¡Elige!

Giges optó por matar al rey. Ahora fue la reina la que escondió al ministro en su habitación de manera que, cuando el rey dormía, Giges lo degolló.

Conocida la muerte de Candaules, los lidios tomaron las armas contra Giges y sus partidarios, con tal de restablecer a los heraclidas en el trono. Pero no se llegaron a enfrentar ya que, consultado el oráculo de Delfos, se manifestó que Giges había de gobernar Lidia y que su asesinato no se vengaría hasta la quinta generación (I, 7-13).

MAESTRA DE LA VIDA

Platón nos cuenta esta historia de una manera más fabulosa si cabe. Giges es un pastor lidio que se encuentra por casualidad una sortija que otorga la invisibilidad a quien la haga girar en su dedo (ya sabemos de dónde extrajo la idea Tolkien). El joven pastor usa ese poder de pasar desapercibido para entrar en la corte y seducir a la reina. Juntos deciden matar al rey y hacerse con el gobierno de Lidia.

Es evidente que la versión herodótea tiene más visos de historicidad que la platónica. Si realmente ocurrió lo que nos cuenta Heródoto, Platón lo convierte en mito. ¿Qué gana con ello el filósofo? A mi parecer algo decisivo: consigue elevar la anécdota a una categoría abstracta más allá de la evidente moraleja.

La historia de Giges tiene un carácter claramente moral; el propio protagonista lo dice: «la mujer que se despoja una vez de su vestido, se despoja con él de su recato y de su honor». Podemos extrapolar la enseñanza hasta topar con la función del sentido del pudor o del control de la libido (si todavía se puede hablar así) en nuestro obrar.

Pero para ir más allá hay que convertir la historia en mito, que es lo que hace Platón. De esa manera el filósofo consigue sobrepasar las recomendaciones morales y tocar conceptos más elevados, en concreto, poner a prueba el fundamento mismo de la obligación moral. De este modo saltamos de la historia a la filosofía. Para acometer tal acrobacia Platón toma impulso con la mitología.

Desde el punto de vista de la historia, estamos aproximadamente en el año 680 a. C. en Lidia, en la parte occidental de la actual Turquía; desde el punto de vista filosófico, nos encontramos en cualquier tiempo y lugar, experimentando con una posibilidad que podría poner en jaque la responsabilidad moral.

Si nuestros actos no tuvieran que pasar ante los ojos inquisidores de los demás, si lo que hacemos no estuviera tan en los ojos de nuestros semejantes, si no nos espieran continuamente los ojos ajenos, a buen seguro que nos recorrería por dentro el escalofrío de una libertad absoluta. ¿Quién no quisiera muchas veces desaparecer del

mapa sin salir de casa, estar ahí sin que se note, ser testigo de su propia ausencia? Porque ojos que no te ven, ojos que no te juzgan. Y si nadie es juez, ¿quién comete delito? Si no hay quien juzgue, no hay quien delinca. ¡Qué suprema facultad: ver sin ser visto!

El caso Giges, la posibilidad de ser invisible, pone boca arriba las cartas que rigen el comportamiento humano. ¿Si fuéramos hombres transparentes, nos someteríamos a las exigencias morales, jurídicas y sociales? El mito de la invisibilidad pone sobre el tapete un debate tan antiguo como la propia humanidad.

La idea de que nuestra libertad es inversamente proporcional al control a que estamos sometidos, convierte la invisibilidad en un sueño del hombre que se quiere autosuficiente. Mientras estamos vigilados, no somos libres. Por eso, a principios del siglo XIX, Jeremy Bentham inventó un sistema carcelario en el cual el preso no sabe nunca cuándo está vigilado, porque lo puede estar continuamente (en eso radica su condena). Se trataba del *panóptico*, una construcción en forma de anillo con la siguiente estructura: en el centro se sitúa el vigilante y la periferia se divide en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción y dispone de una ventana exterior y otra interior de tal manera que todo lo que se realiza en ella es observado, controlado, por tanto. Para Michel Foucault, que ha estudiado este sistema carcelario en su obra *Vigilar y castigar*, «la visibilidad es una trampa». Si somos vistos, estamos perdidos: sólo podemos ser auténticamente libres en la intimidad, allí donde nadie nos ve.

Adoptando mil formas, el mito de la invisibilidad se repite una y otra vez a lo largo de la historia como una asignatura pendiente, como un deseo imposible o un objetivo inalcanzable. Se presenta como posibilidad, como hipótesis, como supuesto para desarrollar una teoría sobre los circuitos más recónditos del comportamiento humano. Algunas preguntas saltan a la palestra enseguida: ¿la invisibilidad pondría en jaque la moral del deber?; si nadie viera lo que hacemos, ¿nos cuidaríamos de hacer lo correcto?; si todos los testigos fueran ciegos, ¿iríamos bien vestidos?; si fuéramos invisibles, ¿usaríamos ese poder para hacer el bien y evitar el mal o buscaríamos sólo nuestro propio interés?

Como hemos dicho, Platón en la *República* (Libro II) se planteó estos interrogantes y lo hizo también mediante el mito de la invisibilidad. Glaucón, uno de los contertulios en la obra platónica, cuenta la leyenda de Giges. Glaucón coincide con otro de los asistentes al diálogo, llamado Trasímaco, quien había defendido anteriormente que el justo lo es porque no puede cometer injusticia, es decir, por pura debilidad: ante la posibilidad de no ser visto, incluso el hombre justo daría rienda a sus instintos y se aprovecharía de su condición.

La invisibilidad, según Glaucón, nos haría semejantes a los dioses, nos convertiría en nuestros únicos jueces, cumpliríamos, al fin, el sueño de Nietzsche de convertirnos en superhombres, estaríamos más allá del bien y del mal, impondríamos nuestros propios valores, seríamos absolutamente libres (absueltos de cualquier compromiso).

No tendríamos que escondernos entre los matorrales del Paraíso tras haber desobedecido a Dios, no sentiríamos vergüenza por ir desnudos (pues nadie vería nuestra desnudez). Nos dejaríamos llevar por nuestro egoísmo instintivo, porque nadie podría juzgarnos; cometeríamos la injusticia, porque nadie nos podría echar en cara que estamos obrando mal. El propio Cicerón se preguntaba: «¿Qué hará en la oscuridad quien no teme más que a los testigos y al juez?» (*De Legibus*, I, 14, 41). Si fuéramos invisibles, todo el andamiaje creado por la moral se vendría abajo como un edificio antiguo que ya no aguanta el paso del tiempo.

En definitiva, parecen concluir Glaucón y Trasímaco, si nos sometemos a unas normas éticas, lo hacemos porque no nos queda otro remedio; si existiera la posibilidad de dar rienda suelta a nuestro egoísmo, la ética simplemente desaparecería.

A pesar de los discursos de Glaucón y Trasímaco, Platón defiende que aunque desaparecieran las normas y los jueces, quedaría la conciencia de cada cual, ese ojo interior que lo ve todo, ese micrófono oculto que graba hasta nuestros más recónditos pensamientos, ese detector de intenciones que ni la invisibilidad puede neutralizar. Nuestra conciencia siempre nos sorprende in fraganti, nos «pilla» con las manos en la masa, nos observa a la luz del día, aunque nos ocultemos en lo más profundo de la noche.

Platón nos recuerda que podemos escapar al juicio de los hombres, pero no al de nuestra conciencia. Walt Whitman decía: «Un mundo me ve, el más grande de todos los mundos: Yo». Por tanto, el mito del hombre invisible, lejos de destruir la ética, la reafirma. Muchos piensan como Glaucón y Trasímaco: si nos sometemos a unas normas éticas, lo hacemos porque no nos queda otro remedio. El filósofo griego, en cambio, nos advierte que la invisibilidad nos haría egoístas y nos convertiría en seres infrahumanos, insociables y destructivos; ni tan siquiera podríamos cruzar la mirada con los demás, cosa que le prohíbe Atenea a Ulises cuando lo hace invisible en la isla de los Feacios (*Odisea*, VII, 31). Por eso, necesitamos unos principios éticos que rijan nuestro comportamiento, seamos vistos o no, porque al fin y al cabo es a nosotros mismos a quienes hemos de rendir cuentas.

* * *

Candaules tentó a la suerte y la suerte se volvió contra él. Algo similar le ocurrió al protagonista de *El curioso impertinente*, la novela que Cervantes incluye en su novela (*Don Quijote de la Mancha*, I, 33-35): por querer probar la bien probada fidelidad de su esposa, Anselmo, el protagonista, provocó que fuera infiel.



Quien no podía ni quería hacerse invisible era el rey Creso de Lidia, descendiente de Giges. Eran tantas sus riquezas y la ostentación que hacía de ellas que vino a ser el hombre más envidiado de su tiempo y a creerse enteramente feliz. Tal fue la fama de su gran fortuna que incluso en nuestro idioma «creso» es sinónimo de millonario. Las montañas de oro que formaban su impresionante tesoro no impresionaron, empero, al sabio Solón, quien no establecía, como lo hacía el rey, relación entre riqueza y felicidad. El legislador ateniense creía que la felicidad era democrática, no porque todos tuvieran que ser felices, sino porque la dicha le puede tocar a cualquiera, siempre, eso sí, que viva con rectitud. Creerse dichoso por lo que se tiene es fundamentar la felicidad en algo tan efímero como el vil metal.

El quinto descendiente de Giges fue Creso, quien formó un gran imperio llegando hasta el río Halis, frontera natural con los medos y los persas. Los lidios eran mercaderes y gozaban de un lujo desconocido en los pueblos colindantes, incluso en la misma Grecia. Creso se mostraba como un rey sabio y fuerte, pero también cándido e inocente.

En cierta ocasión, el ateniense Solón, movido por la fama de la opulencia de Lidia y de la corte de su soberano, visitó la ciudad de Sardes, donde se hallaba la corte. Fue hospedado por Creso en su propio palacio y mantenido a cuerpo de rey. Al cuarto día de su estancia, Creso ordenó a sus cortesanos que enseñaran al extranjero todas las riquezas del tesoro real. Evidentemente, Solón quedó maravillado.

A la hora de la comida, aprovechó el rey para hacer a su huésped esta pregunta:

—Apreciado e ilustre ateniense, famoso por tu sabiduría y tu prudencia, ahora que has contemplado con tus propios ojos todas mis riquezas y mi regalada forma de vida, que tengo el imperio más grande y los súbditos más obedientes, dime: ¿has visto en toda tu vida un hombre completamente dichoso?

Estaba claro que Creso buscaba que el ateniense le dijera que nadie había visto tan feliz como el rey de Lidia; sin embargo, Solón, más amigo de la verdad que de la lisonja, contestó:

—Sí. He visto a un hombre enteramente feliz, se llama Telo, el ateniense.

Sorprendido Creso por la respuesta de Solón, le pidió que le explicase por qué consideraba a ese tal Telo el hombre más feliz.

—Porque vio crecer a sus hijos y nietos —respondió el ateniense— y le cupo la muerte más honrosa, pues murió en el campo de batalla tras haber puesto en fuga al enemigo. Su patria lo dignificó con una sepultura pública. La vida del hombre, ¡oh, Creso!, es pura contingencia y no se la puede juzgar feliz hasta que no haya acabado. Los ricos no necesariamente son más dichosos que los pobres, ni a los que ahora les

sonríe la Fortuna les tiene por qué sonreír en el futuro.

Aún creía Creso merecer el segundo puesto, pero el sabio ateniense no se lo concedió:

—En segundo lugar, considero felices a dos hermanos, llamados Cléobis y Bitón de Argos, quienes para que su madre llegara a tiempo al santuario de Hera arrastraron el carro en el que iba montada ella. Todos felicitaron a la madre por tener tales hijos y ella pidió a la diosa que les concediera lo más valioso que se pueda dar a un ser humano. En aquel momento, los dos jóvenes cayeron muertos. Los argivos erigieron dos estatuas en su honor.

Al rey de Lidia no le agradó aquella respuesta, pues él se creía el más dichoso de los hombres, así que despidió a Solón y continuó pensando que nadie podía haber más feliz que él.

Sin lugar a dudas, a Creso le sonreía la Fortuna. Tenía dos hijos: el mayor era fuerte y valiente, un gran soldado; el pequeño, aunque era mudo, se mostraba inteligente y cariñoso con su padre. El soberano se sentía muy orgulloso de sus vástagos.

Una noche soñó que a su hijo mayor le atravesaba una punta de hierro y moría. A la mañana siguiente tomó todas las prevenciones posibles ante el terrible presagio: alejó a su hijo del ejército, le prohibió que fuera armado y previno a todos sus sirvientes para que nadie usara un arma en su presencia.

Ocurrió por entonces que un frigio llamado Adrasto, hijo de Midas y nieto de Gordias, llegó a Sardes en busca de asilo, pues había matado accidentalmente a su hermano. Creso lo acogió y, como era de familia real, lo nombró compañero de Atis, que así se llamaba su hijo mayor.

Por aquel tiempo, un enorme jabalí devastaba los campos de los misios, los cuales pidieron a Creso que enviara a su hijo, el príncipe Atis, pues tenía fama de gran cazador, para acabar con la bestia. En un principio, el rey se negó, pero Atis insistió con estas palabras:

—Soñaste que me mataba un hierro no un jabalí. Ya verás cómo no me pasa nada. No siempre hay que hacer caso de los oráculos.

Creso accedió y encargó a Adrasto que cuidara de su hijo. Pero durante la cacería ocurrió un fatal accidente. Una inevitable circunstancia hizo que una de las flechas del extranjero atravesara el pecho de Atis. El joven murió en el acto.

Adrasto lloraba amargamente cuando le presentó a Creso el cadáver de su propio hijo atravesado por un hierro. Viendo que en nada era culpable el frigio, Creso le perdonó, pero Adrasto se quitó la vida sobre la tumba de Atis.

Aquel día, mientras abrazaba a su hijo pequeño, Creso pensó en lo que le había dicho Solón (I, 30-45).

Sabemos que *becós*, en frigio, significaba «pan». Vamos a ampliar nuestro vocabulario con una nueva palabra: *adrasto*, que significa «lo inevitable», «el que no puede escapar (a su destino)», era el nombre del príncipe frigio por cuya mano se cumplió el oráculo soñado por Creso.

Lo veremos con más detenimiento en el próximo capítulo, pero éste nos da pie a adelantar que los antiguos, y Heródoto también, claro está, creían a pie juntillas en el Destino que se manifestaba en los diferentes oráculos. «Lo inevitable» se tiene que cumplir; por muchas prevenciones que tomemos, siempre encuentra una rendija para colarse en nuestra vida y hacer que se haga «su voluntad».

Hay que decir que los antiguos no manejaban el concepto de libertad como lo usamos nosotros; es más, la libertad es una palabra genuinamente moderna. Claro que existe el vocablo *eleutheria*, que nosotros traducimos como «libertad», pero que para ellos tenía más que ver con la condición de hombre noble, generoso, liberal, distinguido. En el mundo antiguo, la voluntad humana era muy poca cosa, incluso la de los reyes estaba sometida a la Voluntad, con mayúscula, del Destino.

Nosotros, en cambio, nos empeñamos en escribir nuestra voluntad con mayúsculas y nos encontramos muchas veces que las circunstancias (no hablamos ya de Destino, no sé si por miedo o por desprecio) deciden por nosotros. Nos empeñamos en tenerlo todo controlado, en tomar un seguro a todo riesgo, en colocar alarmas por doquier, en desvivirnos para poder vivir tranquilos; sin embargo, siempre puede presentarse un Adrasto que nos traiga lo inevitable.

* * *

Algunos historiadores piensan que la estancia de Solón en Sardes es una licencia literaria de Heródoto, pues consideran improbable que al final de su vida el legislador griego viajara a Lidia y coincidiera con Creso. Sea como fuere, la cuestión es que el de Halicarnaso quiere poner en la palestra dos mentalidades bien diferentes: la oriental, personificada en Creso, y la occidental o griega, representada por Solón. Lo hará en otras muchas ocasiones.

Creso se cree afortunado porque amasa una gran fortuna; se sabe feliz, pero quiere que un hombre sabio se lo diga. Está acostumbrado a que todos se inclinen ante él, a recibir lisonjas, a ser admirado y envidiado; muchos han alabado su gran fortuna, pero nunca un sabio auténtico, venido de tierras lejanas, ha elogiado su agradable vida. Solón queda fascinado por el tesoro del rey, ¡cómo no admirar tanta riqueza! Sin embargo, no considera enteramente feliz a Creso, sino a un particular que en su tierra fue querido y respetado, y a unos jóvenes cuya fuerza y amor a su madre fueron pagados con la muerte.

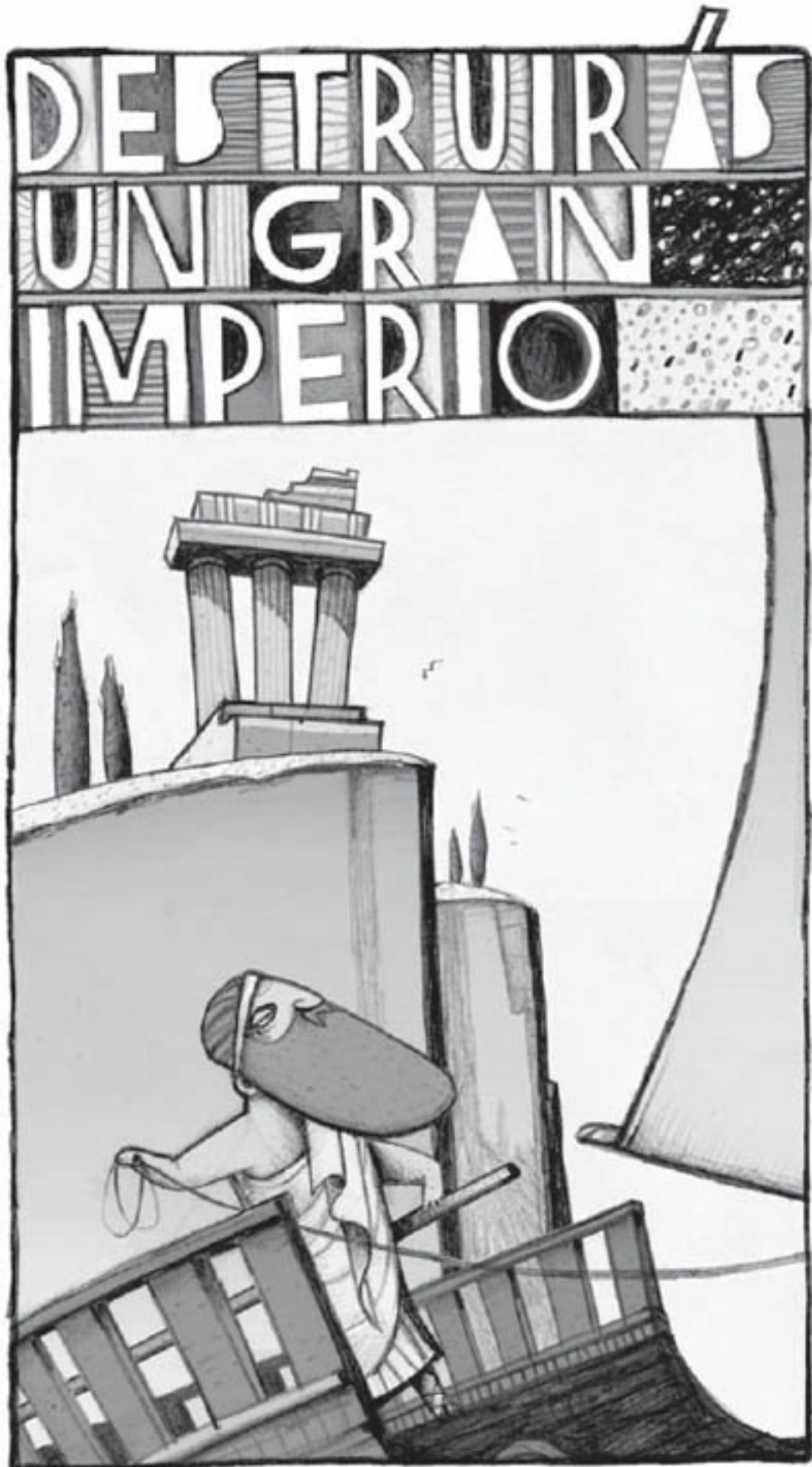
El rey de Lidia cree que la felicidad se conquista, que es el hombre el que le pone condiciones. El sabio griego sabe que no es así, que la rueda de la Fortuna da muchas vueltas y que es la felicidad la que nos pone sus condiciones. Por eso, está

convencido, como lo estaban sus contemporáneos, que la vida de un hombre sólo puede considerarse enteramente feliz cuando ha acabado, cuando la rueda de la Fortuna ha cesado de dar vueltas para siempre. Entonces y sólo entonces, se puede decir que una persona fue o no dichosa.

Solón, a diferencia de Creso, pensaba que nadie es más que otro ante la felicidad, pues es radicalmente democrática, a saber, que no es exclusiva de los poderosos sino que pertenece al pueblo. No en el sentido de que todos tienen que ser felices, sino en el de que todos pueden serlo, independientemente de su linaje, de sus riquezas o de su posición social. Para ello, sólo se requiere una vida recta y un toque de la divinidad.

La historia del sabio y el poderoso se repetirá más adelante, por ejemplo, en el encuentro entre Diógenes y Alejandro Magno. Y nunca el engrèvement del poderoso logrará triunfar sobre la humildad y la moderación del sabio, pues la felicidad no proviene ni del poder ni de la riqueza.

Cuando murió su hijo, Creso pensó en Solón y se dio cuenta de que pretendía una felicidad que no le correspondía, pues no existe un hombre enteramente feliz.



En varias ocasiones, a lo largo de su vida, Creso se acordará de Solón y lamentará no haber sido capaz de interpretar correctamente el oráculo. De una u otra forma, el Destino se manifiesta a todos, la cuestión está en saberlo descifrar. El orgullo del rey más afortunado de la Antigüedad no le permite siquiera sospechar que él puede acabar convertido en víctima. Justamente por eso acaba siéndolo, porque traduce las palabras divinas a su favor sin sospechar que puedan tener otro sentido. De cómo interpretemos los signos y qué decisiones tomemos en consecuencia, dependerá nuestra felicidad, aquella que se le truncó al rey Creso por no haber sabido interpretar el oráculo que le prevenía que iba a destruir un gran imperio.

Para que se cumpliera el oráculo que vaticinó a Giges que el asesinato de Candaules se vengaría en la quinta generación, Creso obtuvo estas palabras de la pitonisa: «Destruirás un gran imperio». El rey de Lidia había preguntado si debía marchar contra Ciro, el soberano de los persas que comenzaba a hostigar sus fronteras y pretendía expansionar su imperio hacia el oeste.

Después de guardar dos años de luto por la muerte de su hijo, el rey de Lidia formó un gran ejército y atravesó el río Halis para luchar contra Ciro, llamado el Grande. Alertado de la caballería lidia, el rey de los persas la repelió con soldados montados en camellos. Los caballos, que temen sobremanera a los camellos, tanto por su forma como por su olor, desmontaron a los jinetes y la batalla se volvió contra Creso.

Los lidios tuvieron que retirarse a Sardes y esperar la investida persa. Creso se vio perdido y luchó hasta el final en su propio palacio. Un soldado persa lo desarmó y cuando estuvo a punto de descargar contra él, el hijo pequeño del rey, el que era mudo, gritó:

—¡No mates a Creso!

Y desde aquella hora se le desató la lengua. El soldado bajó la espada, hizo prisionero a Creso y lo entregó a Ciro.

Ante el soberano de los persas, el rey derrotado recordó el oráculo de Giges, que había despreciado, y aquel otro que le había predicho que acabaría con un gran imperio sin creer que podía ser el suyo. También volvió a pensar en lo que le había dicho, años atrás, el sabio Solón y no pudo sino suspirar por tres veces:

—¡Oh, Solón! ¡Oh, Solón! ¡Oh, Solón!

Ciro indicó a los intérpretes que le preguntaran por qué repetía aquellas palabras y qué significaban. Creso, entonces, contó lo que le había dicho el sabio ateniense y cómo había pasado de tenerlo todo a perderlo todo.

Ciro sintió lástima de él y lo convirtió en su consejero, dándole libertad para decir

cuanto quisiera. Lo sentó a su lado en su propio palacio y observó cómo los persas saqueaban Sardes. Entonces, Creso le preguntó:

—¿De qué se ocupa con tanta diligencia toda esa muchedumbre?

—Están saqueando tu ciudad, Creso —respondió Ciro.

A lo que el destronado rey de Sardes dijo:

—No es mi ciudad sino la tuya la que están saqueando, pues ya no me pertenece. Y no son mis tesoros, sino los tuyos, los que toda esa chusma está malbaratando.

El Rey de Reyes comprendió lo que estaba ocurriendo y ordenó detener el saqueo. De ese modo, muchos lidios salvaron la vida, aunque fueron convertidos en esclavos de los persas.

Creso, por su parte, obtuvo el permiso de Ciro para mandar una delegación de lidios al mismísimo oráculo de Delfos donde depositaron sus grilletes mientras formulaban esta pregunta al propio dios Apolo:

—¿No te da vergüenza haber inducido a nuestro rey a la perdición con oráculos engañosos?

La comitiva trajo esta respuesta de la pitonisa:

—Lo dispuesto por el Destino no lo pueden cambiar ni los dioses. Creso paga el delito de su quinto antepasado y el exceso de orgullo propio por creer que el oráculo que le advertía que arruinaría un gran imperio no se refería al suyo. Cualquier hombre en su caso hubiera vuelto a preguntar.

Tras oír las palabras de la pitonisa que refirió la comitiva, Creso confesó que toda la culpa había sido suya y no del dios de Delfos (I, 46-54, 71-94).

MAESTRA DE LA VIDA

La historia es maestra de la vida en dos sentidos. El primero es el que le dio Cicerón y estamos utilizando aquí: la historia, como experiencia pasada de los seres humanos, nos enseña y nos previene. En psicología, un aprendizaje de este tipo se llama «vicario», pues uno aprende no por propia experiencia sino por la experiencia ajena que él observa. En este sentido, lo importante es aprender a mirar o, en el tema que nos ocupa, a saber leer la historia.

El segundo sentido es que nuestra propia historia, lo que hemos hecho en el pasado, las experiencias anteriores, nos enseñan cómo afrontar las nuevas. A esto la psicología llama autoaprendizaje. Este sentido conforma mi experiencia personal; el primero, la experiencia colectiva.

Por lo general, las historias de las que podemos sacar alguna enseñanza son aquellas que han servido a sus protagonistas para aprender. Es decir, que los dos sentidos se conjugan a la perfección. Es algo similar a lo que hacen los padres cuando cuentan a sus hijos el cuento del pastor mentiroso. En ese momento hay dos protagonistas: el pastor mentiroso, que aprende de sus errores, y el niño que, al escuchar la historia, aprende de lo que le cuentan.

Algo semejante ocurre en el caso de Creso y otras muchas narraciones que veremos a lo largo de este libro: nos sirven como ejemplo en la medida en que les sirvieron a sus protagonistas.

Pero ¿qué aprendió Creso? Una lección muy dura: que creerse superior te hace bajar la guardia y malinterpretar los signos. ¿Qué podemos aprender nosotros? Quizá a no querer interpretar todo a nuestra conveniencia, que es lo que solemos hacer.

O quizá no aprendamos nada, porque el buen maestro no asegura el aprendizaje; depende de la disposición y del esfuerzo del discípulo. Por eso, tal vez, a Santiago Ramón y Cajal le parecía retórica la frase de Cicerón: «Ni la experiencia individual ni la colectiva (experiencia de la especie) adoctrinan ni corrigen a los hombres ni a los pueblos. Demuestran solamente que, en condiciones dadas, éstos cometerían hoy las mismas tonterías y crímenes antaño cometidos» (*Charlas de café*, p. 187).

Nos queda la esperanza de aprender de lo que no hemos aprendido.

* * *

Las consultas al oráculo de Delfos, el más famoso de la Antigüedad junto al de los Bránquidas de Mileto y el de Dodona en Epiro, se celebraban el día 7 de cada mes, en memoria del nacimiento de Apolo. Antes de ser conducida al templo, la pitonisa se purificaba en la fuente Castalia y bebía de la fuente Casotis. Los sacerdotes recibían a los fieles, quienes entregaban como ofrenda un pastel de miel o su equivalente en dinero.

En la ceremonia se sacrificaba un cabrito, pero antes, para asegurarse de que aquel día el dios estaba dispuesto a hacer revelaciones, se le rociaba con agua fría: si se ponía a temblar, el rito continuaba; de lo contrario, se suspendía.

Sacrificado el animal, se accedía al templo, pasando bajo las dos inscripciones: «Conócete a ti mismo» y «Nada en demasía». Los fieles esperaban su turno para descender hasta donde se encontraba la pitonisa, que esperaba tras una cortina. Después de escuchar la pregunta, la pitia entraba en trance y respondía en primera persona. Los sacerdotes escribían la respuesta en un verso enigmático.

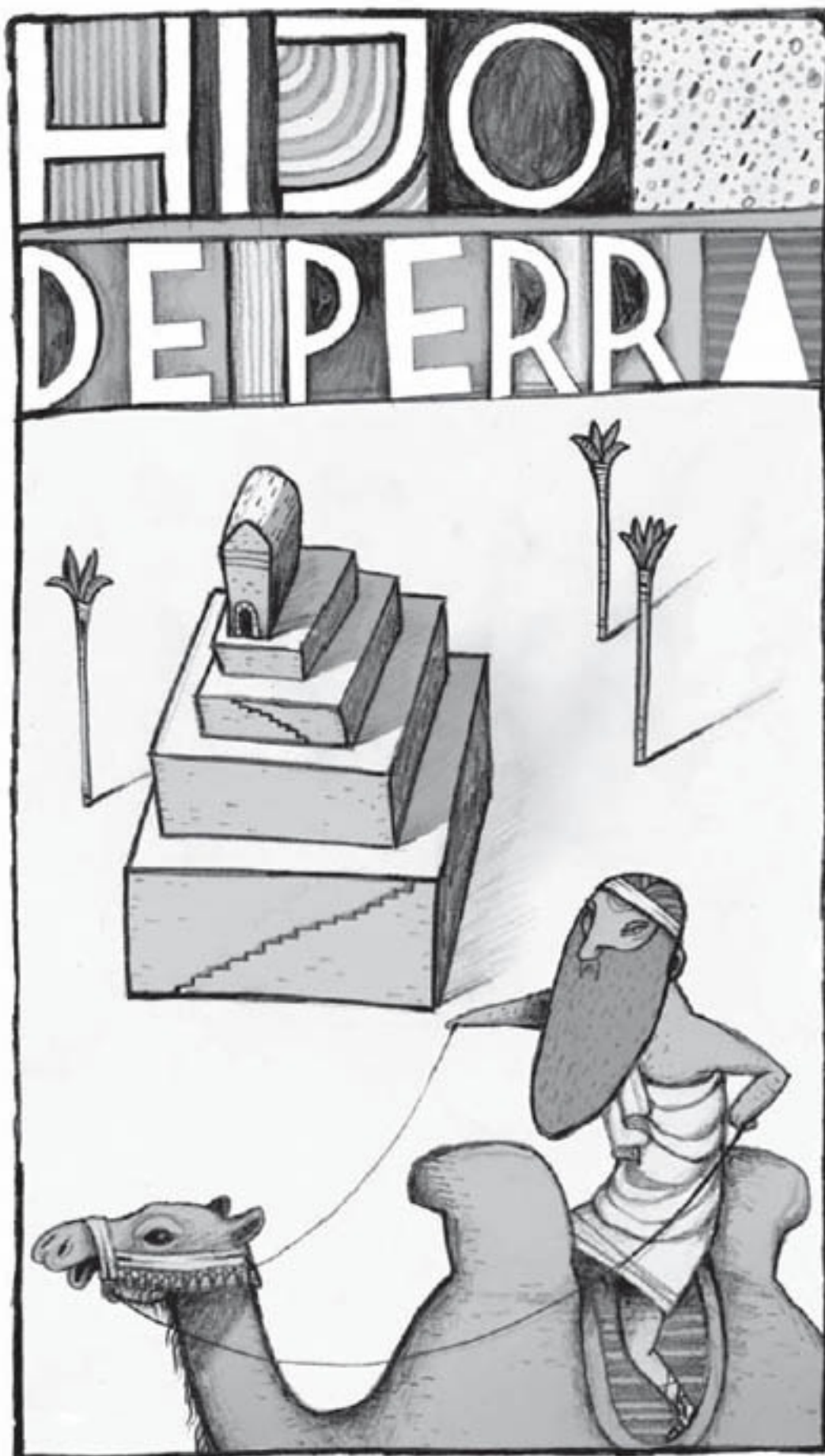
Las respuestas cifradas del oráculo tenían que ser interpretadas. Algunas eran tan oscuras que parecían no decir nada; sin embargo, siempre se cumplían. Quizá acertaban justamente porque eran ambiguas. El filósofo Heráclito de Éfeso dirá que «el dios cuyo oráculo está en Delfos no manifiesta ni oculta su pensamiento, sino que lo indica», dando a entender que hay que interpretar esas indicaciones.

Existen muchos casos de oráculos ambiguos cuyo sentido depende de la interpretación que se haga, como el de Edipo o el de Teseo. El más claro es el que nos ocupa, pero la historia, en este caso, romana, nos guarda uno muy similar. Aconteció a Pirro II, rey de Epiro, que antes de atacar a los romanos consultó al oráculo y obtuvo esta respuesta: «*Aio te romanos vincere posse*», que, dado el uso del infinitivo en latín, puede ser interpretada de dos maneras: «te digo que puedes vencer a los

romanos» o «te digo que pueden vencer los romanos» (San Agustín, *La ciudad de Dios*, III, 17). Obtuvo una «victoria pírrica» en Heraclea en 280 a. C., pero fue derrotado en Benevento cinco años más tarde.

Pero la ambigüedad de los oráculos tiene su razón de ser, ya que, si fueran diáfanos, no se cumplirían. Me explico. Si Creso hubiera recibido el augurio de que en caso de atacar a Persia su imperio iba a ser destruido, nunca la habría atacado. Pero el Destino tiene que cumplirse, por eso, el mensaje equívoco hace justamente que se cumpla. La misma ambigüedad asegura su éxito.

Por la misma razón, esa anfibología deja holgura suficiente para que las decisiones de los hombres puedan intervenir en su destino. El propio Heródoto se debate entre dar cabida a la libertad humana y respetar la fuerza del hado. Lo iremos viendo.



Nos referimos a Ciro el Grande, rey de Persia, pero no es un insulto ni mucho menos. La tradición persa aseguraba que su rey había sido amamantado por una perra y gracias a ella pudo sobrevivir. Heródoto nos descubre la verdad o, cuando menos, una interpretación verosímil: Ciro fue criado por una mujer humilde llamada *Espaca*, que en idioma medo significaba «perra». Sea como fuere, nos encontramos ante un personaje decisivo en la historia antigua al que, cómo no, hay que buscarle, si no un origen divino, cuando menos una infancia perruna.

Hubo entre los medos un sabio político, llamado Deyoces, que impartía justicia con tal equidad que muchos se acercaban a él para dirimir sus pleitos. Cansado de atender los asuntos ajenos mientras descuidaba los propios, decidió dejar de juzgar a sus congéneres. Su renuncia hizo reunirse a los ancianos medos quienes decidieron coronar rey a Deyoces.

El nuevo monarca, rey de Media, se hizo construir un gran palacio y se recluyó en él de manera que resultaba casi imposible verlo. Despachaba sus asuntos con mediadores e incluso prohibió que quienes estuvieran a su lado lo mirasen directamente. Él sabía que era un hombre normal, pero también que, si ninguno de sus súbditos lo veía, todos pensarían que era de naturaleza privilegiada. Pues lo que no se ve parece extraordinario.

La Media, que ocupaba desde el este de la península de Anatolia, frontera con Lidia, hasta el Irán, estaba compuesta por muchos pueblos diferentes, pero fue unificada por Deyoces, quien gobernó con dureza durante más de cincuenta años. Le sucedió su hijo Frarotes y a éste, su nieto, Cijares. Durante el reinado de este último, los escitas del norte pusieron en jaque la Media, hasta que Cijares invitó a sus cabecillas a un banquete. Cuando todos estaban embriagados, los pasó literalmente a cuchillo. Así fue como recobraron los medos su imperio.

A Cijares le sucedió su vástago Astiages, que tuvo una hija llamada Mandane. El rey soñó que su hija orinaba de tal modo que inundaba la ciudad e incluso toda Asia. Los magos de la corte interpretaron el sueño de la siguiente manera:

—Tu hija te dará un nieto que traerá la ruina de tu imperio.

Astiages decidió, entonces, no casar a su hija con ningún medo, sino con cierto persa, llamado Cambises, hombre noble y pacífico. Pero cuando Mandane quedó embarazada, el rey volvió a tener otro sueño: del cuerpo de su hija nacía una parra que cubría con su sombra toda Asia. Consultados los magos, interpretaron el sueño de la misma manera que el anterior.

Cuando Mandane tuvo a su hijo, Astiages ordenó a su ministro y hombre de confianza, Hárpago que lo raptara por la noche, se lo llevara de palacio y lo matara. Hárpago, que significa «el que roba», obedeció a medias: raptó al niño, pero en vez

de matarlo se lo entregó a un vaquero de confianza, llamado Mitradates, para que acabara con él.

Con tal fin, Mitradates se llevó consigo al niño y, cuando se acercaba a su casa, oyó gritos de parto. Era su mujer que estaba dando a luz, pues, a la sazón, se hallaba en el noveno mes de gestación. Por desgracia, el niño nació muerto. Sin pensarlo dos veces, Mitradates dejó al recién nacido que tenía que matar en los brazos de su esposa, llamada Espaca, y salió a enterrar a su propio hijo. Espías de Hárpago vieron cómo el criado enterraba a un bebé y fueron a comunicárselo a su amo.

Al cabo de diez años, el incógnito hijo de Cambises y nieto de Astiages jugaba con otros niños. Ellos, durante el juego, lo eligieron rey y, como tal, comenzó a nombrar ministros y lacayos. Ocurrió que uno de ellos, perteneciente a una familia principal, se negó a servir a un pastor, aunque en el juego le hubiera tocado ser rey. El hijo del vaquero, que jugaba de veras a ser rey, ordenó azotar al vasallo desobediente, quien llegó malherido a su casa.

El padre del maltratado en el juego reclamó justicia ante Astiages, quien mandó comparecer ante sí al niño-rey. Al verlo, observó sus ademanes y ciertos rasgos de su semblante que se le parecían, con lo que vino a sospechar que aquel niño podría ser su nieto.

Ordenó Astiages llamar al padre de la criatura y le hizo confesar la verdad.

—Cuando llegué a mi casa con el recién nacido —le dijo— mi mujer acababa de parir un niño, por desgracia, muerto, así que le entregué a Ciro, que así lo llamamos, y enterré a nuestro hijo.

Sabido todo, pero disimulando saberlo, el rey pidió a su ministro Hárpago que enviara a la corte a su hijo de trece años para que jugara con el joven invitado. Cuando llegó el adolescente los siervos de Astiages se lo llevaron a la cocina, lo degollaron, lo descuartizaron y cocieron parte de su cuerpo. Durante la comida, Astiages hizo que a todos sus invitados se le sirviera carne de carnero, mientras que a Hárpago se le ofreció otro tipo de carne, que él degustó con sumo placer. Cuando acabó de comer, los sirvientes le entregaron una cesta con la cabeza y algunos miembros de su hijo. El desdichado ministro filífago comprendió lo que había ocurrido.

Astiages buscó en Persia nuevos padres para su nieto. Ciro fue educado lejos de la corte, pero en los ejercicios y hábitos propios de un príncipe (I, 96-121).

MAESTRA DE LA VIDA

Que la mujer del vaquero Mitradates se llamara Espaca no carece de importancia, pues ese nombre en la lengua de los medos significaba «perra». De este modo, Heródoto explica de forma racional la leyenda según la cual Ciro habría sido amamantado por una perra. Recibió en verdad el pecho de «Perra» (Espaca), que así es como se llamaba su nodriza.

Algo semejante ocurría en otros mitos, por ejemplo, el que nos habla de la niñez de Zeus, según el cual el recién nacido fue amamantado por una ninfa llamada Amaltea. La interpretación más racional dice que se alimentó de la leche de una cabra, a la que la tradición da ese nombre.

La interpretación racionalista de esta historia sería que Ciro (*Cino*, en griego, es decir, «perro») no fue salvado por una perra, sino amamantado por una nodriza llamada Espaca («perra»), del mismo modo que Rómulo y Remo, no habrían sido alimentados por una loba (*lupa*), sino por una «lupa» (prostituta) de profesión.

Esta forma de racionalizar las leyendas o mitos se llama evemerismo en honor a Evémero de Mesene que vivió en el siglo IV a. C. y quien mantenía que el origen de los mitos está en un pasado lejano mal recordado y magnificado por la fantasía de nuestros antepasados.

No nos han llegado escritos de Evémero pero sí de seguidores de su doctrina como Paléfato o Heráclito (no el filósofo de Éfeso) con sendas obras tituladas respectivamente *Sobre fenómenos increíbles* y *Refutación o enmienda de relatos míticos antinaturales*. Esta hermenéutica racionalista fue seguida por Hume o Voltaire, cuya última obra se titulaba *Diálogos de Evémero*.

Pero mientras los intérpretes buscan racionalidades, la historia prefiere alimentar la leyenda. Como si no tuviera bastante con lo que deparan los propios acontecimientos, deja que se cuelen ficciones mitológicas para cubrir los hechos con ese halo de fantasía que los hace épicos. Igual que todos necesitamos tener sueños, los pueblos necesitan un pasado legendario que les permita soñar.

Lo que ocurre es que las leyendas se generan por retroalimentación y eso las convierte en sumamente peligrosas. De hecho, esa retroalimentación alimenta el exclusivismo y a la postre acude a justificar actitudes racistas.

* * *

Cuando el niño Ciro jugaba a ser rey lo hacía a las mil maravillas, de modo que en el juego se puso de manifiesto su alcurnia real.

El juego tiene una ineludible misión social, no sólo tiene la función de divertir, sino también la de entrenarnos para la vida. El niño que juega se está socializando y está ensayando situaciones que le deparará su propia existencia. Jugando se pone a prueba a sí mismo, pone en juego sus habilidades y sus relaciones con los otros niños. La vida no es un juego, pero necesitamos jugar para aprender a vivir.

El juego es el medio que tiene el niño de prepararse para la vida adulta, porque el juego imita a la vida. Para él jugar no es mera evasión, sino una forma muy seria de comenzar a vivir. Fue esa situación lúdica la que le permitió a Astiages reconocer a Ciro como su nieto y el futuro rey.



La hoz y el martillo son los símbolos del comunismo: el proletariado del campo y el de la industria unidos contra la dominación burguesa. Ciro no usó el martillo —eran otros tiempos—, pero sí la hoz, herramienta necesaria para segar los campos. Sustituyó el mazo por un banquete para demostrar que los frutos de la tierra son para los que la trabajan. Ciro no era un líder comunista, ni mucho menos; sin embargo, supo convencer a los persas para que unieran sus esfuerzos en pro de un banquete común.

Ciro creció en fuerza y sabiduría, y cuando llegó a la mayoría de edad, despuntaba de entre sus iguales y estaba muy bien considerado por los persas. Mientras tanto, Hárpago, el ministro de Astiages, no encontraba el modo de vengarse por aquel infame banquete que su soberano le hizo comer, hasta que se le ocurrió poner a Ciro contra su abuelo.

Hárpago envió a Ciro una carta en secreto. Para no ser interceptada por los hombres de Astiages, la introdujo en la tripa de una liebre que cuidadosamente había abierto y vuelto a coser. La misiva decía:

—Creo que ya es tiempo de que tomes venganza de tu verdugo Astiages, a quien llamo de esta manera porque quiso acabar con tu vida, la cual conservas gracias a mí. Tan cruel es que, porque yo no te había dado muerte, se la dio a mi propio hijo y me lo sirvió en vergonzoso banquete. Si seguís mis consejos, en breve reinaréis en su lugar. Armad a vuestros persas y venid contra la Media, yo os aseguro la victoria. Nómbreme a mí general o a otro cualquiera, te aseguro que al entrar en batalla no la habrá tal, sino que los medos se unirán a los persas y todos juntos destruirán a Astiages.

A Ciro le pareció bien lo que proponía su salvador y reflexionando mucho en el asunto vio la forma de unir a los persas contra la Media. Convocó a los hombres más valientes y les dijo que trajeran cada uno su hoz. Una vez reunidos todos, les hizo talar durante toda una jornada una gran extensión llena de espinas y maleza. Al día siguiente les reunió en el mismo campo, mató parte de su ganado y les ofreció un gran banquete. Entonces les habló de esta manera:

—¿Qué preferís de aquí en adelante: la hoz o el banquete, sudar como el primer día o gozar como el segundo?

Todos respondieron que preferían el descanso y la libertad del segundo día.

—Pues así será —continuó Ciro— si venís conmigo contra los medos. A partir de ahora no seréis siervos, sino dueños.

Los persas alzaron sus hoces y vitorearon el nombre de Ciro.

En unas semanas, Ciro se encontraba ante el ejército de los medos, quienes, guiados por Hárpago, no entraron en liza sino que juntos fueron contra Astiages. El

rey medo fue hecho prisionero. Cuando se encontró cara a cara con quien le había traicionado le dijo:

—¡Cómo has podido, Hárpago, traicionar a tu patria y, en vez de ceñirte tú la corona, dársela a los persas!

Hárpago no dijo nada, se limitó a descargar con su mirada todo el odio que llevaba dentro.

De esta forma, Ciro se hizo con un gran imperio. Unificó a persas y medos, conquistó Lidia, como ya hemos dicho, y todos los pueblos del Oriente Medio, llegando a tomar Babilonia, como veremos. En vez de someter a los pueblos conquistados estableció un sistema de «sátrapas» o gobernadores que lo representaban en cada provincia conquistada, a la que gravaba con impuestos.

La virtud del gobierno del primer emperador de la dinastía aqueménida consistió en ser tolerante con las costumbres y religiones de los pueblos sometidos, de manera que no parecían estar sometidos. Aquel extensísimo imperio no hubiera sido gobernable sin la sabiduría y el buen criterio de su rey, quien, según Jenofonte, estableció el primer sistema de correo postal, de manera que las noticias le llegaban a Ciro a la velocidad de los caballos (I, 123-130; V, 52).

MAESTRA DE LA VIDA

No hay banquete si no hay nada que celebrar. Ciro quiso festejar que la servidumbre podría haber acabado, que los persas no iban a ser más un pueblo sometido a los medos, sino dueños de su destino. La hoz simboliza trabajo duro — hay que desriñonarse para segar la mies—, pero tiene un sentido: el banquete. Víctor Jara cantaba que «si las manos son nuestras es nuestro lo que nos dan». Salvando las distancias, hay un sentido revolucionario en lo que hizo Ciro, no en vano pretendió atizar la sublevación de los persas contra los medos.

Pero hay banquetes amargos, como el que se vio obligado a celebrar Hárpago. ¿Puede haber algo más terrible que comerse a su propio hijo? Por desgracia, la historia nos tiene acostumbrados a hechos sanguinarios, crueles e inhumanos. Si pudiéramos una tras otra todas las atrocidades cometidas por el ser humano no podríamos evitar concluir que es un ser monstruoso, un «*homo homini monstrum*».

Resulta difícil encontrarle un sentido a tales hechos; no obstante, vamos a intentarlo. Quien hace que alguien se coma a su propio hijo pretende infligirle el mayor de los castigos pues le está haciendo comerse su futuro, en cierto modo, su propia pervivencia.

La mitología presenta algunos casos en que un padre se ve obligado a comerse a sus hijos, empezando por el propio titán Crono que devoraba a sus vástagos para evitar que le usurparan el trono. También nos ha llegado el mito de Pandión, rey de Atenas, quien tenía dos hijas: Procne y Filomela. Dio a la primera en matrimonio al tracio Tereo, como agradecimiento por haberle ayudado a vencer a los tebanos. Pero

Tereo se enamoró de Filomela. Ella se opuso a las pretensiones del marido de su hermana y éste la violó. Para que no pudiera decir nada le cortó la lengua. Entonces, Filomela se puso a coser día y noche, hasta que bordó su desgracia en un tapiz.

Procne entendió lo que había pasado y para vengar a su hermana, mató al hijo que tenía con Tereo, llamado Itis, lo cocinó y se lo presentó a su marido, quien sin sospechar nada se lo comió. Después, huyó junto a Filomela. Cuando Tereo descubrió lo que había ocurrido, las persiguió, pero no les pudo dar alcance porque los dioses las transformaron en pájaros, a Procne en ruiseñor y a Filomela en golondrina. (La versión latina cambia los nombres, de hecho, progne es golondrina). Más tarde, Tereo fue metamorfoseado en abubilla.

La mitología nos ofrece otras variaciones respecto al hecho de comer niños. Conocemos el caso de Tántalo que ofreció un banquete a los dioses con la carne de su propio hijo Pélope. Parece que los olímpicos se dieron cuenta y no comieron, excepto Démeter que estaba hambrienta y mordió parte del hombro del pequeño. Los dioses resucitaron a Pélope y le pusieron un hombro de marfil (primera prótesis de la historia). En cuanto al despiadado padre, lo condenaron a pasar hambre y sed eternamente: lo sumergieron en agua hasta el cuello, pero cuando quería beber, el líquido retrocedía, y al alcance de su boca colgaba una rama repleta de frutos que se retiraba cada vez que pretendía tomarlos.

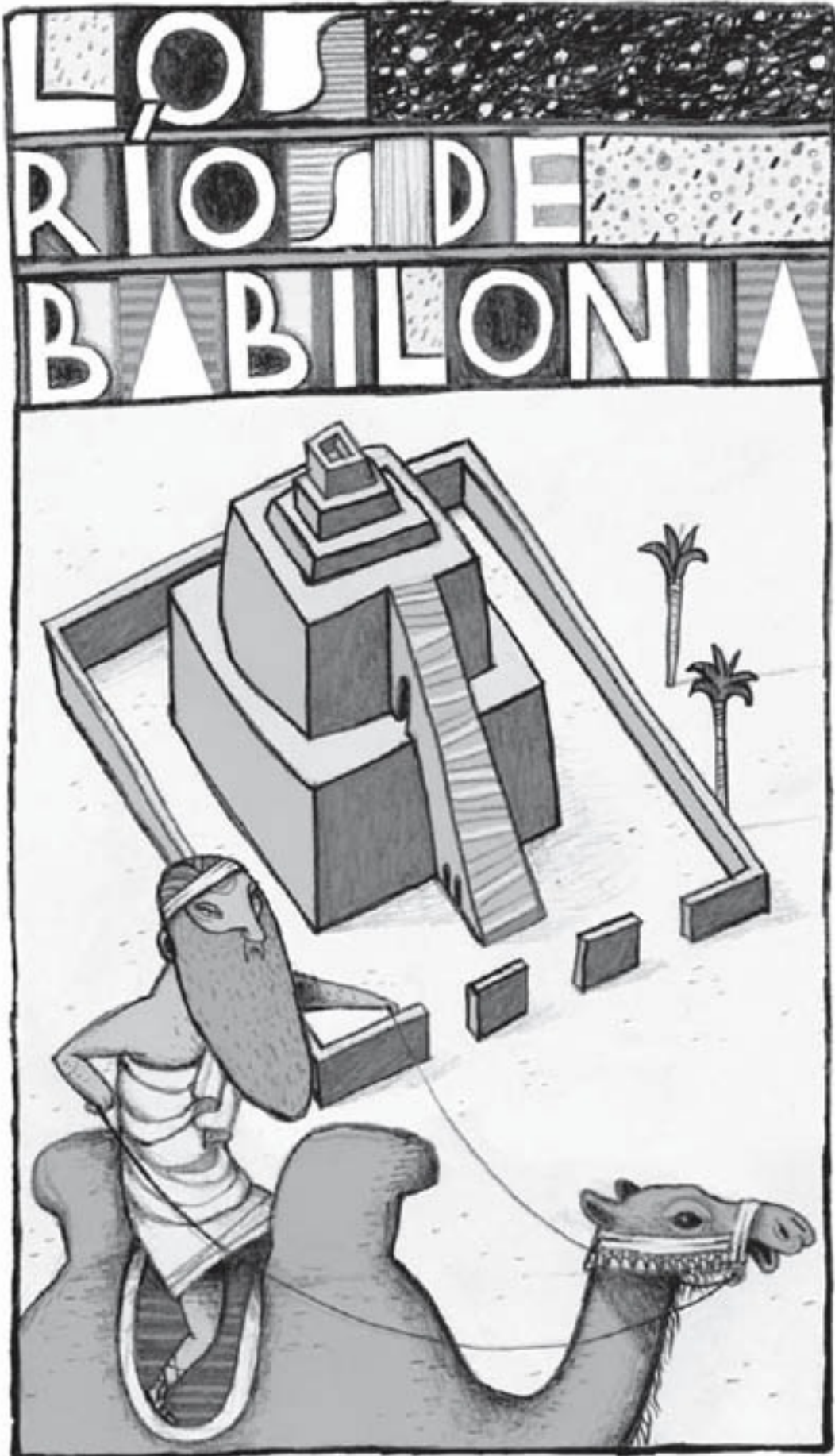
* * *

Jenofonte nos dice que Ciro era «muy bien parecido y muy generoso de corazón, muy amante del estudio y muy ávido de gloria, hasta el punto de soportar toda fatiga y de afrontar todo peligro con tal de recibir alabanzas» (*Ciropedia*, I, 2). Sin duda, debió de ser un hombre excepcional capaz de formar el imperio más grande de la Antigüedad. Su idea de dividir el imperio en regiones o satrapías (el Imperio romano lo hará en provincias) le facilitó mantener la unidad y respetar las diferencias. Mandó construir la calzada real (antecesora de las calzadas romanas), que cruzaba el imperio de oriente a occidente, desde Susa a Sardes, y permitía que un correo llegara de punta a punta en una semana. Para ello, la ruta estaba salpicada por ciento once postas cada 29 km.

* * *

Cuando Ciro partió de Sardes ya conquistada, los lidios, capitaneados por un tal Pactias, se sublevaron contra él. Llegada la noticia al rey, preguntó a su prisionero y asesor, que no era otro que Cresos, el antiguo rey de Lidia, sobre si debería esclavizar al pueblo lidio para evitar que le siguiera causando problemas. La respuesta de Cresos fue la siguiente: «Despacha emisarios y prohíbeles que posean armas de guerra,

ordénales que vistan túnicas bajo sus mantos y que calcen coturnos, y mándales que enseñen a sus hijos a tocar la cítara, a cantar y a comerciar. Y pronto, majestad, los verás convertidos de hombres en mujeres, de modo que no abrigarás temor alguno a que puedan sublevarse» (I, 155). Es así como Creso salvó a su pueblo de la esclavitud y así como Heródoto explica la fama de afeminados que en su tiempo tenían los lidios.



Rivers of Babylon es una canción espiritual popularizada en 1978 por el grupo *Boney M.* La letra está tomada del *Salmo 137* de la Biblia en el que se expresa el lamento del pueblo *judío* en el exilio babilónico: «A orillas de los ríos de Babilonia estábamos sentados llorando, acordándonos de Sión». Los judíos deportados recibieron a *Ciro* como un verdadero *mesías*, un salvador. De hecho, tras la toma de la ciudad, el Rey de Reyes promulgó un edicto que permitía a los hebreos regresar a su tierra. Babilonia era grande gracias al río *Éufrates* y sus infinitos canales; no obstante, gracias al río, *Ciro el Grande* pudo someterla.

Una vez conquistada Lidia, como ya hemos visto, *Ciro* se propuso volver hacia el este y tomar Babilonia. La ciudad mesopotámica era una de las más lujosas y ricas de toda Asia y se encontraba defendida por una gran muralla de la que colgaban suntuosos jardines. Estaba rodeada por un foso profundo y ancho. Con la tierra sacada de la excavación de la fosa se habían fabricado ladrillos con los que se construyó la muralla. A todas luces, Babilonia era inexpugnable.

El río *Éufrates* suministraba agua a la ciudad y la dividía en dos partes. A ambos lados de la rivera se alzaba un gran muro con cien puertas de bronce que daban a otras tantas calles perpendiculares.

Cuando *Ciro* marchó contra Babilonia, el ejército mesopotámico, bajo las órdenes de su gran rey, *Labineto*, le salió al encuentro y entabló batalla con él. Pero pronto se dio cuenta de que así no podría ganar la guerra, de modo que se encerró en la ciudad confiando en la buena defensa de sus murallas y en la autonomía de sus recursos.

Ciro se dio cuenta de que las murallas de Babilonia eran inexpugnables, pero se fijó en el río: si el agua entraba en la ciudad, también podría entrar un gran ejército. El rey colocó una parte de su ejército donde entra el río en la ciudad y otra donde sale. Emulando lo que había hecho años atrás la reina *Nitocris*, utilizando los hombres menos aptos para entrar en batalla, desvió la corriente hacia un lago creado en aquella misma época y consiguió secar el cauce del *Éufrates*.

En el momento en que los soldados persas vieron que el cauce había descendido hasta poder caminar por él con pie enjuto, se adentraron por la madre del río y, aprovechando que las puertas estaban abiertas y que los babilonios celebraban una gran fiesta, tomaron la ciudad.

En 538 a. C. las tropas persas entraron en Babilonia. *Ciro* fue recibido por los judíos —que años atrás habían sido deportados por *Nabucodonosor* y que ahora sufrían la represión religiosa impuesta por *Labineto*— como un verdadero *Mesías*, un liberador, un salvador. De hecho, ese mismo año un edicto del rey persa permitió a los hebreos regresar a Jerusalén.

Años más tarde, *Ciro* nombró a su hijo *Cambises* rey de Babilonia y le dejó al

frente del imperio. Él partió a combatir a los escitas del norte, los maságetas. En una de las embestidas del ejército persa, Ciro hizo prisionero a Spargapises, hijo de la reina maságeta Tomiris. La reina mandó esta misiva a su enemigo:

—Devuélveme a mi hijo y sal de mis tierras, si no lo haces, te juro por el sol, supremo señor de los maságetas, que por sediento que te halles de sangre, yo te saciaré de ella.

Volvieron a entrar en combate maságetas y persas. Esta vez ganaron aquéllos y el rey Ciro perdió la vida. La reina Tomiris ordenó buscar el cadáver de Ciro, no para honrarlo como rey, sino para cumplir su juramento. Le cortó la cabeza y la metió en un odre que previamente había llenado de sangre humana, mientras decía:

—Sáciate, Ciro, de la sangre que tan sediento te tenía.

El fin de Ciro el Grande, tuvo lugar en el año 529 a. C. y el trono de Persia fue ocupado por su hijo Cambises (I, 188-214).

MAESTRA DE LA VIDA

Ciro nunca pasó sed. Según cuenta Heródoto llevaba siempre consigo agua del río Coaspes que pasa por Susa. Durante sus campañas y sus viajes, un convoy de carros portaba en recipientes de plata esa agua hervida del Coaspes que saciaba la sed del rey y se utilizaba para los ritos sagrados. No obstante, el que nunca había echado en falta el agua, murió sediento de sangre y, por eso, la reina Tomiris, le hizo embriagarse de ella una vez muerto.

La sed es una necesidad fisiológica que tiene mucho que ver con la muerte: podemos «morir de sed» si no «matamos la sed». Es el agua lo que nos da vida, pero la sed nos avisa cuando nos falta. Sin agua no podríamos vivir; sin sed, no beberíamos. Ciro secó el Éufrates, pero no pudo esperar a que los habitantes de Babilonia murieran de sed, pues, aunque saciado de agua, el rey estaba sediento de sangre.

La sed puede adoptar muchas formas, puede ser sed de venganza o sed de inmortalidad. Lo propio de estos anhelos es que necesitan, como la sed, ser saciados. Ambos mueven montañas y adoptan formas a veces coincidentes. El primero, el deseo de venganza, alimenta luchas de todo tipo, enfrentamientos, envidias, asesinatos, guerras; el segundo, el ansia de inmortalidad, nutre el carácter religioso del ser humano. Bien lo sabía nuestro Miguel de Unamuno, quien tenía verdadera sed de inmortalidad o, con sus propias palabras, «una constante preocupación de mi destino de ultratumba, del más allá de la muerte, una obsesión de la nada mía». (*Diario íntimo*).

Y es que el ser humano puede definirse en términos de sed, ya que lo que nos constituye es una radical carencia. Somos animales de carencias, no sólo a nivel biológico, sino también en términos metafísicos. El animal se mueve por instintos; el hombre por esa sed radical de felicidad. Nos sabemos y nos sentimos seres

incompletos, inacabados, por eso, tenemos la responsabilidad de llegar a ser lo que somos. «Sé lo que eres», nos exhortaba Píndaro, y de una manera más épica es lo que el elfo Elrond exhorta a Aragorn en la película *El Señor de los anillos*: «Sé aquello para lo que has nacido».

* * *

El libro de Esdras, uno de los libros históricos de la Biblia, comienza con el decreto publicado por Ciro en el que ordena la liberación de los judíos y la reconstrucción del templo de Jerusalén: «Así habla Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él. Suba a Jerusalén, en Judá, a edificar el templo de Yahvé, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén» (Esd 1, 2-3).

Ciro y, en general, los reyes persas, se caracterizaron por su tolerancia religiosa. Supieron respetar las costumbres y creencias de los pueblos conquistados, cosa que les facilitó su conquista.

Los persas tuvieron la virtud de hacer que las diferentes religiones sumaran en vez de restar. Respetar los dioses y los ritos ajenos era una forma de no poner a un pueblo contra otro, sino de poner a uno junto a los otros. En determinados momentos de la historia, las diferencias religiosas han sido causa de los mayores enfrentamientos entre los pueblos: las numerosas guerras de religión, las llamadas guerras santas, han convertido la guerra en una religión.

Quizá la tolerancia de los reyes de Persia hacia las otras manifestaciones religiosas radique en la propia religión persa. Veámoslo.

Zoroastro, llamado también Zaratustra, vivió en Persia entre los siglos VII-VI a. C. Según la tradición perteneció a la familia de los Spitama, dedicados a la cría de caballos, y fue sacerdote oficiador de ritos cantados. Se cuentan cosas prodigiosas de su persona: un nacimiento acompañado de señales maravillosas en el cielo, la capacidad de realizar milagros o el enfrentamiento contra Angra Manyu, el principio del mal.

Compuso un libro llamado *El Avesta*, donde expone su reforma religiosa. Zoroastro predicaba la existencia de dos principios contrarios: Ahura Mazda y Angra Manyu. Ahura Mazda es el único dios, Señor Sabio y bueno, principio de la luz, de la verdad y de todas las cosas bondadosas; Angra Manyu, en cambio, es su enemigo, el dios de las tinieblas, inspirador de todos los males. De esta forma, Zoroastro solucionaba el problema del sufrimiento, de la enfermedad, de la muerte, en una palabra, del mal, sin necesidad de comprometer a Ahura Mazda, el auténtico dios. Existe el mal porque hay un principio que lo crea, que lo inspira, que lo incita.

Las otras religiones, las de los pueblos sometidos o colindantes, como la judía, podían convivir perfectamente con esta concepción. Yahvé, por ejemplo, comparte

los valores de Ahura Mazda. Más peligrosa es la irreligiosidad, alentada, probablemente, por el principio del mal, por Angra Manyu.

En el siglo III de nuestra era, la influencia se Zoroastro se dejará notar en el pensador, también persa, Manes (Babilonia, 216-275 d. C.), fundador del maniqueísmo.

El maniqueísmo se presenta como una especie de sincretismo del zoroastrismo, del budismo y del cristianismo (de hecho es contado como una herejía del cristianismo), aunque se puede considerar también como una gnosis. Mantiene la existencia de dos principios: la luz y las tinieblas, el bien y el mal, Dios y la materia. En una fase inicial, los dos principios se hallaban separados, pero posteriormente se unieron y ahora se encuentran mezclados. El destino del hombre consiste en alcanzar la luz librándose de la materia. Sólo el ser humano lo puede conseguir porque su alma es una partícula de luz que se ha unido con la materia. Mediante la renuncia y la ascesis, mediante alimentos puros y ejercicios catárticos, el hombre podrá llegar a ser un «elegido», un «hijo de la luz».

Creo que en nuestra época somos bastante maniqueos. Lo que ocurre es que hemos transmutado los principios. Me explico. Desde la Ilustración, hemos adjudicado la luz exclusivamente a la razón y, en concreto, a la racionalidad científica; mientras que hemos identificado la oscuridad con la religión, entendida como una forma de irracionalismo. En conclusión: hemos abrazado el ateísmo como antídoto contra esa oscuridad que procede de la religión. Así, entendemos la tolerancia como estar desligados de cualquier creencia, es más, el creyente nos resulta altamente sospechoso, como un fanático capaz de romper con la racionalidad establecida.

Es evidente que desde el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, la tensión Oriente/Occidente ha aumentado. Muchos pensadores, políticos y opinadores se dieron excesiva prisa en echar la culpa de esa tensión a la religión. Ellos zanjarían la cuestión eliminando todas las creencias o, cuando menos, sometiéndolas a una «religión de la humanidad» al estilo de Auguste Comte, es decir, a la racionalidad ilustrada occidental.

El maniqueísmo lejos de solucionar la situación, la complica, porque no es buena idea otorgarle rango de divinidad al mal. Si lo hacemos, no sólo cometemos un absurdo metafísico, pues el mal es ausencia de bien y como tal no tiene entidad, sino que además lo estamos blindando. Si el bien y el mal tienen sus respectivos dioses, *bellum iactum est*, la guerra está servida, y el ateísmo se presenta como única solución. Pero si no es así, si el mal es un residuo de la propia limitación de la existencia, entonces podemos luchar contra él. ¿Cómo? Sólo hay una forma: no echar más leña al fuego, sino empeñarnos en hacer el bien. Los males sólo se apagan con una sobredosis de bien. Para ello hay que sumar esfuerzos, no contraponer diferencias.



En cierta ocasión, el rey Darío hizo llamar a su presencia a dos grupos bien diferentes de entre sus vasallos: unos griegos y otros indios calatias. Primero se entrevistó con los helenos y les preguntó cuánto debía pagarles para que, en vez de incinerar a sus muertos, como tienen costumbre, se los comieran. Los griegos se escandalizaron ante la propuesta real y se negaron a hacerlo a ningún precio. A continuación se entrevistó con los calatias y les hizo la misma propuesta: cuánto les tenía que pagar para que en vez de comerse a sus difuntos, los quemaran en una hoguera. Según parece, la mera sugerencia de incinerar a los muertos les pareció ofensiva y blasfema. Heródoto concluye, citando a Píndaro, que «la costumbre es la reina de todas las cosas» (III, 38) y que los hombres sólo se guían por ella.

Heródoto no sólo cuenta historias, sino que nos aporta muchos datos sobre las costumbres de los pueblos que va conociendo.

De los lidios dice que tienen leyes muy parecidas a las de los griegos, excepto en lo que se refiere a la costumbre de que las hijas se prostituyan para conseguir su dote; cuando ya la tienen, buscan marido. Fueron los primeros en acuñar moneda, en comerciar al por menor y en inventar juegos: dados, tabas, pelota y chaquete. Según parece durante el reinado de Atis se produjo gran carestía, entonces, los juegos sirvieron de consuelo contra el hambre de esta manera: «para no pensar en la comida, de cada dos días se pasaban jugando uno entero y, al día siguiente, dejaban los juegos y tomaban alimento. Así vivieron dieciocho años» (I, 93-94).

De los persas nos informa que hacían sacrificios al sol y a la luna, a la tierra, al agua y a los vientos, que no construyen estatuas ni altares y que celebran su cumpleaños por todo lo alto. Son muy aficionados al vino. Beben mucho y después de beber suelen deliberar sobre negocios de gran importancia. Pero al día siguiente, en ayunas, discuten el negocio y si les parece bien lo ejecutan. También lo vuelven a discutir cuando están bebidos. Si se encuentran en la calle y son de la misma clase se besan en la boca, si son de diferente condición, en la mejilla, pero si la diferencia es muy grande se hacen una reverencia postrándose de hinojos. Adoptan con facilidad las costumbres de otros pueblos (al contrario de los egipcios) y son polígamos. A sus hijos les enseñan tres cosas: a montar a caballo, a disparar el arco y a decir la verdad. Entre todas las deshonras, la peor es mentir y contraer deudas, pues necesariamente ha de ser mentiroso el que es deudor (I, 131-140).

Los babilonios tienen la costumbre de reunir una vez al año a todas las doncellas en edad de casarse y las exponen para que los hombres las compren. Entre ellos no hay médicos. Cuando uno está enfermo lo sacan a la plaza, todos los transeúntes le preguntan por su dolencia y si alguno ha padecido el mismo mal le dice lo que le fue

bien y le exhorta a que lo haga. No se permite pasar de largo. Cuando los esposos han entrado en conocimiento no osan tocar alhaja alguna hasta haberse lavado. Cubren los cadáveres de miel.

A juicio de Heródoto, la costumbre más infame de los babilonios es la de que cada mujer casada debe prostituirse una vez en la vida con un extranjero sentada en el templo de Afrodita. Una vez sentada, no vuelve a su casa hasta que alguien le haya echado dinero en su regazo y se haya satisfecho con ella. Algunas permanecen allí durante tres o cuatro años. Según parece, eso asegura que nunca más esa mujer se venderá por dinero (I, 196-200).

Respecto a los masagetas dice que «cada uno se casa con su mujer pero las gozan a discreción», pues no conocen el pudor. Cuando alguien llega a una edad avanzada y está ya decrepito lo matan y se lo comen junto a carne de otras reses dándose un gran banquete. Para ellos es la forma más feliz de salir de este mundo. Si muere por enfermedad, no se inmola sino que se entierra el cuerpo con gran pesar. Veneran al sol y le sacrifican caballos porque al más veloz de los dioses se le ha de ofrendar el más veloz de los animales. Beben leche (I, 215-216).

Los egipcios son diferentes a los demás pueblos y todo es debido a su clima y a que el río corre al revés. Las mujeres van al mercado y hacen la compra y los hombres se quedan en casa tejiendo. Ellas orinan de pie y ellos en cuclillas. Los hombres son los únicos sacerdotes, se rapan a navaja la cabeza y todo el cuerpo cada dos días. Amasan la harina con los pies. Se circuncidan. Son muy supersticiosos. Abominan del puerco y si lo tocan se purifican en el río. Se inclinan profundamente al saludarse. Tienen un médico especialista en cada enfermedad. Embalsaman a los muertos. Fueron los primeros que dijeron que el alma era inmortal, la cual, al morir el cuerpo, tras recorrer durante tres mil años toda la serie de vivientes, vuelve a entrar en un cuerpo humano. Durante los banquetes hacen circular por la estancia una momia de madera al tiempo que se dice: «Míralo y luego bebe y diviértete, pues cuando mueras serás como él» (II, 35-91, 123).

Entre los indios hay numerosos pueblos que hablan lenguas diferentes. Algunos son nómadas y comen carne cruda. Cuando un miembro de la tribu enferma lo matan y se lo comen antes de que la enfermedad acabe con él. Otros no matan a ningún ser vivo y se alimentan de hierbas silvestres. Cuando enferman se retiran a un despoblado y se dejan morir. Todos estos indios se aparean en público, como las reses, y tienen la piel negra, como los etíopes. Eyaculan semen negro (III, 98-101).

Los trausos imitan en todo a los tracios, aunque tienen costumbres particulares en cuanto al nacimiento y la muerte de los suyos: al nacer un niño, todos los parientes se ponen alrededor del recién nacido y empiezan a pronunciar grandes lamentos, contando los muchos males que le esperan en el curso de su vida; sin embargo, cuando muere uno de ellos, le dan sepultura con muchas muestras de contento y alegría, ponderando las miserias de que acaba de librarse y celebrando los bienes que le esperan en el más allá (V, 4).

Muchos son los pueblos y muchas las costumbres de las que nos habla Heródoto a lo largo de su obra. No duda en hacer un descanso en el curso de los acontecimientos para regalarnos páginas y páginas sobre las leyes y costumbres de todos los pueblos de que tiene noticia. Tal es el material que reúne y tan agudas sus observaciones, que bien se puede considerar a Heródoto el primer etnógrafo o, incluso, el primer antropólogo cultural.

Parece que Heródoto cita de memoria a Píndaro, pues el poeta utiliza la palabra *nomos* como «ley», queriendo decir que «la ley es reina de todos los mortales e inmortales». (Platón, *Gorgias* 484b); no obstante, el historiador, que ya sabe eso, quiere darle otro sentido: las leyes, las costumbres de cada pueblo son las que realmente los gobiernan, las auténticas reinas en la vida.

El de Halicarnaso nos ofrece un material muy valioso, pero no profundiza en las razones por las que los distintos pueblos tienen costumbres tan diferentes. Aunque nos da algunas pistas que en general tienen que ver con la geografía, el clima, la alimentación y las creencias religiosas. Las costumbres son difíciles de destronar porque están tan arraigadas en una sociedad que, como los hábitos aristotélicos, se convierten en «segundas naturalezas». Una vez asentadas parecen caprichos ininteligibles e injustificables. Su origen, su motivo, su porqué se ha perdido y ha quedado solamente una forma de actuar que, como la anécdota que hemos contado en la entrada, resulta poco menos que caprichosa.

Acierta el historiador en apuntar a la geografía, al clima y a la alimentación como la raíz de la mayor parte de las costumbres de un pueblo. Probablemente a la tradición de embalsamar a los muertos, por ejemplo, se le pueda encontrar en su origen una razón higiénica relacionada con la geografía o el clima; con el tiempo esa razón quedaría sellada por las creencias religiosas, las cuales acabarían sancionándola de mil maneras para asegurar que se cumpla. Del mismo modo ocurriría con la costumbre de incinerar los cadáveres o de comérselos. En este último caso, parece que en el neolítico el canibalismo era una práctica bastante común probablemente debido a la necesidad. No es de extrañar que en algunas tribus aquella conducta quedara sancionada por ritos religiosos.

* * *

Estas páginas de la *Historia* de Heródoto son el antecedente de nuestras actuales *Guías de Viajes* donde podemos encontrar no sólo la descripción geográfica del país, junto a sus monumentos (*thaumata* o «maravillas») más significativos, algo que también nos ofrece el historiador griego, sino además una relación de sus costumbres más representativas.

Llama la atención la tolerancia de Heródoto. Aunque toma siempre como referencia lo griego, no cae en el etnocentrismo sino en la aceptación de un pluralismo enriquecedor. Eso no significa que apruebe todas las costumbres, al contrario, a muchas de ellas las considera «bárbaras», simplemente «no griegas», lo que no quiere decir otra cosa sino que son extrañas. Grecia es una referencia, no una fuente de valores absolutos.

Las costumbres son las insignias de los pueblos. Cuando algunos jóvenes escitas se unen a las amazonas, acostumbradas a cabalgar y a guerrear como los hombres, y les proponen irse a vivir con ellos a sus poblados, ellas les contestan que no podrían convivir con las mujeres escitas porque no comparten las mismas costumbres. Las amazonas son capaces de aprender la lengua de sus compañeros, pero no de renunciar a su forma de vida (IV, 114).

Muchos de los conflictos que ha habido y sigue habiendo en la actualidad están generados por mantener las costumbres o por evitar que otras ocupen su lugar. Defenderlas significa preservar el pasado, salvaguardar las señas de identidad de un pueblo o una nación. Por eso, el que renuncia a sus tradiciones es un traidor, como el sabio escita Anacarsis, que viajó por Grecia y cuando volvió a su patria, tras haber prometido hacer un sacrificio a la diosa Cibeles si llegaba con bien, lo llevó a cabo a la manera griega. Su «sacrilegio» fue denunciado ante el rey Saulio, quien lo mató de un flechazo. Heródoto nos dice que en su tiempo si alguien preguntaba en Escitia por Anacarsis nadie decía conocerlo, y eso debido a que adoptó costumbres extranjeras (IV, 76).

Por la misma razón, el de Halicarnaso considera que el rey persa Cambises estaba totalmente loco porque se burlaba de la religión y de las costumbres de los egipcios (III, 38).

Es evidente que el ser humano es un animal de costumbres; sin ellas probablemente estaría perdido. Las necesita para vivir en sociedad, para saber cómo actuar en momentos determinados, para tener un pasado y un futuro, para diferenciarse de los demás... Eso no quiere decir, no obstante, que las costumbres sean inamovibles (el propio historiador nos indica qué pueblos son más propensos y cuáles menos a cambiar de formas de vivir), ni que todo esté justificado por ellas. Todas las costumbres son respetables, pero las hay mejores y peores, aceptables e inaceptables. Una tradición ancestral no queda justificada por serlo (ni por ser tradición ni por ser ancestral) y, así como nació, del mismo modo puede morir. O mejor, cambiar, porque las costumbres ni se crean (de la nada) ni se destruyen, sólo se transforman.

Santiago Ramón y Cajal, bastante escéptico respecto a lo que nos pueda enseñar la historia, como ya hemos visto, arremete contra las costumbres con su fina ironía científica: «La rutina y la costumbre nos imponen, a menudo, los actos más absurdos. A la mayoría de los hombres nos pasa lo que a las ranas o a las moscas decapitadas, que se obstinan en preservar y defender la cabeza después de haberla perdido». Y

creo que se pueden corregir «las malas y hasta las abominables costumbres de los pueblos dando un rodeo estratégico, es decir, satisfaciendo en otra forma sus perversos instintos. Ejemplo elocuente de ello nos ofrecen los habitantes de las *Nuevas Hébridas*, que abandonaron su secular canibalismo en cuanto los europeos introdujeron la cría del puerco. Para curar a nuestro pueblo de los funestos vicios de la lotería, del flamenquismo y de las crueles corridas de toros, ¿no podría hallarse algún sustituto decente?» (*Charlas de café*, pp. 177, 168).

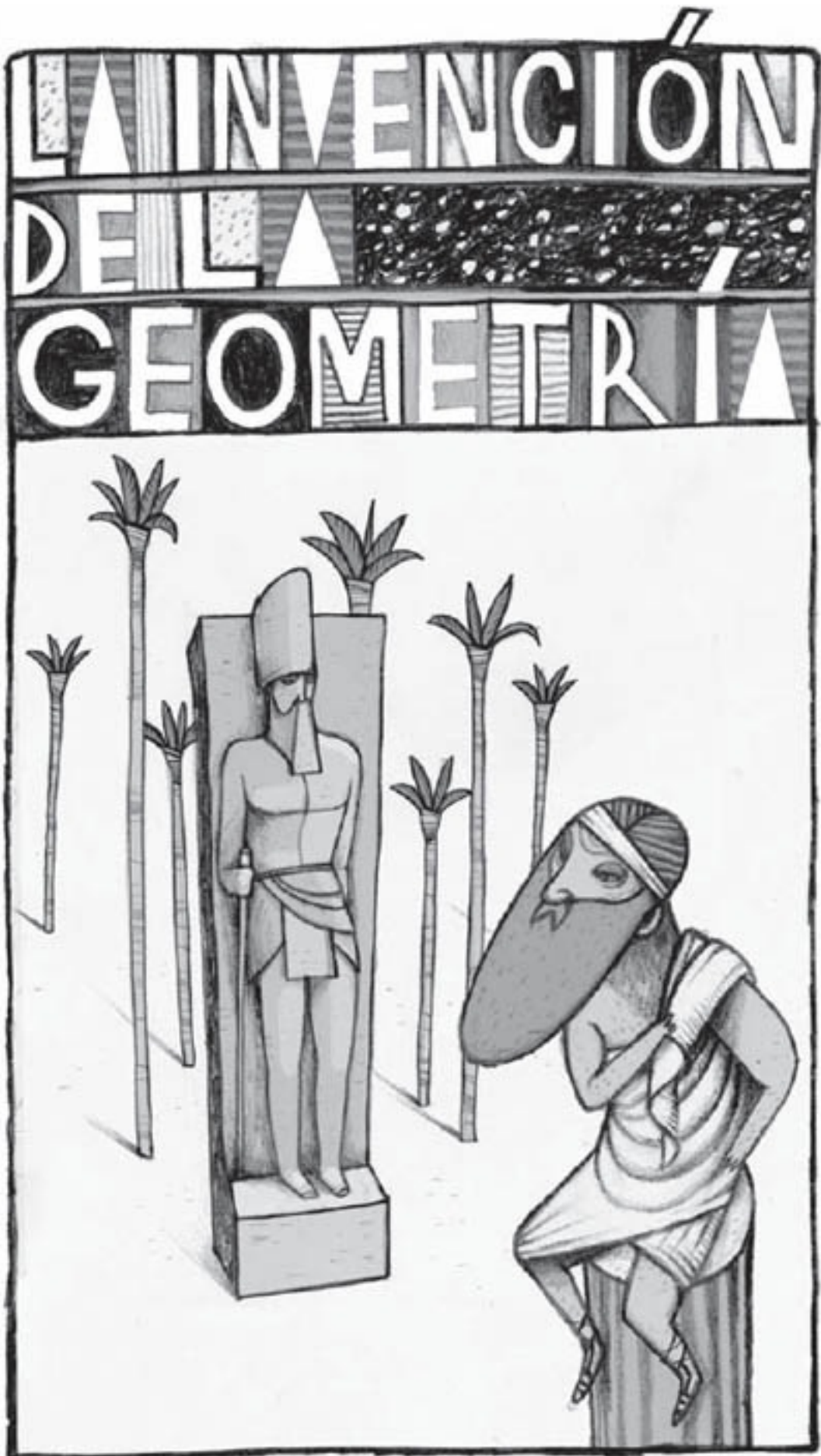
Entiendo que don Santiago no hubiera pretendido que las corridas de toros fueran eliminadas por un Parlamento, como ha ocurrido ya (aunque eso, sin lugar a dudas, le hubiera satisfecho), sino que hubiera esperado a que desapareciesen por la imposición de otros usos, otros hábitos u otras prácticas sustitutorias.

Podemos aprender mucho de Heródoto, como a aceptar y respetar las costumbres de los pueblos, que, aunque sean distintas a las nuestras, no por ello las hemos de despreciar. ¿Relativismo? No: simplemente la tolerancia que genera el conocimiento.

* * *

De entre las costumbres que describe Heródoto la que más me llama la atención es la que tenían los trausos de llorar cuando nacía un niño y alegrarse cuando moría. Realmente la vida es agridulce, pero para los trausos sólo resultaba agria. Por eso, se lamentaban, lloraban y referían todos los males y sacrificios que le esperaban a aquel recién nacido. Probablemente la existencia de los miembros de esa tribu era extremadamente dura, demasiado quizá; los escasísimos momentos de felicidad no lograrían aplacar los días de sufrimiento, hambre y miedo. Tal vez, por todo ello, pensarían, los seres humanos nacen llorando y mueren en paz.

Nosotros, en cambio, somos más optimistas: nos alegramos cuando nace un niño y lloramos cuando muere. Parece lo lógico. No obstante, podemos aprender algo de los trausos: que la vida no es un camino de rosas, sino una carretera, a veces recta, a veces sinuosa, cuyos cambios de rasante ocultan futuros inciertos.



Los críticos han echado en cara a Heródoto no haber utilizado más fuentes escritas y haberse fiado en demasía de lo que la gente le decía. Posiblemente lo que descubrió de Egipto padece de estas dos deficiencias, ya que no conocía su lengua y no es probable que los sacerdotes egipcios, que le contaron lo que él nos relata, dijeran la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. De cualquier forma, debemos a Heródoto el primer esbozo de una historia de Egipto, casi dos siglos antes que la del egipcio Manetón, considerada ésta la más completa y fiable. La del griego nos presenta un país exótico regado por un río que fluye al revés, de sur a norte, y que nos ha legado entre muchas otras cosas la geometría.

El primer rey de Egipto fue Menes. Nos encontramos hacia el año 3100 a. C. Fue el fundador de la ciudad de Menfis que construyó después de haber desviado el curso del Nilo.

Según los papiros de los sacerdotes, a Menes le sucedieron trescientos treinta reyes hasta llegar a Sesostri, que reinó a principios del segundo milenio a. C. Este rey estableció la capital más al sur, en Tebas y llevó a cabo una gran campaña militar atacando Palestina y atravesando el continente hasta pasar, según las informaciones que maneja Heródoto, a Europa. A su regreso, fue convidado por su hermano, a quien había confiado el gobierno de Egipto durante su ausencia, a un banquete de bienvenida junto a sus hijos y la reina.

El hermano, sin embargo, les tendió una trampa. Hizo rodear la casa donde se encontraba Sesostri con su familia de haces de leña y, cuando él hubo salido, ordenó que le prendieran fuego. Al verse rodeados y ante una muerte segura, el rey pidió consejo a su esposa, quien le dijo:

—Sacrifica a dos de tus seis hijos. Extiende sus cuerpos sobre la hoguera y pasemos los demás por encima.

Así lo hizo el rey y pudo salir ileso. Tras vengarse de su hermano, utilizó a los prisioneros que había traído de sus campañas para construir numerosos canales con tal de distribuir el agua del Nilo. De modo que parceló el país y lo repartió entre todos los egipcios, concediendo a cada habitante un lote de tierra y, conforme a esta distribución, estableció los impuestos, de los que sólo estaban exentos la clase sacerdotal y militar. Pero las periódicas crecidas del río a la vez que nutrían la tierra borraban los límites, con lo cual el monarca se veía obligado a enviar funcionarios para que calcularan el tamaño de las parcelas y establecer así el tributo anual. Para este menester se inventó la geometría que, posteriormente, pasó a Grecia.

A Sesostri le sucedió su hijo Ferón, nombre del que surgirá ligeramente deformado el título de faraón, que significa «majestad». Cuentan que durante una de

las mayores crecidas del Nilo sopló un fuerte viento que levantó un gran oleaje, entonces, Ferón tomó una lanza y, presa de ira y de insensata temeridad, la arrojó contra el río. Al instante fue perdiendo vista hasta que quedó completamente ciego.

Diez años vivió Ferón ciego hasta que el undécimo llegó un oráculo de la ciudad de Buto según el cual ya se había cumplido el tiempo del castigo y el faraón recobraría la vista si se lavaba los ojos con la orina de una mujer que sólo hubiera mantenido relaciones sexuales con su marido.

El soberano se lavó primero con la orina de su esposa, pero siguió ciego. Fue probando con la de muchas mujeres hasta que encontró una que le devolvió la vista. Entonces, reunió en una ciudad a todas las adúlteras, también a la reina, y prendió fuego a la ciudad con ellas dentro. Después, se desposó con la mujer con cuya orina se había lavado los ojos y había recobrado la vista.

Algunos faraones se erigieron grandiosas tumbas en forma piramidal, como el rey Keops. Heródoto cuenta cómo se construyó la pirámide, la cantidad de enormes piedras traídas por el Nilo desde las montañas y la ingente mano de obra que se utilizó. Por aquella edificación, el faraón sumió a su pueblo en la miseria y llegó a prostituir a su propia hija.

A Keops le sucedió su hermano Kefrén y a Kefrén, el hijo de Keops, Micerino. Éste devolvió al pueblo lo que su padre le había quitado. Tuvo la desgracia de que perdió a su hija, a la que sepultó en un sarcófago con forma de vaca toda ella recubierta de oro. Tras esta pérdida, recibió un oráculo que le advertía que sólo le quedaban seis años de vida. Micerino, entonces, se hizo fabricar una gran cantidad de lámparas, de modo que cuando llegaba la noche las hacía encender y se dedicaba a todo lujo de placeres. De esa forma, al convertir las noches en días, quiso contradecir al oráculo transformando seis años en doce (II, 99-111, 124-133).

MAESTRA DE LA VIDA

Sabemos que en muchas de sus apreciaciones Heródoto se equivoca. Por ejemplo, los canales no fueron construidos para llevar agua a las ciudades, sino que fueron las ciudades las que surgieron a las orillas de los canales. Además las obras no las hizo un solo faraón sino varios. Probablemente no llegó a ver todo aquello que describe: así cuando dice que el cocodrilo nace sin lengua y no mueve la mandíbula inferior (II, 68) está haciendo una apreciación inexacta, ya que dichos anfibios tienen una pequeña lengua adherida a la mandíbula inferior que sí mueven al abrir la boca.

Algo semejante ocurre cuando habla de otras regiones del mundo. La inexactitud resulta a veces fantástica, por ejemplo, cuando cuenta que en las tierras que están más allá de los escitas resulta difícil adentrarse debido a la infinidad de plumas que flotan en el aire (IV, 7). Seguramente no se trata de otra cosa que de copos de nieve.

Algunas de sus afirmaciones no son contrastables, lo cual no significa necesariamente que sean falsas, pues la principal fuente de comparación es posterior:

la ya citada obra del sacerdote egipcio Manetón (siglo III a. C.). Lo que sí resulta probable es que los informadores de Heródoto hubieran cargado sus historias de exageraciones y leyendas. Otros «errores» son comprensibles, por ejemplo, cuando considera que el lago Moeris, situado al sur de Menfis y al oeste del río, era artificial. El historiador tiene cierta razón ya que catorce siglos antes los egipcios habían construido un canal desde el Nilo para asegurar un depósito natural que con el tiempo iba perdiendo agua (II, 149-150).

Crédulo en algunas cosas, en otras Heródoto se muestra escéptico, por ejemplo, cuando le cuentan que fenicios, contratados por el faraón Neceo II circunvalaron el continente africano (hacia el año 600 a. C.).

Ese faraón quiso construir un canal que uniera el Nilo con el mar Eritreo, es decir, el mar Rojo, con tal de comunicar el Mediterráneo con el golfo Pérsico y el océano Índico. Durante la excavación perecieron ciento veinte mil obreros y el canal quedó sin terminar (II, 158). Entonces, contrató a marineros fenicios, muy duchos en largos viajes, para que saliesen del Eritreo, pasaran al océano Índico, bordearan Libia (África) y regresaran por el mar del Norte (Mediterráneo) tras haber atravesado las columnas de Heracles, es decir, el estrecho de Gibraltar. Tres años tardaron los navegantes en realizar semejante proeza (que no se volvería a repetir hasta dos milenios después). Cuando llegaron a Egipto dijeron que en el extremo sur de Libia el sol les quedaba a mano derecha. Heródoto no puede aceptar eso y comenta: «cosa que, a mi juicio, no es digna de crédito, aunque puede que lo sea para alguna otra persona» (IV, 42). Pero justamente esta observación que se resiste a creer el historiador es la que prueba la veracidad de lo que cuenta, pues desde el hemisferio austral, en el momento de circundar el cabo de Buena Esperanza, los navegantes fenicios tuvieron que tener al astro rey a su derecha, o lo que es lo mismo, al norte del cenit, no al sur. Claro está que para encajar esa observación necesitaba tener una concepción de la tierra más moderna que la que manejaba el viajero de Halicarnaso.

Una expedición similar no se volvió a repetir porque no era rentable un viaje de tres años de duración (hay que tener en cuenta que debían hacer largas escalas en tierra para sembrar trigo y cosecharlo). Aun así, Heródoto nos cuenta el intento de circunnavegación de África, aunque en sentido contrario, que llevó a cabo un tal Sataspes para eludir un castigo del rey persa Jerjes. Sataspes pasó las columnas de Heracles y viró hacia el sur, pero al ver que aquel camino no tenía final, dio media vuelta y regresó a Persia (IV, 43).

Para dar la razón a los marineros fenicios habrá que esperar hasta 1486 cuando el navegante portugués Bartolomeu Dias descubra el cabo de Buena Esperanza.

* * *

Sabemos, no sólo por Heródoto sino también por muchos otros autores, que los egipcios fueron grandes matemáticos (como lo fueron los caldeos) y que el desarrollo

de la geometría no sólo se debió a que, como dice Aristóteles, «la casta sacerdotal gozara de ocio», sino a unas necesidades prácticas muy concretas. Isaac Asimov lo explica a la manera herodótea: «Las inundaciones anuales del Nilo borraban los límites entre las tierras de propiedad individual. De ahí que fuese necesario buscar alguna fórmula para volver a determinarlos. Sabemos cómo esto dio lugar, lentamente, a métodos de cálculo que conocemos hoy con el nombre de *geometría* (“medición de la tierra”). Del mismo modo se desarrollaron otras ramas de las ciencias matemáticas.» (*Los egipcios*, p. 19). Dicho de otra manera: *fames alit artes*, el hambre aguza el ingenio, y de forma más poética: la ciencia es el esfuerzo del hombre para ayudarse a sí mismo.

El hallazgo, a mediados del siglo XIX, del Papiro de Rhind, con una antigüedad de casi tres mil años, demuestra que los egipcios disponían de ciertos conocimientos matemáticos que no entrarían en Occidente hasta pasados varios siglos. Tenían un sistema decimal de notación y sabían, por ejemplo, que la suma de los cuadrados de 3 y 4 es igual al cuadrado de 5, un caso particular del teorema de Pitágoras, lo que les permitía levantar perpendiculares o medir pirámides con la sombra que proyectaban. Según el Papiro Rhind los egipcios sabían, entre otras muchas cosas, operar con fracciones y calcular áreas y volúmenes.

Pero los griegos no sólo importaron la geometría sino también el alfabeto, el cual, según noticia del propio Heródoto, lo introdujeron los fenicios que llegaron a Grecia en compañía de Cadmo (V, 58).

* * *

Ferón cometió un grave pecado de ingratitud. Se enfadó contra el Río, fuente de toda la riqueza de su país, y no supo aceptar que quien da la vida también la quita, que ni siquiera un faraón está por encima de las fuerzas de la naturaleza.

Por otra parte, recuperar la vista a base de lavarse los ojos con orina de mujer, como hizo Ferón, no parece una medida muy higiénica. No obstante, al faraón le sirvió para ver que su mujer lo engañaba y, por qué no decirlo, para comprobar lo difícil que era entre los afectos a la corte encontrar una mujer fiel. De cualquier forma, Ferón llevó a cabo el primer análisis de orina de la historia y fue el primero en someterse a la orinoterapia, un tratamiento que comienza a ser usado en la actualidad.

* * *

Heródoto no podía menos que describirnos la suntuosidad y belleza de las pirámides de Egipto y preguntar cómo se construyeron. La gran pirámide de Keops es la mayor construcción realizada por el hombre, si exceptuamos la Gran Muralla china, y la única de las siete maravillas de la Antigüedad que todavía se conserva. En

la meseta de Giza se alzan también las pirámides de Kefrén y Micerino.

La historia que cuenta Heródoto de este último faraón nos enseña a burlar al Destino. Micerino no quiso aceptar que le quedaban seis años de vida, como le había dictado el oráculo. Se rebeló contra él y le engañó. ¡Se engañó a sí mismo!, podemos pensar. Pero no, el faraón multiplicó el tiempo, porque lo vivió con mayor intensidad. No vivió ni un solo día más de lo estipulado, pero se tomó en serio eso que solemos decir de aprovechar el tiempo que nos queda. Fue su manera de reírse del sino iluminando su vida como no lo había hecho hasta entonces. Quizá si hubiera vivido doce años, sin saber que eran los últimos, no los habría vivido igual, o tal vez, simplemente, los hubiera perdido.



Así como la luz artificial que usó Ferón no convertía la noche en día, del mismo modo, el oro no hace que una palangana sea algo distinto a una palangana. A no ser que fundamos el dorado metal para hacer otra cosa. Es lo que hizo el faraón Amasis para demostrar, no aquello de que no es oro todo lo que reluce, sino que la materia, por mucho que reluzca, puede formar tanto una vil vasija como una venerable estatua. Se suele decir que el hábito no hace al monje, sino sus buenos hábitos; así como no es el material lo que ennoblece a un utensilio, sino su uso. Por eso, a las personas no se nos valora por lo que somos, sino por lo que hacemos. Eso quería demostrar el faraón.

El reinado de Apries fue uno de los más felices de Egipto, si exceptuamos el de su bisabuelo Psamético. Sin embargo, hubo una ocasión en que toda la dicha del soberano se convirtió en desventura. Ocurrió que Apries envió su ejército contra Cirene y allí sufrió una gran derrota. Los soldados supervivientes se rebelaron entonces contra el rey por creer que, en busca de su propio provecho y ambición, los había llevado a la perdición.

Para sofocar el levantamiento y calmar los ánimos, Apries envió a un egipcio muy popular entre los soldados, llamado Amasis, pensando que a un igual le harían caso. Pero ocurrió que cuando Amasis llegó al campamento donde estaba el ejército amotinado, uno de los soldados se acercó por detrás, le colocó un casco en la cabeza y le proclamó, así por las buenas, rey de Egipto. Y todos los demás vitorearon el nombre del nuevo faraón.

Parece que a Amasis no le sentó nada mal eso de ser proclamado rey y en vez de ganarse a los sublevados para Apries, los llevó contra él. Venció el soldado y el faraón fue hecho prisionero. Amasis lo trataba bien, como merece su alcurnia, pero como aquel trato diera pie a muchas murmuraciones, decidió entregarlo a sus vasallos, quienes lo estrangularon y enterraron su cuerpo. Eso ocurrió en torno al año 570 a. C.

Al principio los egipcios no hacían mucho caso de su nuevo rey y lo vilipendiaban abiertamente debido a su origen plebeyo; sin embargo, Amasis se fue ganando poco a poco el respeto de sus vasallos con arte y discreción.

Entre sus muchas alhajas tenía una palangana de oro donde se lavaban los pies él y sus invitados. En cierta ocasión ordenó fundir aquella palangana áurea y modelar una escultura de un dios que erigió en un lugar principal de la ciudad. Todos los egipcios comenzaron a adorar a aquella estatuilla con gran fervor. Entonces, Amasis reunió al pueblo y dijo que aquella efigie antes de ser tal era una simple vasija donde muchos de ellos se habían lavado los pies, incluso donde habían orinado y vomitado. Y concluyó su discurso con estas palabras:

—Lo mismo que con esta palangana, ha pasado conmigo: antes era plebeyo, ahora soy vuestro soberano y como a tal me debéis respeto y veneración.

Aquel día, Amasis se ganó definitivamente no sólo la sumisión de los egipcios, sino también su estima y consideración.

Amasis tenía fama de borracho, ya que por la mañana se dedicaba en cuerpo y alma a los asuntos del gobierno, pero desde mediodía hasta la noche se lo pasaba bebiendo y holgándose haciendo bromas. Algunos de sus allegados le recriminaban esta conducta y él les contestaba de la siguiente manera:

—Los arqueros no tienen el arco siempre tensado, sino que sólo lo montan para disparar. Si lo tuvieran siempre en tensión, a buen seguro que el arco se rompería y no podrían utilizarlo cuando lo necesitaran. Los hombres debemos hacer lo mismo, no podemos vivir en un continuo afán, sino holgarnos y descansar para poder dirigir con más acierto los asuntos que nos ocupan, de lo contrario nos volveríamos locos o, como mínimo, imbéciles.

Amasis gobernó durante cuarenta y cuatro años en un Egipto próspero al que dio muchas leyes, entre las que destaca la que obligaba a todos los egipcios a presentar ante el precepto de su provincia una declaración de su forma de vivir y su oficio so pena de muerte al que no lo hiciera o mintiera respecto a sus posesiones y ganancias. Esta ley fue tenida por muy justa y dicen que fue adoptada por Solón, quien la instauró en Atenas (II, 161-177).

MAESTRA DE LA VIDA

Lo que hizo Amasis con su palangana áurea me recuerda al becerro de oro que fabricaron los israelitas en el Sinaí (Ex 32). El pueblo de Yahvé creyó que valía más adorar a un ídolo hecho del noble metal que a una deidad invisible, por eso fundieron todas las vasijas, anillos y colgantes de oro para moldear un dios a su medida.

El ser humano es propenso a crearse ídolos, esto lo sabía muy bien Amasis. Así que les fabricó uno hecho con una palangana para demostrar que el ser humano es capaz de adorar cualquier cosa con tal de que tenga la apariencia idónea (nótese que esta palabra comparte la misma raíz que «ídolo»). Si los egipcios son capaces de creer en una efigie hecha de un lavamanos, debía pensar Amasis, también pueden obedecer a un soldado vestido de faraón. Porque así como la vasija, tras la fundición, ha desaparecido, del mismo modo el rey ya no es aquel con el que sus compañeros luchaban y se emborrachaban.

Amasis ya no es el mismo, como les ocurre a muchas personas que, de la noche a la mañana, acceden a un puesto de gran responsabilidad o llegan a la cúspide de la fama. En las entrevistas suelen decir eso de «sigo siendo la misma persona», pero no es así. En su fuero íntimo se sienten igual, saben que son lo que eran antes, pero para los demás, no. Ahora son personas públicas y lo que fueron antes conforma justamente un antes que tiene el atractivo nostálgico de lo que se dejó atrás. Para la

gente no cuenta lo que fueron sino lo que son ahora, porque «antes de» simplemente no existían.

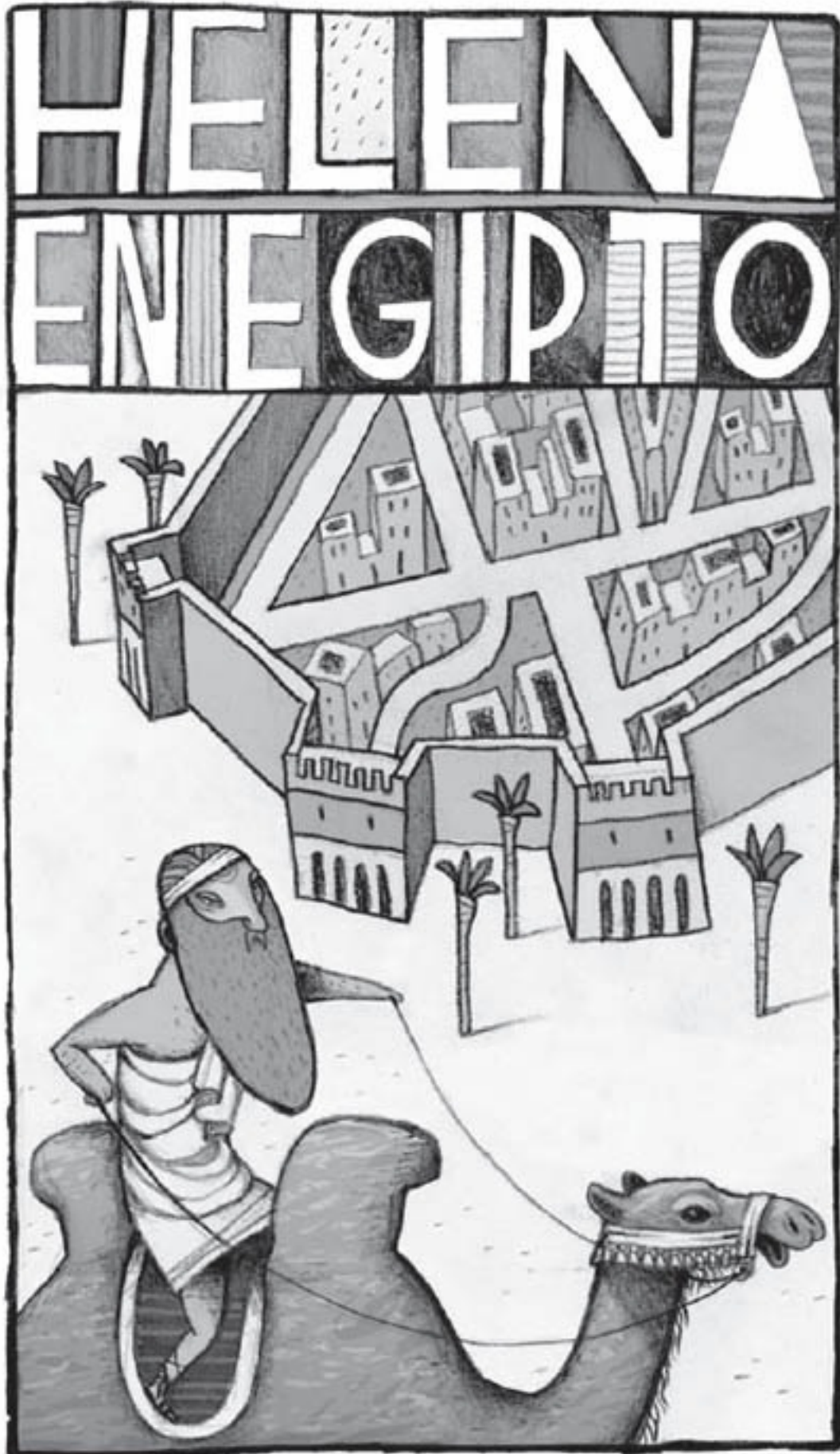
Pero Amasis no puede dejar atrás los vicios que tenía cuando todavía no era faraón. Parece ser que le gustaba el vino en demasía y que sus juergas eran continuas, algo previsible en un soldado fanfarrón. Quien tuvo retuvo, así que el faraón sigue con los hábitos de antaño, con la salvedad de que no tiene que disimular pero sí justificar.

La justificación que da de su conducta disoluta resulta verosímil. Un arco no puede estar siempre tensado, de lo contrario a la hora de disparar se podría romper; necesita destensarse para volverse a tensar en el momento oportuno. Es la misma excusa que ponen muchas personas en nuestros días para, de vez en cuando, generalmente una vez por semana, dar la espalda al trabajo, a la seriedad y a las normas. Para desconectar cuando se llega a casa, se disculpan con el «llevo todo el día trabajando»; para cogerse una juerga los fines de semana, se escudan en que ya cumplen entre semana; para desconectar de todo en vacaciones, se amparan en el sacrificio de todo el año. «Siempre que cumpla en su trabajo», «mientras esté en pie por la mañana», «en tanto no desatienda sus obligaciones»... lo demás no nos importa.

No quiero decir que el descanso no sea necesario, al contrario, el argumento de Amasis me parece excelente, sino otra cosa: que el ocio no lo debemos situar en las antípodas del tiempo ordinario (donde no hay normas, ni horarios, ni bien ni mal, ni responsabilidades, ni esfuerzo), de lo contrario podemos caer en una peligrosa esquizofrenia, en una doble vida que acabe pulverizando la vida.

Intentaré explicarme. Si vivimos el ocio como una forma de olvidar lo que hemos vivido, estaremos borrando la mitad de nuestra vida, que a su vez quedará borrada por la otra mitad. No podemos ser buenos técnicos, comerciantes, profesores o gobernantes por la mañana y olvidarlo por la tarde. Quizá eso lo pueda hacer un faraón, pero no las personas normales. Esa esquizofrenia nos volvería, valga la redundancia semántica, locos, nos haría odiar una parte de nuestra vida, nos tendría huyendo continuamente de nosotros mismos. Destensar el arco no significa romperlo; vivir el ocio no quiere decir echar por tierra todos nuestros valores.

Amasis inventó la Declaración de la Renta. Cada habitante debía declarar lo que ganaba y lo que tenía, con tal de pagar los respectivos impuestos. No le interesaba lo que cada cual hacía en su tiempo de ocio, sino lo que había ganado en sus negocios.



Heródoto comienza su *Historia* narrando el rapto de una doncella argiva, hija del rey Ínaco, llamada Ío, a manos de los fenicios. Como represalia, algunos griegos, al parecer cretenses, recalaron en Tiro y raptaron a la princesa fenicia Europa. Con ello quedaron vengados. Pero, más tarde, un navío griego llegó a Ea, en la Cólquide y se llevó a Medea, hija del rey de los colcos. Para vengar esta nueva afrenta hecha a los asiáticos, el príncipe Paris de Troya viajó a Grecia y secuestró a la esposa de Menelao, Helena de Esparta. Entonces, todos los soberanos de la Hélade se unieron para rescatar a Helena. Fue así como se inició la mítica guerra de Troya y como se suscitaron las enemistades entre griegos y asiáticos, aunque, según el historiador, Helena nunca llegó a la ciudad de Príamo: se quedó en Egipto.

Siendo Proteo rey de Egipto, llegó a sus costas el príncipe Paris de Troya junto a Helena de Esparta, a quien había raptado. Una tempestad los había arrojado a la desembocadura del Nilo, a un puerto cuyo gobernador era un tal Tonis. Paris y Helena, junto a los tesoros que traían consigo, robados en Grecia, se refugiaron en el templo de Heracles, mientras los siervos del príncipe troyano aprovecharon para presentarse ante Tonis y, con la intención de sacar algo a cambio, delatar a su señor.

—Aunque es hijo de Príamo, rey de Troya —dijeron los siervos—, es un gran impostor, que aprovechándose de la hospitalidad de Menelao, señor de Esparta, le ha robado a su propia esposa y se ha hecho con buena parte de su hacienda.

Oídas estas razones, Tonis dudaba qué hacer con los refugiados, por lo que decidió mandar un mensaje a Proteo. El rey le ordenó que embarcara a los recién llegados con todos sus esclavos y sus riquezas y los llevara ante su presencia a Menfis, río arriba. Así lo hizo Tonis.

Cuando Paris llegó ante Proteo, intentó disculparse, pero el rey, conocedor de la historia, le hizo callar:

—Nada hay más infame que lo que has cometido, pues no te conformaste con raptar a la mujer legítima de tu anfitrión, sino que cargaste con sus tesoros. Media vida le habéis quitado a Menelao, si no toda la vida entera. Por eso, en el plazo de tres días regresarás a tu patria, pero lo harás como de ella saliste: los tesoros de Menelao y su mujer se quedan aquí a buen recaudo.

Paris llegó a Troya sin tesoros y sin Helena. Al cabo de un tiempo, se presentó Agamenón, hermano de Menelao, con un gran ejército formado por todas las ciudades griegas, exigiendo la devolución de Helena y de las riquezas que les habían sido robadas. El rey troyano Príamo dijo que en su ciudad no había entrado ni tesoro ni mujer alguna y que, por tanto, no tenía nada que restituir a los griegos. Es así como se entabló la guerra de Troya, que duró diez años. Al cabo de los cuales, los griegos

tomaron la ciudad, pero no encontraron a Helena.

Menelao, entonces, se presentó en Egipto y fue bien acogido por Proteo, quien lo hospedó en su palacio y le devolvió a Helena y sus tesoros. Pero el griego no se portó bien con quien tan bien lo había hospedado. Cuando se disponía a partir, viendo que los vientos no le eran favorables, tomó dos niños egipcios y los sacrificó. Al conocer Proteo tal atrocidad mandó arrestar a Menelao, pero éste huyó con Helena hacia Libia.

La guerra de Troya fue una guerra absurda, pues Príamo no podía restituir a quien no tenía en su poder. Mientras Helena estaba en Egipto, griegos y troyanos luchaban por ella en las llanuras de Troya. No sabemos si la historia engañó a la literatura o la literatura a la historia, el caso es que este fingimiento, si es verdad lo que nos cuenta Heródoto, le sirvió a Homero para componer su gran epopeya (II, 112-120).

MAESTRA DE LA VIDA

El comienzo de la *Historia* quizá sea también el de la historia de la humanidad. Quién sabe si las diferencias y conflictos entre tribus no se debieron al rapto de mujeres. En tiempos muy remotos podría escasear el sexo femenino, imprescindible para procrear y mantener el poder del clan, por lo que una solución sería secuestrar a las mujeres de otro clan o tribu.

En el arranque de la historia romana tenemos también un rapto de mujeres, se trata del famoso rapto de las sabinas cometido por los hombres de Rómulo (Tito Livio, *Ab urbe condita*, I, 9-13). Como era de esperar, el rey de los sabinos declaró la guerra a Roma para recuperar lo que les habían robado, no sólo sus hijas, sino también su honor.

El rapto de una mujer puede tener mucho de romanticismo: el amante rompe las barreras sociales y se lleva a su amada por la fuerza. Es lo que hizo el joven filósofo Pico della Mirandola en pleno Renacimiento: raptó a Margherita, esposa de Giuliano de Medici, y tuvo que enfrentarse al mismísimo rey. Esas aventuras alimentan los corazones románticos y a la vez un cierto machismo disimulado, pues en tales lances el hombre es el protagonista mientras que la mujer sólo desempeña un papel pasivo.

Pero los raptos propiamente dichos, tales como los que acometieron los fenicios, los griegos, los troyanos o los romanos, pertenecen a un eslabón anterior en la progresión de la cultura y responde a una necesidad (a un instinto) de perpetuación de la especie. El hombre primitivo, tras haber adquirido las armas evolutivas de seducción básicas, se percata de que dispone de fuerza y poder para someter a la hembra. Así lo muestran algunos episodios de la mitología clásica donde muchas doncellas huyen de sus perseguidores y prefieren morir o metamorfosearse antes que caer en sus brazos, como ocurrió con Aspalis pretendida por Meliteo, Britomaris perseguida por Minos, Apriate acechada por Trambelo, Castalia deseada por Apolo, Aretusa amada por el río Alfeo, Hemítea acosada por Aquiles, y tantas otras como la

propia Europa, Leda, Fílira, Psámate, Asteria, Lotis, Dafne...

Lo que le interesa a Heródoto es poner de manifiesto que una ofensa, como es raptar a una doncella, desequilibró el estado inicial, resquebrajó el orden establecido y despertó al terrible monstruo de la guerra, pues sólo mediante la contienda se puede restablecer el equilibrio. Los enfrentamientos entre bárbaros y griegos, o lo que es lo mismo, entre Oriente y Occidente, tienen su origen en una ofensa inicial, según los asiáticos cometida por los europeos y según los europeos perpetrada por los asiáticos. Ese choque de dos mundos (quizá de dos civilizaciones) puso de manifiesto su diferente forma de vivir y de entender la vida, que Heródoto se encarga de exponer, y abrió una brecha milenaria entre Oriente y Occidente.

La brecha puede ser descrita de muchas maneras. Heródoto lo hace a la suya, presentándonos dos mentalidades contrapuestas: el poder despótico de los persas contra la democracia ateniense, la sumisión oriental contra el amor a la libertad de los griegos, la suntuosidad asiática contra la sobriedad europea, las costumbres exóticas de los orientales contra las «buenas costumbres» de los occidentales... Tras las Guerras Médicas, que enfrentaron a persas y griegos y de las que vamos a hablar largo y tendido, esa brecha no quedará cerrada, sino que se hará prácticamente infranqueable (algo que, estoy convencido, no deseaba Heródoto). Occidente se desplazará cada vez más deprisa hacia Occidente e irá separándose de Oriente por considerarlo lejano e incomprensible.

Así lo explica el sabio divulgador Luis Racionero en su excelente obra *Oriente y occidente*: «El hombre oriental fue hacia dentro, el occidental hacia fuera: Oriente inventó la introspección del yoga, Occidente la nave espacial: unos llegan a estados de consciencia remotos, los otros a la luna. En el centro del Paraíso crecía el árbol de la sabiduría: los hombres al este del Edén bebieron en el río de la unidad, bañándose en sus aguas perpetuamente cambiantes; los hombres al oeste del Edén comieron el fruto del bien y del mal para penetrar los secretos de la materia y construir un mundo artificial de fijeza y seguridad. Unidad y dualidad, cambio y fijeza, dieron a Oriente y Occidente dos actitudes diversas ante la vida, alejando paulatinamente sus culturas» (*Oriente y occidente*, pp. 14-15).

* * *

En plena Edad Moderna se inició una polémica sobre la maldad o bondad natural del ser humano. Los filósofos se dividieron entre los partidarios del inglés Thomas Hobbes (1588-1679), que mantenía que el ser humano es malo por naturaleza, de ahí su famosa frase *homo homini lupus*, «el hombre es un lobo para el hombre», y los que pensaban, con el francés Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), que la naturaleza nos ha hecho buenos y la sociedad es la que nos corrompe.

Aunque no es filósofo, podríamos invitar a Heródoto a participar en esta polémica. Estoy seguro de que se adscribiría a la opinión de Rousseau, pues él sabe

que la guerra no es connatural al ser humano, a pesar de que la historia de la humanidad sea casi una crónica bélica, sino que surge por un motivo que desequilibra el orden original. Si bien el historiador ha visto en innumerables ocasiones la maldad personificada en tantos y tantos hombres, no por ello desconfía del ser humano; simplemente comprende que el bien se puede corromper, porque todo está sujeto a cambio, también las intenciones y las acciones humanas.

En la historia hay guerras; en la prehistoria, no. Racionero nos dice, en el libro citado, que la guerra no tiene más de siete mil años y que los nativos de la última tribu prehistórica viviente, descubierta en Filipinas, carecen en su lengua de las palabras «enemigo», «arma» y «guerra» (*Oriente y occidente*, p. 209). Un argumento más para sumarnos a la facción (permítaseme la alusión bélica) rousseauniana, que por optimista no tiene por qué ser menos verdadera.

* * *

Los hombres, los varones, tienen por costumbre echar las culpas a las mujeres. Por eso, los grandes acontecimientos históricos, sobre todo si acarrear graves consecuencias, tienen como instigadora principal a una mujer; piénsese, por ejemplo, en la bíblica Eva. Los griegos, por su parte, se inventaron a Helena y la responsabilizaron de la guerra de Troya.

Helena no es más que una imagen creada por una conciencia que quiere justificar el conflicto más terrible de la historia griega. Eso parece defender Heródoto, por eso, se preocupa por contarnos que la hermosa hija de Zeus y Leda no viajó a Troya, sino que se quedó en Egipto.

Algunas versiones nos dicen que Hera, la vengativa esposa de Zeus, envidiosa por no haber sido elegida por Paris en el juicio del monte Ida, construyó de una nube una réplica de Helena y se la entregó al joven príncipe, quien cayó en el engaño, dejó a la verdadera en Egipto y regresó a Troya con la falsa. De este modo, la guerra sería causada por un fantasma. ¡Qué gran verdad encierra este mito! La guerra es totalmente irracional, en el fondo, está causada por el fantasma de una mujer.

El absurdo de las guerras queda patente en la historia que nos cuenta Heródoto. Los griegos luchan para recuperar a Helena y también los tesoros robados por Paris, pero los troyanos no se los pueden entregar porque ni los tesoros ni Helena están en Troya, sino en Egipto. La guerra no genera sino más guerra, se interrumpe pero no se termina, una vez iniciada resulta imposible detenerla. La paz es sólo un intervalo; la paz perpetua, una ilusión, como la mujer que los griegos buscaban en Troya.

Un adagio latino aconsejaba: *si vis pacem, para bellum*, «si quieres la paz, prepara la guerra». Aunque habría que decir mejor: «si preparas la guerra, nunca tendrás paz». Desde que los humanos lanzamos la primera piedra unos contra otros, la paz se convirtió en un sueño inalcanzable, un sueño que nos mantiene despiertos y en guardia, con las armas siempre cargadas.



Continuemos con la historia. A Ciro le sucedió su hijo Cambises quien expandió el imperio por el sur conquistando Egipto, llegando por el oeste a Cirene y por el sur hasta Nubia. Heródoto lo considera un loco no sólo por haber matado a su hermana (y esposa) y a su hermano, sino por otras atrocidades que cometió, como fue la de destruir con su propia espada una estatua de Apis y la de profanar el cadáver del faraón Amasis. Cuentan que lo exhumó, mandó azotarlo, arrancarle el cabello y desgarrarle los miembros. Después de haberlo ultrajado con toda suerte de vejaciones, lo incineró, costumbre nefasta tanto para los persas como para los egipcios; para los primeros porque el fuego es un dios al que no se le debe ofrecer cadáveres humanos, para los segundos porque el fuego acaba con todo lo que toca, muere junto con su presa, la aniquila definitivamente. Cambises recuperó la razón antes de morir y se arrepintió de sus locuras.

Muchas fueron las locuras que hizo Cambises a lo largo de los siete años de reinado, pero ninguna tan cruel como la de ordenar matar a su propio hermano, el príncipe Esmerdis. Mientras el malvado rey se encontraba en Egipto, donde se había autoproclamado faraón, ordenó a uno de sus hombres de confianza, un tal Prexaspes, que acometiera el asesinato pero que lo mantuviera en secreto hasta que regresara a la corte.

A pesar del secreto en que mantuvo el fratricidio, la noticia llegó a oídos de Paticites, natural del pueblo de los magos, saga sacerdotal de la Media, que a la sazón se había quedado en el palacio de Susa como jefe de la guardia. Aprovechando el conocimiento de lo que nadie conocía, al mago se le ocurrió sublevarse contra el ausente rey de la siguiente manera.

Este tal Paticites tenía un hermano con el mismo nombre de Esmerdis y de semblante parecido al príncipe asesinado; como sólo él sabía la verdadera suerte que había corrido el verdadero Esmerdis, se le ocurrió que su hermano se hiciera pasar por el de Cambises. De este modo vino el mago a ser el príncipe Esmerdis, quien mandó un correo a todo el imperio anunciando que de allí en adelante el único soberano de Persia era él.

El correo llegó a Cambises y se sorprendió sobremanera porque creía muerto a su hermano. Mandó llamar a Prexaspes, el asesino de Esmerdis, y le preguntó si no había cumplido su orden. Prexaspes juró y perjuró:

—El príncipe Esmerdis fue muerto por mis propias manos, las mismas que después le dieron sepultura en lugar recóndito.

Las palabras de su fiel servidor hicieron sospechar a Cambises que alguien en Palacio era sabedor de la suerte de su hermano y que, aprovechando tal información,

le había suplantado.

Y así era en verdad. El mago Esmerdis, recluido en los aposentos reales, por no ser visto ni oído, dirigía desde Susa a los persas.

Cambises lamentó muy de veras el fratricidio cometido y montando en cólera se dispuso a hacer lo mismo sobre su caballo con tan mala suerte que se le salió la espada de la vaina y se la clavó en el muslo. La herida fue mortal porque se le cangrenó la pierna. Cambises pereció sin haber dejado heredero al trono.

Dadas las circunstancias, los mismos lugartenientes y allegados a Cambises comenzaron a sospechar que la muerte del verdadero príncipe Esmerdis no había sido real, sino invención de su propio hermano. Así fue como los dos magos pudieron gobernar Persia durante los siete meses siguientes hasta que un tal Ótanes, padre de una de las esposas de Esmerdis, comenzó a sospechar.

Con la intención de aclarar la verdad, Ótanes mandó recado a su hija para que comprobara si el nuevo rey era un impostor. Pero ella no pudo satisfacer los deseos de su padre porque todavía no había entrado en conocimiento con su marido. Ótanes recordó, entonces, que en su momento el rey Ciro había mandado cortar las orejas al mago Esmerdis por algún delito que había cometido. Así que remitió este otro recado a su hija:

—Cuando entres a dormir con tu esposo y esté dormido, asegúrate si tiene o no orejas.

Al cabo de unos días, Fedimia, que así se llamaba la hija, fue requerida por Esmerdis. Cuando éste dormía, ella le palpó la cabeza y comprobó que tenía las orejas cortadas.

Conocida la impostura, Ótanes reunió a cinco principales de Persia para decidir qué convenía hacer. A ellos se unió un tal Darío, hijo de Histaspes, con lo que formaron una liga de siete varones. Los septenviros solicitaron audiencia con Esmerdis con la intención de descubrir el engaño y recobrar el poder. Pero los magos se habían ganado a Prexaspes, el asesino del verdadero Esmerdis, y habían acordado con él que negaría haberlo matado.

Comenzó la audiencia y Prexaspes se subió a lo alto de una almena, desde donde se dirigió a los siete principales. En contra de lo que había acordado con los magos, reconoció que él había sido el verdugo de Esmerdis por orden de Cambises:

—¡El Esmerdis que tenéis ante vosotros es un mago desorejado por Ciro, un impostor!

Y diciendo estas palabras, se lanzó al vacío. Y oyéndolas los siete persas, se abalanzaron sobre los magos, a quienes redujeron tras luchar contra la guardia real. Con las cabezas de los dos hermanos en las manos desvelaron al pueblo el engaño y devolvieron a los persas el poder usurpado por la raza de los magos (III, 61-79).

No sabemos qué delito cometió el mago Esmerdis, pero Heródoto nos dice que no debió de ser de poca monta, pues, aunque la amputación de miembros era un castigo persa típico, la de nariz y orejas estaba reservada a la traición (veremos cómo Zópiro, uno de los septenviros se automutila para entrar en Babilonia). El arte griego solía representar a los reyes persas con una tiara que cubría las orejas, de hecho los iraníes utilizaban gorros con orejeras, por lo que resultaría difícil comprobar si el falso monarca tenía o no orejas.

Como suele ocurrir, estas cosas sólo se revelan en la intimidad de la alcoba y suele ser una mujer la encargada de hacerlo. Piénsese en la bíblica Dalila, quien descubre que la fuerza de Sansón radicaba en sus largas melenas, o en la mitológica Psique, que se las ingenia para descubrir que el monstruo con el que yace no es otro que el hermoso Eros.

En todo este asunto, quien hubiera realmente merecido un buen estirón de orejas no era otro que Cambises. Sus propias locuras le llevaron a la perdición. El Destino tenía que poner las cosas en su sitio y se las valió de los hermanos magos para despertar la cordura del rey. Cambises sabe que su hermano está muerto y se ve obligado a confesar que él lo ha mandado matar. Pero el falso Esmerdis, o mejor, su hermano Patícites, quien urdió la trama, no pone a prueba la conciencia moral del rey, sino que le moja la oreja con lo que más le duele: su corona.

Sólo entonces reacciona Cambises. Confiesa su crimen y se dispone a recuperar el trono. Pero, en ese momento, le sorprende la muerte, como un castigo por su *hybris*, por su engreimiento.

* * *

Heródoto nos cuenta cómo el cruel Cambises intentó acabar con la vida de Cresos, a quien Ciro había nombrado su asesor tras la conquista de Lidia. A la muerte de Ciro, Cresos acompañó a Cambises en la conquista de Egipto y no dudaba en aconsejarle con total sinceridad como había hecho con su padre. En cierta ocasión le recriminó su crueldad y le sugirió que no se dejara llevar por el ímpetu juvenil. Aquello no le sentó nada bien al Gran Rey, quien ordenó a sus criados que lo matasen. Ellos, empero, no lo hicieron, sino que lo escondieron en un lugar seguro, pues pensaron que Cambises tarde o temprano se arrepentiría y se alegraría al verlo vivo, de lo contrario, no tenían más que asesinarlo. Ocurrió, como habían previsto, que el soberano necesitó de los consejos de Cresos y se arrepintió de haberlo hecho ejecutar. Cuando sus criados se lo presentaron, se llenó de alegría, pero mandó colgar a los criados que le habían desobedecido. Así eran los reyes (III, 36).



«A rey muerto, rey puesto». Es el eslogan de la monarquía hereditaria. El poder pasa de padres a hijos sin solución de continuidad y, por lo tanto, sin dar ocasión a plantear un modelo alternativo. Pero cuando no se puede gritar eso de «El rey ha muerto: ¡Viva el rey!», porque no hay heredero que lleve la corona, se pone en tela de juicio el sistema mismo y se abre el debate sobre cuál es el mejor sistema político. Podemos dejar la decisión en manos de expertos politólogos o, como en el caso que nos ocupa, en las del azar, ese ente caprichoso que se manifiesta de mil maneras: ¿por qué no en el relincho de un caballo?

Pasados cinco días de la matanza de los magos, los septenviros se reunieron para decidir el gobierno del imperio. Ótanes, el que había descubierto el engaño gracias a su hija, tomó la palabra y dijo:

—Hemos comprobado lo nefasto que puede resultar para todos dejar el poder en manos de un solo hombre, sea persa o mago. El poder absoluto corrompe de tal manera que saca de quicio al hombre más juicioso, vuelve caprichoso al más templado e insolente al más sensato. A su albur cambia las leyes de la patria, abusa de su estado, subyuga al pueblo y dicta sentencia sin oír al acusado. Mi voto es que anulemos la monarquía y la sustituyamos por un gobierno popular, que se llama *isonomía*, a mi juicio, el nombre más hermoso del mundo, dejando en manos del pueblo la potestad del Estado, pues en la colectividad reside todo.

Cuando acabó de hablar Ótanes, se puso en pie Megabizo, quien habló de esta manera:

—Yo también soy del parecer que la tiranía presenta grandes peligros; sin embargo, no comparto la opinión de que el poder ha de recaer sobre los que son más, pues por naturaleza el vulgo es variable y desenfrenado. Al fin y al cabo, un monarca sabe lo que hace cuando obra, mientras que el pueblo actúa sin reflexionar impulsado por sus deseos. A mi juicio lo más juicioso es que el poder lo ejerza una oligarquía compuesta por los grandes de Persia aquí reunidos. Seamos nosotros mismos los que llevemos las riendas del Estado ya que nuestras opiniones, por venir de donde vienen, de hombres del mayor mérito y reputación, serán a buen seguro más acertadas que las que procedan del vulgo.

Éste fue el parecer de Megabizo, que pareció en un principio satisfacer a todos. No obstante, Darío se levantó y colocándose en medio, pronunció este discurso:

—A pesar de las razones que he escuchado a favor del gobierno popular y de la oligarquía, sigo creyendo que la monarquía es la forma más adecuada de organizar un gran imperio. La hemos descartado llevados más por los recientes acontecimientos que por la naturaleza misma del gobierno monárquico. Porque si encontramos un

hombre grande y sobresaliente y que esté bien asistido por la prudencia política, tendremos el mejor seguro y protección para la patria. Son muchos los peligros que comporta dejar el Estado en manos de la plebe, pero no lo son menos los que conlleva un gobierno de unos pocos, aunque sean buenos, puesto que la rivalidad entre ellos pronto engendrará aversión, y los intereses propios, sediciones entre los diferentes partidos. Creo, pues, que el mejor de todos los gobiernos y el que más nos conviene es la monarquía, porque un hombre grande hace grande a la patria. Es lo que ocurrió con Ciro, quien llevó a Persia a ser temida y respetada por todas las naciones del orbe.

Oídos los tres pareceres, se sometió a votación qué forma de gobierno debían adoptar. Tanto los cuatro que no habían hablado como el propio Megabizo aceptaron el parecer de Darío, no así Ótanes, quien volvió a tomar la palabra y dijo:

—Veo que estáis de acuerdo en entronar a un rey. Yo por mi parte cedo mi derecho de ser elegido, pero lo hago con la expresa condición de que ni yo ni ninguno de mis descendientes tenga que estar atado a las órdenes del soberano.

Aceptaron los seis varones las condiciones de Ótanes y para decidir a quién le correspondía el trono acordaron reunirse al alba con sus respectivas monturas y nombrar rey a aquel cuyo caballo relinchase primero a la salida del sol.

Darío tenía un caballerizo muy perspicaz, llamado Ébares, al que le explicó las condiciones de aquel pacto. Al criado se le ocurrió una artimaña para que su amo saliera vencedor de aquella tan extraña prueba. En las cuadras de Darío había una yegua en celo a la que Ébares se encargó de acariciar el sexo pringándose la mano con el olor de la hembra. Antes del alba se encontraron los seis caballeros en el lugar concertado para ver qué caballo relinchaba primero. A punto de romper el día, el criado de Darío sacó la mano, que durante todo el tiempo había mantenido oculta entre sus ropas, y la acercó al hocico del caballo de su amo. En aquel momento, el cuadrúpedo relinchó como si tuviera la yegua ante sí.

Por haber relinchado su caballo, Darío se convirtió en rey (III, 80-96).

MAESTRA DE LA VIDA

En este episodio asistimos a la exposición de los tres sistemas políticos tradicionales: la democracia, la oligarquía y la monarquía. La discusión no es histórica, sino una de las digresiones a las que nos tiene acostumbrados Heródoto. Pero la falta de historicidad no le quita atractivo, ni mucho menos, al contrario, en la época en que se publicó la *Historia* (425 a. C.) era un debate a la orden del día.

Posiblemente, tras la muerte de Cambises sin descendencia, se habría planteado, no un gobierno democrático (la democracia se inventará en Grecia, a muchos estadios de distancia de Persia), pero sí una descentralización del poder y la vuelta al régimen de clanes autónomos, con los que había acabado Ciro. No obstante, el historiador aprovecha la ocasión para poner sobre la mesa los pros y los contras de los tres

regímenes políticos alternativos.

Habrá que esperar a Platón y Aristóteles para ver el debate elevado a nivel filosófico. Lo que harán estos autores será doblar las opciones para contemplar mejor sus posibilidades. En concreto, Aristóteles, en su *Política*, establecerá un *ranking* de más a menos, teniendo en cuenta que la bondad de cada forma de gobierno es inversamente proporcional al número de los gobernantes, así como la perversidad de su contraria, directamente proporcional a la bondad de aquella. Así, la monarquía, es decir, el gobierno de uno solo (*mónos*) sería la forma más perfecta, siempre y cuando el monarca sea el mejor preparado, en caso contrario iríamos al extremo de lo peor: la tiranía. Después de ésta vendría la aristocracia, donde gobernaría el grupo de los mejores (*áristoi*), y su contraria sería la oligarquía, donde los mejores serían sustituidos por los más ricos y poderosos que, como es natural, son unos pocos (*olígos*). Por último, el poder recaería en manos del pueblo (*dèmos*), en el que todos pueden decidir por todos, pero la democracia fácilmente podría degenerar en demagogia o populismo.

Aristóteles, aunque consciente de que la forma más perfecta es la monarquía, creía que la más duradera y estable, y, por tanto, la más factible, sería un régimen intermedio, que él llamaba *politeía*. Esta forma contaría con una clase media amplia que equilibraría los extremos y facilitaría una mayor participación de los ciudadanos en el gobierno.

Me da la sensación de que en nuestros días este debate tan apasionante está agotado. Es más, las sociedades democráticas occidentales han sintetizado todas esas formas. No sé si eso es un defecto o una virtud, el caso es que hemos inventado algo diferente: el sincretismo político. De modo que, aunque atacamos la monarquía, la conjugamos a la perfección con el sistema parlamentario; nos dejamos tiranizar por la mayoría; los ricos y los aristócratas siguen mandando más que los demás mortales; ejercemos la democracia un día cada cuatro años o cuando elegimos presidente de escalera, y las más de las veces estamos sometidos a la demagogia y el populismo de la nueva *politeia*, la clase política que poco a poco va adquiriendo esa conciencia de clase de la que hablaba, en otro sentido, el marxista húngaro Georg Lukács, tan peligrosa para los que no pertenecen a ella y para el propio sistema.

No se puede decir que Darío entrevió lo que podría pasar si se abandonaba la monarquía; probablemente no pretendió otra cosa que hacerse con el poder y, para ello tuvo que luchar contra sus adversarios. La tradición dice que para conseguirlo utilizó la astucia de su caballerizo, quien hizo que su caballo relinchara el primero. Me da la sensación de que Heródoto, como buen heleno, por una parte, se ríe de la monarquía, ya que confiar en el relincho de un caballo para elegir rey es tan ridículo como aleatorio, pero, por otra, la respeta. Lo que parece difícil es establecer un sistema racional para entronizar a un hombre, porque nadie es más que nadie, porque entre todos los ciudadanos (término que no existe en Persia, pero sí en Grecia) existe una radical *isonomía* o igualdad ante la ley, palabra hermosa para un griego pero

desconocida para un persa.

Nos resulta ridículo que el gobierno de un imperio lo decida el relincho de un caballo que además está motivado por el instinto sexual. No obstante, en nuestras avanzadas democracias no somos mucho más racionales. Salvando las distancias, demasiados electores votan con el corazón, incluso con el instinto, llevados por la simpatía o la belleza de los candidatos, porque les gusta el himno del partido o porque han sido seducidos por cualquier nimiedad tan absurda como una frase, un guiño, una sonrisa. Creo que, en esos casos, dejamos la suerte en manos del caballero Ébares que nos hace relinchar como al caballo de Darío.

* * *

Resulta curioso el parecido de las prevenciones que hace Ótanes contra la monarquía y las que podemos leer en la Biblia en boca de Samuel. Cuando los ancianos de Israel piden a Samuel un rey, como tienen todas las demás naciones, él, tras haber consultado con Yahvé, les habla de esta manera: «Éste es el fuero del rey que va a reinar sobre vosotros. Tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros y a sus caballos, y tendrán que correr delante de su carro... Tomará vuestras hijas para perfumistas, cocineras y panaderas. Tomará vuestros campos... Tomará el diezmo de vuestros cultivos... Tomará vuestros criados y criadas... Tomara el diezmo de vuestros rebaños y vosotros mismos seréis sus criados. Ese día os lamentaréis a causa del rey que os habéis elegido» (1S 8 11-18). El que avisa no es traidor.

* * *

El lector habrá observado que desde la matanza de los magos hasta la elección de un nuevo monarca han pasado cinco días. Parece ser, según consta en Heródoto y nos lo explica posteriormente Sexto Empírico en su obra *Contra los matemáticos* (II, 33), que cuando moría el rey, los persas tenían la costumbre de estar cinco días sin soberano y sin leyes. Durante ese tiempo de *anomía*, de suspensión de las normas, comprobaban lo necesario que resulta para un pueblo tener alguien que haga cumplir las leyes y esperaban al nuevo monarca como al agua de mayo.

En esos cinco días, los persas podían comprobar que la falta de leyes supone un desorden absoluto y, a la postre, una falta de libertad. Vale más obedecer a un monarca que no a la ley del más fuerte. En el primer caso, sabes a qué atenerte; en el segundo, no.

Vamos a aprovechar un poco más a Aristóteles. El filósofo de Estagira nos dice que el orden social se sostiene por dos columnas: la de la legalidad y la de la benevolencia. Una sociedad necesita, por una parte, un conjunto de leyes que rijan la convivencia y, por otro, cierta concordia entre sus miembros. Sin la primera columna,

sin leyes, sin jueces y policías, sin unas sanciones establecidas, sin unas obligaciones fiscales, cualquier sistema social se desmoronaría en poco tiempo. Incluso la expresión mínima de sociedad, como sería una familia o un grupo de amigos, necesita de ese basamento para sostenerse: unas normas básicas, unas mínimas leyes de funcionamiento. Pero únicamente con esa columna no se puede sostener el edificio social. Toda sociedad necesita del otro pilar que complementa y equilibra el pilar legal: se trata de la benevolencia, la concordia, las relaciones amistosas o, cuando menos, educadas entre sus miembros.

Las dos columnas son imprescindibles, de modo que, si desapareciera una, todo el edificio social se vendría abajo. Lo normal es que las dos columnas estén bien asentadas y la posible debilidad de una se ayude con la fortaleza de la otra. Se podría decir que allá donde no llega la ley, acude la concordia, que los resquicios inevitables de la justicia (las irremediables injusticias) se cubren con las buenas intenciones, la gratitud, los favores, la amistad.

Querer sostener el edificio social con una sola columna es un disparate. No obstante, el intento se ha llevado a cabo en innumerables ocasiones. Los diferentes totalitarismos, fascismos y dictaduras han pretendido transformar la sociedad en un monolito fuerte y rígido, donde la ley sea el único sostén. Por otra parte, la utopía anarquista ha pretendido eliminar el pilar legal (o reducirlo al máximo) y mantener la sociedad haciendo equilibrios con la cordialidad y buen talante de sus componentes.

En fin, no podemos eliminar ninguna de las dos columnas. En todo caso, debemos equilibrarlas. Cada modelo de sociedad impondrá cuál de las dos ha de ser más gruesa. En las «sociedades cerradas», según la nomenclatura usada por Karl Popper, aquellas en que no existe la posibilidad de que los gobernados participen de alguna manera en el gobierno, el contrafuerte legal (y policial) ha de estar bien armado; en cambio, en las «sociedades abiertas» o democráticas, si bien es necesaria la justicia, juega un papel importante la confianza y el respeto mutuo, que conforman la columna de la benevolencia, la cual se expresa en un acuerdo tácito de todos sus miembros (pero que se hace explícito cada cuatro años) por el que manifiestan su voluntad de vivir en sociedad y de respetar la ley.

Parece claro, pues, que debemos buscar el equilibrio entre la imposición del orden y la confianza en la gente, asentar bien las dos columnas y no desatender ni a la ley ni a la benevolencia, ni a la justicia ni a la amistad. Ambas se complementan y ambas se necesitan. Es imposible vivir en un mundo en el que todo viene marcado por las leyes; del mismo modo, no hay posibilidad de poner en marcha una sociedad basada únicamente en la benevolencia de sus integrantes.



Pitágoras tendría casi sesenta años cuando se vio obligado a abandonar Samos, su ciudad natal, debido a la tiranía de Polícrates, uno de esos hombres que sólo se escuchan a sí mismos. (También Heródoto se expatrió por oponerse al tirano de Halicarnaso). Me imagino al cándido filósofo junto a algunos de sus discípulos más allegados embarcando hacia la Magna Grecia, donde encontraría la libertad suficiente para seguir investigando en matemáticas, astronomía y filosofía. Según cuenta Diógenes Laercio, se estableció en Crotona, al sur de Italia, y después en Metaponto, donde, «otorgando leyes a los italianos, fue celeberrimo en discípulos, quienes administraban los negocios públicos tan noblemente que el gobierno era una verdadera aristocracia». El saber no ocupa lugar, pero hay lugares donde no tiene lugar.

El rey lidio Creso, con todo su poder, no había llegado a someter la isla de Samos, que está frente a Mileto, su eterna rival. Pero ante la conquista de Lidia por parte de Ciro y la sumisión de todas las polis griegas de la costa jónica (incluso Mileto había doblado la cerviz ante el poder de Persia), Samos tuvo que decidir si pactaba con los persas o resistía.

La isla griega, que estaba gobernada por Polícrates desde que en 535 a. C. hubiera dado un golpe de Estado, se decidió por la resistencia. El tirano, que había accedido al poder con la ayuda de sus hermanos, se hizo dueño de Samos tras haber asesinado a uno de ellos, Pantagnoto, y haber desterrado al otro, llamado Silosonte. Polícrates formó una gran flota naval, envidiada y respetada en el Egeo, y pactó con el rey de Egipto, Amasis.

Contra Egipto fue Cambises, como ya hemos dicho, y allí acudió el desterrado Silosonte. Cuentan que el samio paseaba por la ciudad egipcia de Menfis con un hermoso manto de color púrpura. Al verlo Darío, que en aquel momento no era todavía rey sino uno de los alabarderos de Cambises, se prendó del manto de Silosonte. Darío se dirigió al extranjero para comprárselo y Silosonte tuvo a bien dárselo:

—No te lo venderé de ninguna manera —le dijo—, sino que te lo regalo ya que tanto te gusta.

Darío tomó el manto encarnado y le quedó muy agradecido.

Al correr del tiempo, vino Darío, como ya hemos visto, a ser rey de Persia. Cuando lo supo Silosonte se presentó ante él.

—¡Eres tú —se sorprendió el rey— el que me regaló aquel manto cuando no era sino un particular!

Darío aprovechó para agradecer la gracia que aquel desconocido había tenido con

él cuando también era un desconocido.

—Toma de entre mis tesoros —le dijo el soberano— todo el oro y la plata que quieras, pues quiero agradecerte como rey lo que te prometí cuando no lo era.

—No quiero ni oro ni plata —respondió Silosonte—, sino sólo recobrar el dominio de Samos, mi patria, pues soy hermano de Polícrates, el tirano asesinado por el sátrapa de Sardes. Os pido que me hagáis gobernador de Samos sin derramamiento de sangre.

Silosonte conocía bien los nuevos acontecimientos. Su hermano se había pasado al bando persa, pero había entrado en guerra con Mileto, protegida por Persia. Oretes, el sátrapa de Sardes, pensando que Polícrates podría pasarse otra vez al lado egipcio, lo había engañado invitándole a una reunión y allí había aprovechado para asesinarlo. El poder de Samos estaba ahora en manos de un tal Meandrio, que había sido siervo de la casa de Polícrates.

El rey accedió a las peticiones de Silosonte y ordenó a Ótanes, uno de los septenviros que habían entronado a Darío, que marchara contra Samos, que destituyera al actual tirano y que pusiera en su lugar a su protegido. La entrada en la ciudad debería haber sido pacífica, como estaba pactada; sin embargo, no lo fue en absoluto porque Meandrio huyó a Grecia con gran parte de su tesoro y dejó a su hermano Carilao, bastante atolondrado y muy furioso, como dueño de la situación. Carilao perdió los papeles, armó a los samios y, tomando a los persas por sorpresa, cayó sobre ellos. Ótanes reaccionó y, como venganza, hizo una redada por toda la isla pasando a cuchillo a todos los samios. Saqueó la ciudad antes de entregársela a Silosonte. La sangre corría por las calles de Samos, que parecía cubierta por un manto encarnado (III, 139-149).

MAESTRA DE LA VIDA

Parece que Polícrates era un hombre muy engreído. Heródoto cuenta que su perdición estaba cantada pues había recuperado un anillo de gran valor de una forma increíble. El viejo historiador sabe que cuando a un hombre le sonrío la suerte en demasía, tarde o temprano le espera un golpe duro, porque, como pone en boca de Creso, «en el ámbito humano existe un ciclo que, en su sucesión, no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas» (I, 207). Según Heródoto, el anillo que Polícrates tiró aposta al mar le fue devuelto al cabo de un tiempo por un pescador que se lo encontró en las entrañas del pez que había pescado. El faraón Amasis le dijo que un hombre con tanta suerte tendría que ser castigado por los dioses, pues éstos envidian y tienen celos de la fortuna de los hombres. Aquella premonición no le debió gustar nada a Polícrates y por esa razón se pasó al bando persa dejando a los egipcios a la merced de Cambises (III, 40-43).

Si al tirano un pez le devolvió el anillo que había arrojado al mar, el rey Darío le devolverá a su hermano, en forma de restitución de su país, el manto encarnado que

años atrás le había regalado. Este pasaje demuestra que la suerte de los hombres es dispar. Polícrates recuperó su anillo, pero perdió la vida; Silosonte perdió el manto, pero recuperó su patria. A cada cual, el tiempo le devuelve lo que ha dado dependiendo de cómo lo haya dado. El tirano quiso poner a prueba su suerte, y la tuvo hasta que se acabó, porque la suerte no dura para siempre. Su hermano, en cambio, cuando regaló su manto no pensó en su suerte y, contra todo pronóstico, la suerte acabó sonriéndole.

Lo que está claro es que la fortuna es una dama caprichosa, que no atiende a razones y no se atiene a la justicia. Cuántas veces nos quejamos de que nuestra suerte es injusta, no sólo porque a nosotros no nos sonría, sino porque, sin lógica alguna, sonríe a los demás. Así como no hay que pedirle peras al olmo, no podemos pedir a la fortuna que sea racional. ¿Ante quién nos quejaremos si nos da la espalda? ¿A quién recurriremos si pasa de nosotros? Su ley consiste en no tener leyes y el capricho es su único guía. El que cuenta con la suerte debe siempre estar preparado a no contar con ella.

* * *

Asistimos a la primera fuga de cerebros por motivos políticos. El sabio Pitágoras tiene que abandonar su Samos natal porque un tirano sube al poder. Probablemente el filósofo no estaría de acuerdo con la forma de actuar de Polícrates, un hombre capaz de matar a uno de sus hermanos y desterrar al otro por hacerse con el poder, y seguramente Pitágoras no se habría mordido la lengua. Quizá el tirano habría expulsado al matemático porque no le saldría a cuenta convivir con alguien que le recordara que también el gobernante está sometido a la ley.

En la entrada he tachado a Pitágoras de cándido. Se trata de una apreciación totalmente caprichosa, porque me lo imagino con un manto blanco (*candidus*, en latín, significa blanco resplandeciente), como me imagino a todos los filósofos griegos, que contrastaría con el púrpura de las túnicas de los potentados, piezas de un elevado precio sólo asequibles a los más ricos.

Sin embargo, la diferente vestimenta no indica sólo una desigualdad económica, pues probablemente Pitágoras no sería pobre sino un hombre influyente en Samos. A mi modo de ver, la diferencia entre el filósofo y el tirano es la misma que hay entre el blanco y el rojo. La humildad contra la soberbia, la sabiduría contra la apariencias, la honradez contra la corrupción. El blanco de la verdad desnuda contra el rojo del poder tiránico, ese que se consigue con derramamiento de sangre, roja sangre.

Otro de los «cerebros» fugados de su patria en esa misma época, fue Jenófanes, natural de la ciudad jonia de Colofón, en Lidia. Tras la invasión persa vagó como rapsoda, interpretando elegías y sátiras, hasta que se instaló en Elea, al sur de la península itálica. Allí fundó una escuela filosófica cuyos miembros se interesaban por el conocimiento de la divinidad. Murió a los 90 años de edad, hacia el 480 a. C.

Jenófanes criticó con sarcasmo las costumbres que los lidios introdujeron en Colofón, sobre todo, el refinamiento en el vestir, los elegantes peinados y las fragancias que utilizaban. Pero su crítica fue más allá y arremetió contra las creencias mitológicas que muestran una divinidad indigna, hecha a imagen y semejanza del hombre. Los mortales imaginan que los dioses han sido engendrados y que tienen vestidos, voz y cuerpo, y los poetas como Homero y Hesíodo atribuyen a la divinidad los mismos defectos que tienen los hombres.

Es famoso el fragmento en que resume su reprobación del antropomorfismo de la religión griega: «Si los bueyes, los caballos y los leones tuviesen manos y pudiesen utilizarlas para pintar y crear obras de arte como lo hacen los hombres, los caballos dibujarían a los dioses con forma de caballos, y los bueyes con forma de bueyes, y cada uno los dibujaría según su propia especie». «Los etíopes dicen que los dioses son negros y chatos; los tracios, que son de ojos azules y de rubio cabello» (Fr. B 15 y B 16).

* * *

Quizá el tirano más famoso de la Antigüedad fue Periandro de Corinto, considerado uno de los siete sabios. Heródoto pone en boca de un corintio llamado Socles un discurso ante los espartanos, que a la sazón pretendían apoyar el regreso de Hipias a Atenas, para disuadirlos de sus intenciones. En su alocución, Socles describe los abusos de la tiranía de los Cipsélidas, especialmente la de Periandro, quien mató a su mujer y desterró a su hijo (la tradición añadiría después el incesto con su madre). Comenzó siendo un gobernante sabio y prudente, llevando a cabo grandes obras públicas, entre las que destacaban, una carretera en el istmo para pasar barcos del Egeo al mar Jónico, y un buen mecenas, acogiendo en su corte a Arión de Metimna, creador de los ditirambos que, según nos cuenta Heródoto en otro lugar (I, 23-24), fue salvado de morir ahogado por un delfín y llevado en sus lomos hasta tierra. Pero Periandro no quiso aceptar la transitoriedad de su poder, sino que buscó por todos los medios la forma de perpetuarlo.

El corinto cuenta a los espartanos que no sabiendo cómo hacerse con el poder absoluto de su ciudad, Periandro mandó a un heraldo a Mileto para pedirle consejo a Trasibulo, quien gobernaba con severa autoridad la ciudad jonía. Trasibulo llevó al mensajero a un trigal y sin decir nada comenzó a cortar las espigas que sobresalían. Sin mediar palabra lo despidió. Cuando llegó a Corinto y compareció ante Periandro, el emisario refirió lo que Trasibulo había hecho. El tirano comprendió que lo que se le aconsejaba era eliminar a los principales de la ciudad, a todos los que destacaran por su poder o por su dinero. Desde aquel momento, Periandro hizo gala de una crueldad sin límites y un despotismo asesino, pero consiguió su objetivo (V, 92).

La misma historia se cuenta en Roma. Sexto Tarquino, hijo de Tarquino el Soberbio, rey de Roma, no sabía cómo someter a los habitantes de Gabies, ciudad que

le había acogido y que deseaba anexionar a Roma. Al igual que hiciera Periandro, envió un emisario a su padre y éste hizo prácticamente lo mismo que Trasibulo: le llevó a su jardín y comenzó a cortar con su espada las amapolas que más sobresalían. El heraldo contó a su amo lo que había visto y Sexto entendió lo que debía hacer. (Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, VII, 4, 2.)

Parece que los tiranos se entienden bien. Hablan un idioma propio que no lo comprenden las demás personas, por eso, el filólogo y pensador alemán Johann Georg Hamann (1730-1788) escribió: «Lo que Tarquino el Soberbio en su jardín quiso dar a entender con las amapolas lo comprendió el hijo, pero no el mensajero». La estrategia no sólo pretende evitar que el mensaje sea interceptado, sino dejar claro que los tiranos hablan un mismo idioma, el idioma del miedo y de la muerte. Su vocabulario, como se ve, es reducido, porque se trata simplemente de eliminar obstáculos, de impedir que nadie les sobrepase, de acabar con todo lo que les pueda hacer sombra.

* * *

Las redadas persas eran temidas en todo el mundo. Consistían en colocar en el extremo de un territorio una fila de soldados agarrados de la mano e ir avanzando dando muerte a todo ser humano que encontraran a su paso (VI, 31). El ejército formaba una red humana de la que no podía escapar nadie, una red asesina.



Que a un prisionero le regalen grilletes de oro es el sùmmum del cinismo, como si por estar forjados en el noble metal ennoblecieran a quien los lleva. Cuando el rey Darío se los regaló a Democedes, el médico griego que tenía prisionero, no le quiso hacer más libre, sino justamente lo contrario, pretendió que no ansiara más la libertad. Pero el monarca no tuvo en cuenta que el hombre más rico es el que es dueño de sí mismo y fue sorprendido porque el griego renunció a las riquezas que el rey le había regalado con el único fin de acabar sus días en libertad. No hay oro que desate lo que los grilletes atan.

Democedes de Crotona, uno de los mejores médicos de su tiempo, estaba con Polícrates en Sardes cuando éste fue asesinado por Oretes. Los persas lo tomaron prisionero y se lo llevaron a Susa. Allí ocurrió que el rey Darío se torció un pie al bajar de su montura y se dislocó el tobillo. Los cirujanos de la corte, todos egipcios, intentaron curar al rey; sin embargo, en vez de calmar los dolores, los aumentaban. Pasados ocho días, alguien le comunicó al monarca que entre los prisioneros venidos de Sardes había un griego que era médico. Darío hizo comparecer ante sí al extranjero.

El monarca puso su real pie en manos de Democedes. En pocos días el rey sanó y quiso recompensar al griego con un regalo muy especial: dos pares de grilletes de oro. Cuando el médico vio el regalo no pudo menos que exclamar:

—¡Majestad! ¿Con un grillo para cada pie me pagáis por haberos librado de quedar por siempre cojo?

La ironía de Democedes, lejos de molestar a Darío, le cayó en gracia y lo mandó con sus eunucos a visitar a sus reinas. Ellas agradecidas por haber curado a su señor le iban llenando un canasto con puñados de oro y joyas. Tanto le dieron que el criado de Democedes se hizo rico con las monedas que se le iban cayendo a su amo del azafate.

Darío instaló al médico en su corte y lo hizo dueño de una gran fortuna. La única que no tuvo fue la de poder regresar a su patria. Triste vivía Democedes lleno de lujo pero lejos de su tierra, hasta que un día se le presentó la ocasión de poder cambiar su suerte.

Sucedió que a la princesa Atosa, hija de Ciro y esposa de Darío, se le formó un tumor en el pecho. Ella lo ocultaba por pudor y no quiso decir nada a su marido, pero, como el quiste iba creciendo, resolvió llamar a Democedes. Éste le dijo que la curaría a cambio de que hiciera que Darío lo enviase a Grecia mediante una estratagema que él tenía muy bien pensada.

Una vez curada Atosa, y muy agradecida por ello a su médico, entró en los aposentos del rey y le habló de esta manera:

—Un hombre grande como vos no deberíais conformaros con lo que tenéis, sino que deberíais ensanchar vuestro imperio más allá del mar Egeo.

—Mis planes inmediatos —dijo Darío— son marchar contra los escitas, pero más adelante tengo intención de conquistar Grecia.

—En ese caso —prosiguió Atosa bien adiestrada por Democedes— deberíais enviar espías a las costas griegas para estudiar el terreno y preparar con tiempo la campaña.

A Darío le pareció bien lo que su esposa le proponía y al día siguiente, muy de mañana, ordenó embarcar a quince persas acompañados por Democedes para espiar las costas de Grecia. El rey propuso a su médico que se llevara consigo todas sus riquezas para entregárselas a su familia; sin embargo, él prefirió dejar una parte para cuando regresara. A todas luces, esto lo hizo para engañar a Darío y con el fin de que creyera que estaba dispuesto a regresar.

Pero los planes de Democedes eran otros. Cuando llegaron a Tarento, en las playas del sur de Italia, el griego sobornó al rey de los tarentinos para que retuviera a los persas mientras él huía a Crotona, su patria. Allí, el médico casó con una hija del famoso Milón, el gran luchador.

En cuanto los persas fueron liberados en Tarento se pusieron de camino hacia Crotona. Encontraron a Democedes en el ágora y quisieron llevárselo, pero los crotoniatas no se lo permitieron. Cuando huían los persas, el médico les gritó:

—Decidle a vuestro rey que con los grilletes de oro que me regaló he comprado mi libertad y me he casado con la hija de Milón de Crotona.

Dicen que Democedes dijo eso a los persas porque realmente cuando hubo llegado a su ciudad, rico y famoso, había comprado como esposa a la hija del conocido luchador, y porque sabía que Darío respetaría a un hombre bien considerado en su patria (III, 129-137).

MAESTRA DE LA VIDA

La primera misión de espionaje de la historia fue llevada a cabo por Democedes no con la intención de recabar información sobre Grecia, objetivo de las ansias conquistadoras de Darío, sino con la de volver a su patria y poder vivir en libertad.

Para conseguirlo, Democedes tuvo que actuar con gran sagacidad. Lo que hizo podemos tomarlo como ejemplo de obrar prudente. Primero, tiene muy claro su objetivo: recuperar la libertad. Es consciente de que no puede escaparse, que la única forma de regresar a su país es que le lleven sus propios raptos. Segundo, debe tener paciencia para esperar a que se presente la ocasión propicia, pues las prisas no sólo son malas consejeras, sino que muchas veces delatan las intenciones. Tercero, no basta con esperar, hay que preparar el terreno cuidadosamente y provocar la ocasión en el momento oportuno. Sabe que una tiranía necesita promover guerras «con el fin —según Aristóteles— de que sus súbditos estén ocupados y vivan en la necesidad de

un dirigente», por eso anima a Darío a ir contra Grecia. Por último, hay que saber aprovechar la ocasión cuando se presenta.

El sabio médico engaña al engreído Darío. Se gana su confianza y la de su esposa Atosa. Le insta a que ataque Grecia, pero antes le previene para que reconozca el terreno. Él es el único griego entre los persas, conoce la zona y goza del beneplácito del rey. Para que le deje partir le tiene que asegurar que regresará y lo hace dejando parte de sus riquezas en Persia. El rey cree que su prisionero volverá a por los grilletes de oro: ¡qué equivocado estaba!

Democedes utiliza el dinero que lleva consigo para huir de los persas y, después, para casarse en Crotona con la hija del famoso atleta Milón, vencedor en doce ocasiones en los juegos Olímpicos. Según Pausanias, Milón era capaz de llevar a hombros una ternera, matarla de un puñetazo y comérsela en un solo día. Pero Democedes no se siente protegido sólo por haber emparentado con el gran atleta, sino porque ahora es ciudadano de Crotona y está seguro de que sus compatriotas no lo van a devolver al enemigo.

* * *

Democedes se aprovecha del aprecio que el médico despierta en quien ha sido curado por él. Tanto Darío como Atosa están, en cierto modo a sus pies, pues él les ha devuelto la salud, algo que no se paga con dinero. Uno puede comprar la libertad — por ejemplo, vendiendo unos grilletes de oro—, pero no la salud. Uno se puede rodear de los médicos más prestigiosos, pagar las medicinas más caras, someterse a las más avanzadas intervenciones quirúrgicas; no obstante, eso no le asegura mejorar la salud. Porque la salud no es algo que se gana sino que se restablece (la medicina hipocrática consideraba la enfermedad como un esfuerzo por restaurar un equilibrio alterado, donde el deber del médico era el de cooperar con la naturaleza en el esfuerzo por asegurar el reajuste). Por eso, el médico debe conocer al paciente, o cuando menos, su historial médico.

Tradicionalmente el médico es el depositario de nuestros secretos más inconfesables —por ello, el secreto profesional formaba parte indisoluble de su profesión—. Ante la enfermedad y la muerte nos despojamos de todos los adornos y quedamos absolutamente desnudos ante el médico. Para él no somos reyes ni papas, ni pobres ni ricos, ni sabios ni necios... sólo seres humanos en la más rotunda indigencia, esa que nos hace ponernos, con la fe más incondicional, en manos de un médico.

También tradicionalmente hemos agasajado, quizá no con la magnanimidad del rey Darío, a quienes velan por nuestra salud. Porque queremos tenerlos siempre a mano para ponernos en sus manos. No extraña, por tanto, que, en un principio, Democedes ocultase su condición de médico, pues sabía que su profesión le podría esclavizar, como así ocurrió. El Gran Rey no quiere dejar marchar a quien confía su

salud, sino tenerlo siempre cerca.

El ejercicio de la medicina era en la Antigüedad una profesión liberal y servil a la vez. Liberal, por lo que tenía de conocimiento; servil, porque usaba las manos para curar. A pesar del desprestigio social que tenía el trabajo manual, como pone de manifiesto el propio Heródoto (II, 167), el médico era muy bien considerado porque compaginaba teoría y práctica. La ciencia médica no sucumbió, como lo hizo la física o la química, al exceso de teoría que trajo el nacimiento de la filosofía en Grecia, porque el médico trabaja con seres humanos y sabe que en lo que atañe al hombre la simplificación siempre es un error.

Así, la teoría filosófica de Empédocles de Agrigento (siglo v a. C.), que simplificaba al máximo la realidad material, compuesta de cuatro elementos: agua, aire, fuego y tierra, y de cuatro principios: calor, frío, humedad y sequedad, tuvo gran influjo en la medicina, pero no logró convertirla en un saber puramente especulativo. De hecho, el mismísimo Hipócrates, en su tratado *De la medicina antigua*, protestó contra la intromisión de las nociones filosóficas en la ciencia.

La tentación teorizante estuvo a punto de acabar con la medicina, pero, por suerte, los médicos eran lo suficientemente sensatos (y humildes) como para no olvidar la experiencia, fuente imprescindible de sus conocimientos. La tendencia racionalista venía a simplificar las cosas (lo cual es muy tentador), de modo que si una persona perdía la salud lo hacía porque en su cuerpo se había producido un desequilibrio de los elementos, por ejemplo, un exceso de frío. A buena lógica, en ese caso, la salud se recobraría añadiendo calor. Mas la cuestión práctica es que hay que buscar algo que produzca ese calor, podría ser un alimento o una droga. Bien, pero ese alimento o esa droga no sólo provoca un aumento de la temperatura sino muchas cosas más, pues tiene otras cualidades, como la dulzura o la humedad, que pueden traer consecuencias no deseadas.

Esta combinación de la teoría y la práctica, del saber y el trabajo manual, no sólo impidió que la medicina naufragara ante la embestida de la teoría y el desprecio de los trabajos manuales en la sociedad antigua, sino que le otorgó al médico una posición social única y privilegiada. «Como tal —concluye Benjamin Farrington, a quien estoy siguiendo en estas consideraciones— el médico constituye la más noble y sana de las figuras de la antigüedad clásica. Aportó a la cultura antigua lo más sólido de su ciencia y lo más puro de su ética. No es raro, por eso, que la medicina griega ocupara una posición excepcionalmente privilegiada en el Renacimiento, en la fase de nacimiento de la tradición científica y humanista del mundo moderno» (*Mano y cerebro en la Grecia antigua*, pp. 99-100).



En la historia de la humanidad no sólo han participado seres humanos, sino también animales. Sería impensable el cultivo de los campos sin el tiro de mulas o bueyes, los viajes sin caballos o las comunicaciones sin palomas mensajeras. El hombre ha vivido siempre rodeado de animales: unos le ayudan en el trabajo, otros le hacen compañía, unos le alimentan, otros le sirven para sacrificar a sus dioses. Y, cómo no, también se los ha llevado a la guerra: rebaños de ovejas y vacas para alimentar a las huestes, caballos para formar la caballería, elefantes para acometer al enemigo, mulas para cargar con las provisiones o el armamento. En las grandes campañas militares, algunos de ellos han adquirido protagonismo, como Bucéfalo, el caballo de Alejandro, los elefantes de Aníbal o los camellos de Ciro. Donde hay un ser humano hay un animal que le recuerda su origen biológico.

Aprovechando que los persas marchaban contra Samos, los babilonios se rebelaron contra Darío. Mataron a los invasores que no pudieron huir y se prepararon para un largo asedio. Con el fin de no tener tantas bocas que alimentar, estrangularon a todas las mujeres, a excepción de sus madres, reservándose cada cual una para que le preparara la comida.

Informado de lo ocurrido, Darío congregó un gran ejército a las puertas de Babilonia, pero no logró entrar como lo hiciera Ciro, así que pasó el tiempo sin poder tomar la ciudad. Los babilonios se mofaban desde lo alto de los muros de los persas, que no podían hacer nada contra ellos. Uno de los asediados gritó: «Hasta que no paran las mulas no nos rendiréis», tan seguros estaban de sus famosas murallas.

Pasados veinte meses de asedio ocurrió algo sorprendente. Zópiro, uno de los septenviros que entronó a Darío, oyó que en sus cuadras había parido una mula. El persa recordó las palabras de aquel babilonio medio ebrio que asomado a la muralla había predicho que no tomarían la ciudad hasta que no parieran sus mulas. Zópiro se presentó ante Darío, no para darle la noticia del parto de su mula, sino para cerciorarse de que el rey seguía deseoso de tomar Babilonia:

—Nada hay que más desee ahora —le respondió—. Estoy dispuesto a quedarme el tiempo que haga falta con tal de devolver a los persas la ciudad que conquistó Ciro el Grande.

Oído esto, Zópiro cometió una de las locuras mayores que a ser humano se le pueda ocurrir. Se cortó la nariz y las orejas y se hirió en la cara y la espalda, como se acostumbraba a hacer con los traidores, y se presentó ante Darío:

—¿Quién te ha hecho esto, caro amigo? —dijo el rey dolorido.

—Nadie —respondió Zópiro—. Ha sido obra de mi mano porque estoy dispuesto a acabar de una vez con este asedio, que tiene a nuestro ejército apostado y ocioso.

El septenviro explicó a Darío lo de la mula y lo que estaba dispuesto a hacer, que no era otra cosa que presentarse ante los babilonios como desertor de los persas. A buen seguro lo creerían pues iba de aquella manera, con la cara destrozada, sin narices ni orejas y chorreando sangre todavía. La idea era que Zópiro se ganara la confianza de los principales de Babilonia y con el tiempo abrir las puertas al ejército persa.

Para ello, Darío tuvo que sacrificar muchos hombres que iban cayendo, según habían pactado, en manos de Zópiro. Cuando la confianza, incluso la admiración por el persa traidor, se había consolidado entre los babilonios, el desnarigado abrió las puertas principales de la ciudad y el ejército persa, que estaba sobre aviso, tomó Babilonia por segunda vez.

En agradecimiento, Darío entregó a Zópiro el gobierno vitalicio de Babilonia. Cada año lo colmaba de regalos propios de un rey, porque jamás persa alguno había servido a la corona de manera semejante. No sabemos si realmente la mula parió un potrillo —Plinio asegura que algunas veces ha ocurrido—, de lo que no hay duda es de que parió la locura de Zópiro (III, 150-160).

MAESTRA DE LA VIDA

Un supersticioso sólo necesita un fenómeno extraño, fortuito o fuera de lo común para que su cordura se disipe. La superstición es un exceso de fe en que algo ocurrirá si ocurre algo, es decir, que ciertos acontecimientos tienen la virtud de generar ciertos acontecimientos siempre y cuando el supersticioso haga algo (se supone que irracional). Quizá se entienda mejor con la historia que acabamos de contar: Babilonia sólo caerá si pare una mula, pero ha parido una mula en las cuadras de Zópiro, por tanto, Babilonia tiene los días contados. Las condiciones supersticiosas están puestas, sólo queda que Zópiro haga algo lo suficientemente insensato como para que el silogismo irracional sea concluyente.

Estamos ante un comportamiento típicamente supersticioso que nos saca de los raíles de la racionalidad y de la lógica, aunque, como hemos visto, la superstición tiene su lógica, y muy rígida, por cierto. La inferencia supersticiosa goza de una gran solidez, del tipo «si... entonces», pero entre medias hay que poner un hecho fortuito (como que se derrame la sal, se cruce un gato negro o que abramos un paraguas bajo techo). Puestas las premisas, la lógica supersticiosa hace estragos: con una rigidez espantosa el crédulo pierde la cordura y se abraza con todas sus fuerzas a un dogma que le obliga a hacer locuras, como cortarse la nariz y las orejas.

El fenómeno extraño o infrecuente no es más que un fenómeno extraño o infrecuente, nada más, pero para el supersticioso tiene la capacidad de desencadenar nefastas consecuencias. Por sí mismo, no hace nada, no es causa, sino sólo razón para que el crédulo pierda la suya. El supersticioso le da valor causal a algo meramente casual. La casualidad la convierte en causalidad. Para él algunos fenómenos naturales

(por extraños o casuales) tienen algo de sobrenatural y pueden provocar efectos imprevistos.

Aparte del parto de la mula de Zópiro, un animal estéril, el propio Heródoto nos informa de otros fenómenos fuera de lo natural como la acémila que parió un muleto dotado de órganos genitales de macho y de hembra. Eso ocurrió mientras Jerjes se hallaba en Sardes a la espera de cruzar el Helesponto para ir contra Grecia. Cuando cruzó el estrecho, ocurrió algo más extraordinario si cabe: una yegua parió una liebre (VII, 57).

Una nota del traductor nos asegura que en 1527 una mula romana tuvo un potrillo y que en Valencia, en 1762, otra parió cinco. Pero no nos informa de si hubo algún Zópiro que interpretó los hechos como señales.

Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, nos cuenta que en cierta ocasión le presentaron a Pericles un carnero con un solo cuerno en la mitad de la frente, un auténtico unicornio. El estadista llamó al adivino Lampón y al físico Anaxágoras para que explicaran el fenómeno. El primero quiso ver una señal según la cual, la cabeza de Atenas dejaría de estar coronada por dos hombres, es decir, por Tucídides y Pericles, como lo estaba en aquel momento, y pasaría a ser gobernada por uno solo. Tras Lampón, inspeccionó el cráneo Anaxágoras. Lo diseccionó y comprobó que «el cerebro no llenaba toda la cavidad, sino que formaba punta como huevo, yendo en disminución por toda aquélla hasta el punto en que la raíz del cuerno tomaba principio». Todos admiraron y aplaudieron la explicación del físico, pero al poco tiempo, cuando se desvaneció el poder de Tucídides y Pericles gobernó en solitario, se acordaron del adivino.

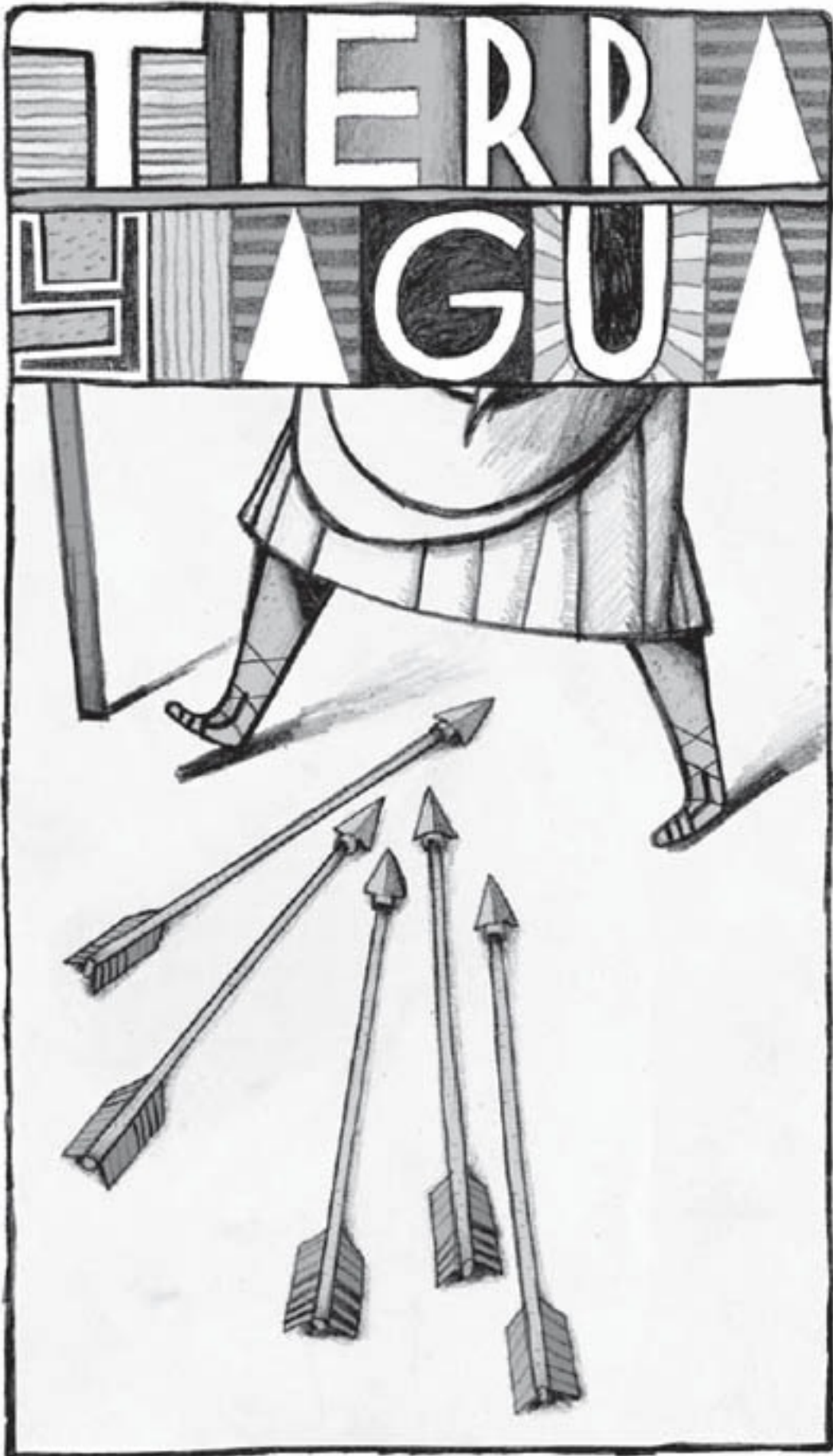
Para el biógrafo griego no hay oposición entre la interpretación del físico y la del adivino, pues el primero atiende a las causas y el segundo a la finalidad. Anaxágoras examinó de dónde y cómo provenía aquel fenómeno, mientras que Lampón pronosticó su significado. El descubrimiento de la causa no destruye, por tanto, la señal, que siempre puede ser descifrada. Pero Plutarco acaba diciendo que estas reflexiones son más bien asunto de otro tratado que del presente. Digo yo lo mismo (*Pericles*, VI).

Lo de autolesionarse para entrar en una ciudad enemiga tiene un antecedente en la *Odisea*. Cuenta Homero que Ulises, «deformándose él mismo la piel con heridas crueles y colgando del cuerpo unos malos harapos de siervo, se introdujo en la vasta ciudad enemiga», es decir, en Troya (*Odisea*, IV, 244-246).

* * *

Valerio Máximo (*Hechos y dichos memorables*, VII, 4, 2) nos cuenta una anécdota semejante a la que narra Heródoto. Sexto Tarquino, el hijo del rey romano Tarquino el Soberbio, no conseguía someter a la ciudad de Gabies, en el Lacio, por lo que se le ocurrió autolesionarse y presentarse malherido y sangrante ante los gabios,

al igual que Zópiro se presentó ante los babilonios. Les dijo que esas heridas habían sido obra de su cruel padre como represalia por no haber podido someter a la ciudad. Tras haberse ganado la misericordia y el afecto de sus habitantes, se hizo con el poder del modo como hemos explicado anteriormente (capítulo 14). Lo que llama la atención de estas dos historias es que, si fueron verdad, ocurrieron con tan sólo ocho años de diferencia, pero a miles de kilómetros de distancia, prácticamente en los extremos del mundo. ¿Pudo Zópiro conocer la estrategia de Sexto Tarquino e imitarla? ¿O quizá la noticia que llegó a Valerio Máximo, quien escribe en los primeros años de nuestra era, transcribía en latín la anécdota herodótea? Misterios de la historia.



Cuando un rey se disponía a atacar un territorio o una ciudad, mandaba por delante mensajeros exigiendo tierra y agua. Si se le entregaban dichos elementos significaba que aquel país se rendía y que no hacía falta entrar en liza, bastaba con sentarse a pactar la rendición. Probablemente las condiciones no serían tan duras como lo eran en el caso de una capitulación por la fuerza. La ciudad sometida se ahorra, cuando menos, el saqueo total. Muchos pueblos entregaron la tierra y el agua al rey Darío, como lo habían hecho con Ciro, pero hubo uno que no le dio lo que le pidió, sino otra cosa... Lo veremos a continuación.

Tras la reconquista de Babilonia, Darío llevó a cabo una gran expedición militar contra los escitas como represalia por haber invadido la Media durante veintiocho años.

El Gran Rey formó un enorme ejército y cruzó el Bósforo, el estrecho que separa Asia y Europa al norte del Helesponto, mediante un puente construido por Mandrocles de Samos mediante la unión de barcas que hacían de pilastras. Por él pasaron los setecientos mil hombres que conformaban la caballería y la infantería persa. Por mar avanzaba una flota de seiscientos navíos.

Llegados al río Istro (el Danubio), los arquitectos jonios que acompañaban a Darío construyeron un puente con sus barcas, como lo habían hecho en el Bósforo, para pasar a Escitia. Una vez en territorio enemigo, el rey ordenó deshacer el puente para que los escitas no pudieran escabullirse si ganaban la retaguardia. Sin embargo, uno de sus consejeros, llamado Coes, se atrevió a hablar de esta manera:

—Pasamos a un país desconocido donde no hay campos cultivados ni ciudades, no sabemos si necesitaremos este puente para huir o para regresar vencedores. Aposta aquí a los constructores jonios que lo han hecho y que estén dispuestos a desmontarlo si fuera necesario.

Aquella propuesta le pareció bien a Darío, así que hizo sesenta nudos en una correa y, reuniendo a los jonios, les dijo:

—He decidido cambiar los planes. Os pido que permanezcáis manteniendo el puente y que deshagáis un nudo de esta correa cada día. Si cuando los hayáis desatado todos no he regresado, os doy permiso para hacerlos a la mar rumbo a vuestra patria.

Los jonios se quedaron manteniendo el puente sobre el Istro mientras el ejército de Darío se adentraba en territorio desconocido. Pero los escitas y los pueblos aliados no entraron en combate con los persas, sino que, conocedores del terreno, los iban sorteando manteniéndose a un día de camino por delante de los invasores.

Como pasaron muchos días sin entrar en liza con sus enemigos, Darío mandó este mensaje a Idantirso, el rey de los escitas:

—No sigas huyendo, sino enfréntate conmigo para defender tu patria, de lo contrario, ofrece a tu dueño tierra y agua, en señal de sumisión.

Un mensajero se presentó ante Darío, pero no con la ofrenda de tierra y agua, sino con un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. El rey escita no le dijo al heraldo lo que significaban esos regalos, así que Darío lo interpretó, ante sus oficiales, de esta manera:

—Los escitas se rinden ante mí, sólo que en vez de ofrendarme tierra y agua, lo hacen con un ratón, que vive en la tierra, y una rana, que vive en el agua. Además me ofrecen sus caballos, pues son tan veloces como un pájaro, y rinden sus armas, representadas en estas flechas.

A todos satisfizo esta explicación; no obstante, Gobrias, uno de sus oficiales, dio una interpretación diferente:

—Yo creo que los escitas quieren entrar en combate, por eso nos mandan estos presentes, para que huyamos como pájaros o nos escondamos como ratones o crucemos el Istro, como ranas, para abandonar estas tierras, de lo contrario, seremos heridos por sus flechas.

Y realmente eso es lo que significaban los regalos, pues a la mañana siguiente los escitas formaban ante los persas. Por primera vez se encontraron los dos ejércitos frente a frente. Sin embargo, de pronto ocurrió una circunstancia un tanto cómica: una liebre pasó corriendo por entre las filas escitas y a medida que los soldados se percataban de su presencia se lanzaban en su persecución rompiendo filas. Cuando Darío se dio cuenta de lo que estaba pasando, ordenó la retirada.

—No podemos entrar en combate —dijo a sus comandantes— con esta gente que nos desprecia.

El gran ejército persa se apresuró a llegar al Istro. Allí permanecía el puente trazado con las barcas de los jonios, pues no habían pasado todavía sesenta días. Sin pena ni gloria acabó la campaña de Darío contra Escitia (IV, 1, 83-144).

MAESTRA DE LA VIDA

Ya sabemos lo que regalaron los escitas al rey Darío en vez de tierra y agua: un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. No se entregaban al Gran Rey, ni mucho menos, sino que le advertían que si los persas no volaban como pájaros, se escondían bajo tierra como ratones o cruzaban el río como ranas para volverse a su país, serían muertos por las flechas escitas. Es decir, toda una declaración de guerra.

De no recibir la tierra y el agua, Darío esperaba enfrentarse al ejército escita que hasta el momento no había comparecido. Parecía que los bárbaros jugaran al escondite mientras que los persas, con la gravedad de los guerreros, los buscaban para entrar en liza. Por fin, el futuro de Europa se iba a jugar en una batalla, como prescriben las leyes no escritas del honor militar. Oriente y Occidente frente a frente: los caballos nerviosos, las lanzas empuñadas, los arcos tensados y el odio en los ojos,

como mandan los cánones de la más arcana de las actividades humanas.

Pero todo se volatilizó en un momento. Los primeros rayos de luz no sólo pusieron en formación a los dos ejércitos, sino que hicieron salir a una liebre de su madriguera. A los soldados escitas, acostumbrados a la vida agreste y despreocupada, no les fascinan aquellas bien ordenadas huestes extranjeras, les interesa más el corretear de aquel insignificante animalillo, capaz de quitarles el protagonismo al mismísimo Gran Rey y a sus soldados, que han venido de tan lejos a buscar algo que una simple liebre posee sin los agobios humanos.

Darío no aguanta la humillación. «Aquí no hay seriedad, así no hay quien conquiste nada. O se me toma en serio, o vuelvo sobre mis pasos —parece pensar el rey—. Quedaros con vuestra tierra y vuestra agua, y seguid persiguiendo liebres. Este país no me merece. ¿De qué sirve vencer si al contrincante no le importa perder? Volvamos a Persia, porque no me puede temer quien no me respeta».

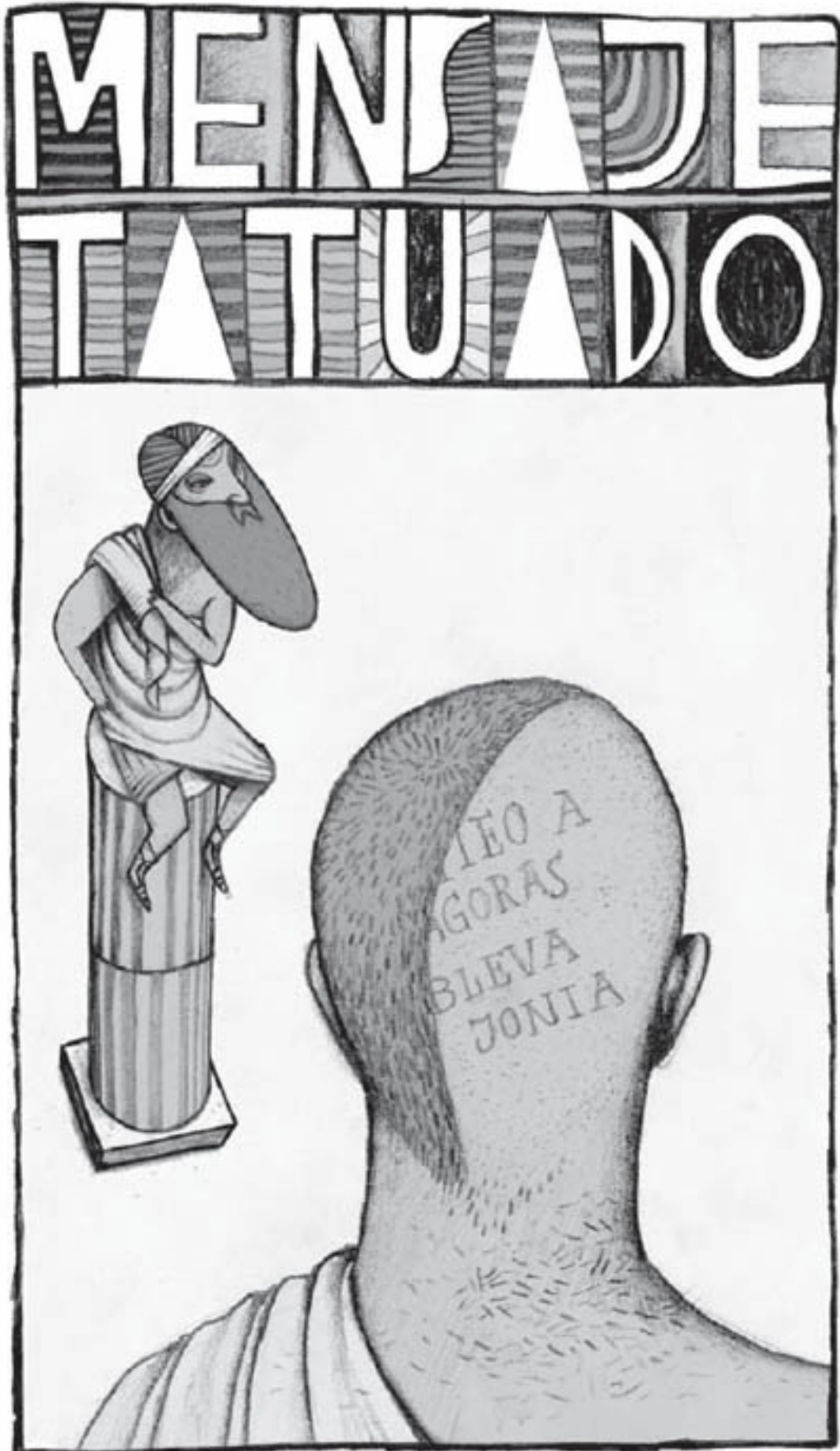
Los persas inician la huida sin entrar en combate, los escitas han logrado detener el avance enemigo, ¿o ha sido una liebre? Es lo mismo que se pregunta el inimitable Ryszard Kapuscinski en su precioso libro sobre Heródoto: «¿Papel decisivo de una liebre en el devenir de la humanidad? Los historiadores están de acuerdo en que no fueron sino los escitas los que detuvieron el avance de Darío sobre Europa. Si esto no se hubiera producido, el destino del mundo habría podido tomar otro rumbo. Y la retirada de Darío se debió a fin de cuentas al hecho de que los escitas, al perseguir alegremente una liebre ante los ojos del ejército persa, mostraron que éste les tenía sin cuidado, que lo desdeñaban y menospreciaban. Y aquel desdén, aquella humillación, fue para el rey de los persas un golpe mucho más atroz de lo que hubiera sido su derrota en una gran batalla» (*Viajes con Heródoto*, pp. 159-160).

Sea como fuere, el rey persa salió de Escitia con el rabo entre las piernas, a toda prisa, volando como un pájaro, escondiéndose como ratón y saltando al agua como una rana. A Europa tendrá que hincarle el diente por otro lado, aunque parece que el bocado no va a ser tan digerible como en un principio se podría estimar.

Yo creo que a Darío le faltaba sentido del humor. Claro que un rey que dirige una campaña larga y costosa al otro lado del mundo tiene que tomarse las cosas muy en serio. Sí, pero la seriedad no está reñida con el humor. Otra cosa es la gravedad, o lo que es lo mismo, el exceso de seriedad, la prudencia plomiza que nos convierte en seres robotizados. El sentido del humor hace que encontremos sentido a las situaciones irreverentes, a los momentos inoportunos, a los actos fortuitos. Le falta ese «séptimo sentido» a quien quiere controlarlo todo, a quien no acepta que los pequeños accidentes pueden decidir una campaña bélica, publicitaria o electoral, a quien nunca se ríe de sí mismo, a quien se cree que está por encima de las circunstancias.

No sabemos qué hubiese pasado si el rey Darío se hubiera tomado con humor aquel revuelo que ocasionó una asustadiza liebre entre las filas enemigas. Probablemente habría entrado en combate, quizá hubiera vencido o quizá no, tal vez

hubiera ganado la batalla y perdido la guerra o al revés, lo que es seguro es que no habría salido corriendo de Europa, corriendo como aquella liebre entre los escitas.



Los mensajeros de la época no se limitaban a solicitar tierra y agua en señal sumisión, sino que intercambiaban por todo el mundo conocido toda clase de mensajes: unos, de viva voz, como era lo más usual; otros, ocultos en regalos, como el que mandó Hárpagos a Ciro en las entrañas de una liebre; algunos, mudos, como el que envió Trasibulo a Periandro; los más, escritos en papiros o, como es el caso, en la propia cabeza del mensajero. Histieo planeaba un levantamiento contra Darío, por lo que tenía que asegurar que su mensaje llegaría a su destinatario y que no sería descubierto. Su sagacidad consiguió ambas cosas y quién sabe si también puso de moda los tatuajes en la cabeza.

En realidad, los escitas habían llegado antes que los persas al puente y pidieron a sus vigilantes que lo desmontaran. Parece que los jonios que mantenían el puente estaban dispuestos a traicionar a Darío; no obstante, Histieo, tirano de Mileto, convenció a los demás tiranos de que si lo hacían les sería más difícil mantenerse en el poder en sus respectivas ciudades. Así pues, los jonios hicieron como que retiraban los barcos ante los escitas, pero los volvieron a colocar cuando llegaron los persas.

Como agradecimiento, Darío se llevó a Histieo a Susa, la capital de Persia, para tenerlo como consejero y, por qué no decirlo, para vigilarlo de cerca, pues era consciente del creciente descontento de las ciudades jonias. No era mala idea tener a Histieo junto a sí y poner en su lugar, como nuevo tirano de Mileto, a Aristágoras.

Ese tal Aristágoras era yerno de Histieo y, sin saberlo Darío, compartía las mismas ideas separatistas que su suegro. El problema es que la comunicación entre los dos era imposible porque todos los caminos estaban vigilados. Entonces, el consejero del rey tuvo una idea. Rapó la cabeza a uno de sus siervos y tatuó en ella este mensaje: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia». Dejó que el cabello le creciera y lo envió a Mileto con el encargo de hacerse afeitar la cabeza por el propio Aristágoras.

Cuando el tirano de Mileto leyó el mensaje tatuado en la cabeza de aquel mensajero interpretó que era el momento idóneo para alzarse contra Darío. Sólo necesitaba un socio que reforzara su fuerza naval. Por eso, marchó a Esparta para pedir ayuda a Cleómenes. Pero el soberano lacedemonio, casi fuera de sí por lo descabellado de la propuesta, lo despachó con cajas destempladas.

Aristágoras, entonces, se dirigió a Atenas con la misma petición. En este caso se dirigió a la asamblea y convenció al pueblo ateniense para que mandara veinte naves a Mileto en ayuda de la sublevación jonia.

Es así como Mileto y Atenas iniciaron hostilidades contra Persia. La primera acometida fue contra Sardes, a la que prendieron fuego. Al recibir la noticia, Darío preguntó quiénes eran los que habían ayudado a los milesios a destruir Sardes.

Cuando le dijeron que fueron los atenienses, pidió su arco y lanzó una flecha hacia el cielo a la vez que exclamaba:

—¡Ahura Mazda, permíteme vengarme de los atenienses!

Y ordenó a uno de sus criados que de ahí en adelante, cada vez que fuera a sentarse a la mesa, le repitiera hasta tres veces: «¡Señor, acuérdate de los atenienses!».

Inmediatamente, Darío mandó comparecer a Histieo, a quien acusó de estar detrás de todo ese asunto. Pero el antiguo tirano, que tenía tanto de astucia como de ambición, replicó de esta manera:

—¿Cómo voy a intentar yo ir contra ti si contigo comparto la misma suerte? Mejor hubiera sido haberme quedado en mi patria, seguro que todo esto no hubiera ocurrido. Te aconsejo, ya que quisiste hacerme tu consejero, que permitas que vuelva a Mileto y destituya al regente que tú instituiste.

Le pareció bien al Gran Rey lo que su asesor le proponía y lo dejó partir con la promesa de que, una vez puestas las cosas en su sitio, regresara a Susa.

Mientras tanto la guerra continuaba y las victorias se alternaban entre jonios y persas. Poco a poco, la rebelión jonia fue perdiendo fuerza. Aristágoras se vio perdedor y decidió retirarse. Convocó a sus partidarios, quienes optaron por desamparar a Mileto e izar velas hacia Tracia. Tras algunas conquistas, acabó muriendo en manos de los tracios (V, 24-26, 49-55, 97-126).

MAESTRA DE LA VIDA

Los SMS, el teléfono y el correo electrónico no sólo han reducido el tiempo necesario para mandar y recibir un mensaje hasta el límite del instante, sino que también han eliminado al mensajero. Ya no necesitamos intermediarios para ponernos en contacto con cualquier persona en cualquier parte del mundo, ni contar con semanas, incluso meses, para que nuestro mensaje llegue a su destinatario, como ocurría en tiempos de Heródoto.

La historia, en aquella época, tenía un ritmo mucho más lento, más pausado, y el éxito o fracaso de las acciones dependía más de las personas que de los artefactos. Ahora, un fallo en el sistema nos puede dejar incomunicados, o ciertos lugares con «sombra», fuera de cobertura. Antes, había personas que se comprometían con los correos que llevaban, a veces, podían incluso perder la vida por salvar su misión. En nuestros días, los mensajes viajan solos a la velocidad de la luz.

Se dice que vivimos en la era de la comunicación porque nunca como ahora hemos tenido tan fácil comunicarnos. No necesitamos tatuar un mensaje en la cabeza del mensajero para transmitir algo a miles de kilómetros, nos basta con apretar un botón. Conforme hemos avanzado en técnicas comunicativas hemos aumentado el ritmo de los acontecimientos, hemos acelerado la historia, nos obligamos a vivir más deprisa y a meditar menos lo que hacemos. Cuando las noticias tardaban meses en

llegar, la «actualidad», casi instantánea, como la entendemos ahora, no existía; el tiempo se dilatava de una forma impensable para nosotros y se vivía al compás de la naturaleza.

* * *

Los reyes espartanos tenían fama de venales. Pero Cleómedes no lo era. No obstante, Aristágoras intentó sobornarle. Antes de abandonar Esparta entró en su casa como suplicante y le ofreció diez talentos si accedía a luchar junto a Mileto. Heródoto cuenta que en aquella entrevista se encontraba la hija de Cleómedes, llamada Gorgo, de unos ocho o nueve años de edad, quien en el futuro sería esposa de Leónidas. Como el rey no consintiera en sus demandas, Aristágoras iba aumentando su oferta hasta que llegó a ofrecer cincuenta talentos. En aquel momento, la niña se dirigió a su padre y le dijo: «Si sigues escuchando, el extranjero acabará por sobornarte». Así que Cleómedes se fue a otra estancia, pues cuando alguien entraba en una casa como suplicante no se le podía echar fuera. Visto lo cual, Aristágoras abandonó definitivamente Esparta y, como sabemos, acudió a Atenas (V, 51).

El soborno existe desde siempre y lo hay de muchos tipos: desde el llamado chantaje emocional hasta la amenaza del «no querrás que me enfade», pasando por el tan manido ofrecimiento de dinero. Conseguir algo a cambio de algo parece un trueque natural, una compraventa justa, un negocio limpio; sin embargo, cuando ese algo no está a la venta, como es el caso de la voluntad humana, se produce una distorsión de la naturaleza, de la justicia y del juego limpio que pone en guardia a la conciencia.

La única manera de salvaguardar la propia conciencia es no escuchar, desoír la oferta que hace el sobornador, huir de la tentación; de lo contrario, uno está perdido. La sonora oferta comienza a disputar con la voz de la conciencia, y si se deja que el volumen de la dádiva suba lo suficiente es posible que acalle esa débil voccecita interior. Quizá eso quiso decir Joseph Fouché (1758-1820), duque de Otranto y padre del espionaje político moderno, cuando afirmaba que «todo hombre tiene su precio, lo que hace falta es saber cuál es».

Por eso, el consejo que le da la niña Gorgo a su padre resulta muy certero: «Si sigues escuchando, el extranjero acabará por sobornarte». Cleómedes se tapa los oídos (se va a otro sitio, huye de la tentación) y escucha a su conciencia. De ese modo evita meter a su pueblo en una guerra que, con toda seguridad, hubiera perdido.

* * *

Los que sí se dejaron convencer por Aristágoras fueron los atenienses, quienes ayudaron a sublevarse a Mileto contra Persia. Aquella rebelión les valió el odio del

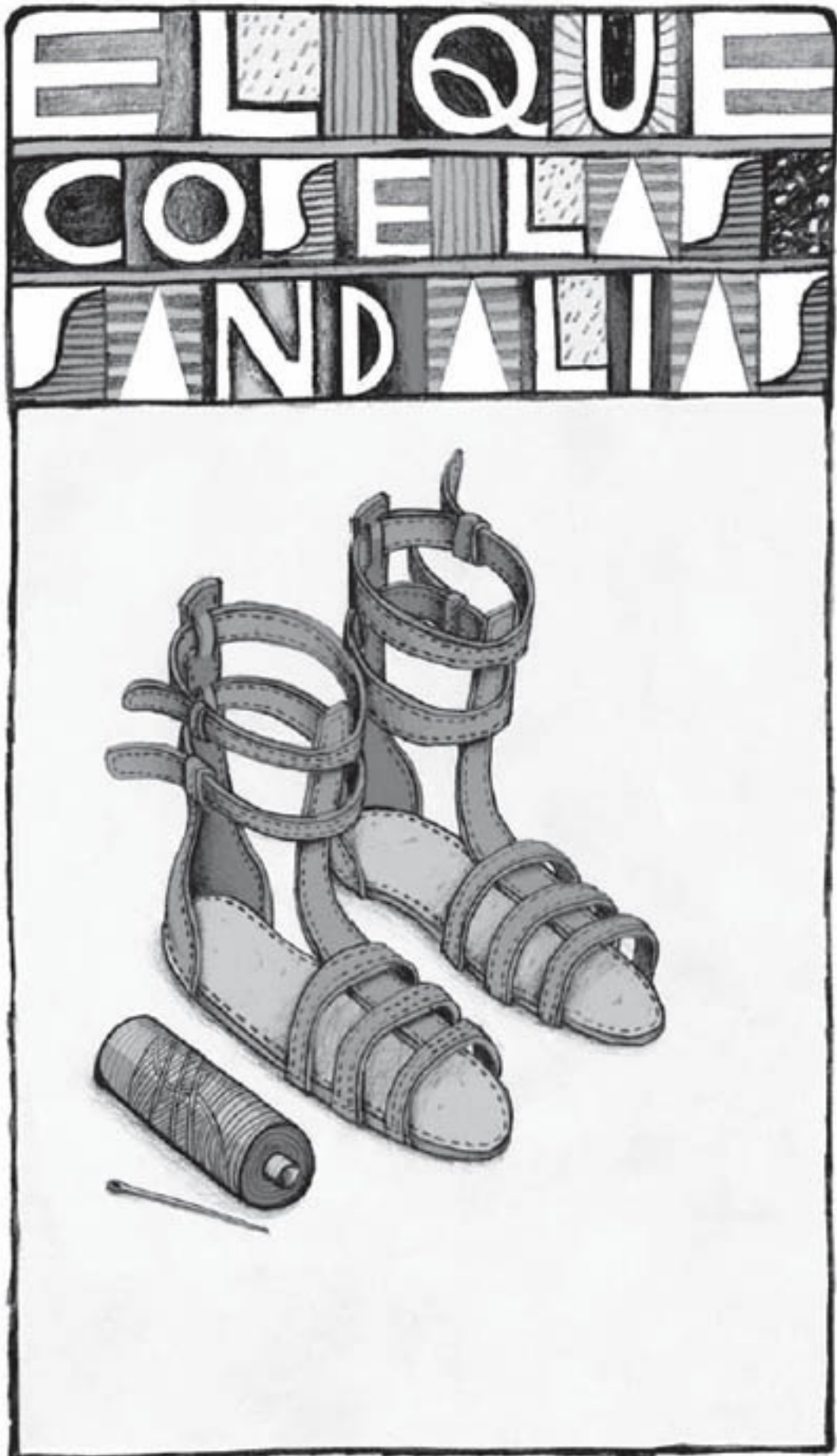
Gran Rey. A Darío le sentó tan mal que Atenas se hubiese puesto a favor de las ciudades jonias que quiso no olvidar nunca el odio que sentía hacia los atenienses, por eso, hizo que uno de sus sirvientes se lo recordara cada vez que se disponía a comer.

¿Qué es más fuerte: el amor o el odio? Ambos tienen las mismas raíces —en el corazón—, pero crecen en direcciones opuestas. Todo lo que es capaz de hacer uno lo es el otro. Mueven al hombre con la misma fuerza, le visten de héroe y de payaso, le llevan a cometer gestas semejantes y semejantes estupideces, le liberan de la mediocridad y le encarcelan en el laberinto de la obsesión, le otorgan una razón para vivir y un motivo para morir. Son sentimientos que aguzan el ingenio, frenesíes que ofuscan la razón, combustibles que alimentan el alma.

Una persona incapaz de sentir amor y odio (con una *apatía* absoluta) carecería de la energía suficiente para vivir. Nuestra capacidad de amar y nuestra capacidad de odiar son como esos dos corceles que tiran, según Platón, del carro alado que es alma humana (*Fedro*, 245d). El caballo blanco simboliza nuestros sentimientos más puros, nuestras nobles ambiciones; el caballo negro, alimentado por el odio, nos empuja lo peor de nosotros mismos. Afortunadamente, el carro —sigue explicando Platón— está guiado por un auriga sabio y responsable, que sabe cuándo tiene que atizar al potro blanco y cuándo refrenar al negro. El auriga prudente representa a la razón que, como el buen afinador de liras, sabe apretar o aflojar las clavijas. Ambos caballos son necesarios para tirar del carro, ninguno es prescindible; la función del auriga consiste en hacer que el negro no se desboque y que el blanco no se amedrente.

Me da la sensación de que en nuestros días anda desbocado el caballo negro de muchos «carros alados». Es el odio, no el amor, quien dirige nuestras vidas, y eso se nota, está a flor de piel. No hay más que echar un vistazo a nuestro alrededor. Lo que odiamos parece unirnos más que lo que amamos: el odio a los de otra raza, a los que no piensan como nosotros, a los que tienen más y nos parece que valen menos, a nuestros rivales deportivos, a la nación de al lado, a nuestro pasado, a los del otro partido político, a los jefes porque hacen de jefes, a los que nos ha enseñado a odiar... Muchas de nuestras conversaciones las mantenemos a base de hablar mal de otros. ¡Y cuánto tenemos que decir de nuestros enemigos! Por desgracia, se podría decir que «hablando mal se entiende la gente», nos volvemos más locuaces, más perspicaces, incluso más divertidos hablando mal de lo que sea.

Por desgracia, no necesitamos a un esclavo que cada vez que nos sentamos a la mesa nos recuerde nuestros odios y despierte nuestros rencores adormecidos.



¿Quién es más culpable, el que carga las pistolas o el que aprieta el gatillo, el que cose las sandalias o el que se las calza, el que planea o el que ejecuta? La historia nos tiene acostumbrados a ver a los instigadores a la sombra, moviendo los hilos a distancia, jugando una gran partida de ajedrez en la que todos participamos, pero sólo unos pocos pueden mover ficha. Como los dioses, que contemplaban desde el Olimpo los enfrentamientos entre griegos y troyanos, esos prohombres que han pasado a la historia deciden desde la corte o desde sus puestos de mando qué movimiento conviene hacer. Son los que cargan las pistolas, los que cosen las sandalias y los que planean el futuro; los protagonistas cuyo nombre sale en los libros. Las piezas del ajedrez, las que ganan o pierden la partida, éstas no cuentan.

Mientras sucedía el final de Aristágoras, llegó Histieo desde Susa a Sardes con la intención de negociar la paz con los jonios. Allí se presentó ante el sátrapa Artáfrenes. Éste, con cierta malicia, porque sospechaba que el tirano estaba detrás de todo aquel asunto, le preguntó sobre el motivo de la rebelión de los jonios. Histieo fingió sorpresa, como si no conociera lo que había hecho su yerno instigado por él mismo. El sátrapa, entonces, viendo la malicia de su invitado, le clavó la mirada y le dijo:

—Histieo, estas sandalias la has cosido tú y quien se las ha calzado ha sido Aristágoras.

Histieo se vio descubierto y aprovechó la noche para huir hacia la costa egea. La denuncia de Artáfrenes tardaría en llegar a Darío y, por esa razón, Histieo tendría tiempo suficiente para encontrar asilo en alguna de las islas sublevadas. Pero ninguna de las islas ni de las ciudades jonias quiso saber de él. De algunas de ellas, por ejemplo, de su querida Mileto, salió malherido. En Quíos fue hecho prisionero. Pero en Lesbos tuvo más suerte: consiguió que le entregaran ocho barcos.

Con ellos navegó hacia el Helesponto y fue apoderándose de cuantos barcos se cruzaban en su camino. Histieo se convirtió en pirata. Entre tanto, recibió la noticia de que Mileto había sido tomada por los persas seis años después de iniciado el alzamiento, en 494 a. C. Sitiada por tierra y por mar, las murallas de la ciudad jonia sucumbieron a las máquinas de guerra persas. Los que pudieron sobrevivir fueron hechos prisioneros de tal forma que Mileto se quedó sin milesios.

Los persas continuaron arremetiendo contra las otras islas y ciudades jonias. El ejército de Histieo se vio, entonces, obligado a tomar tierra para repostar alimentos. Mientras se encontraba en el continente fue sorprendido por el ejército del general persa Hárpago (del mismo nombre que el medo que ayudó a Ciro). La derrota fue contundente y puso en fuga a los griegos. Histieo fue perseguido por un soldado y

cuando le dio alcance dispuesto a matarlo, se volvió a él y en lengua persa le dijo:

—Soy Histieo de Mileto, amigo del rey Darío.

El soldado le perdonó la vida y lo llevó ante Hárpago y Artáfrenes, quienes, a pesar de sus muchas súplicas, no se apiadaron de él, sino que mandaron empalarlo, una forma de dar muerte típicamente persa y muy cruel, por cierto, consistente en espetar un palo al reo de parte a parte como a las aves en el asador. Después ordenaron cortarle la cabeza, embalsamarla y enviársela a Darío.

Cuando el rey recibió la cabeza de Histieo sintió un gran disgusto, pues hubiera preferido que se lo hubieran entregado vivo. A pesar de que había cosido las sandalias que calzó Aristágoras, le tenía gran aprecio por haberle salvado en su campaña contra los escitas y lo contaba entre sus benefactores. El Gran Rey hizo que lavaran aquel despojo y le dio honrosa sepultura. Así acabó un hombre astuto al que le perdió la ambición (VI, 1-30).

MAESTRA DE LA VIDA

Quizá para salir en los libros de historia haya que cometer ese pecado ambiguo que se llama ambición, haya que vivir con pasión ese deseo de ser y tener más. Los antiguos romanos utilizaban la palabra *ambitio* para referirse al «ajetreo de los candidatos solicitando votos», porque cuando uno ambiciona algo, está inquieto, ajetreado, buscando un escalón sobre el que subir para que se le vea mejor.

La ambición es el nombre que le damos al despliegue personal. Mientras que el animal está constreñido por su naturaleza biológica, el ser humano puede hacerse a sí mismo; debe hacerse a sí mismo. Podríamos decir que el hombre es esencialmente ambicioso, no se conforma con lo que le dicta la naturaleza sino que se busca a sí mismo siempre por encima de sí mismo, necesita superarse continuamente porque en la superación encuentra su esencia.

Pero tiene que saber compaginar ese deseo de superación con el reconocimiento de sus propios límites. Como diría un *coach* personal, de esos que ahora están tan de moda, cada cual debe conocer sus puntos fuertes y sus puntos débiles, las cosas que más le pueden desequilibrar y las que le ofrecen una oportunidad para crecer: es el famoso DAFO: Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades (véase, por ejemplo, Carlos Andreu, *Del ataúd a la cometa*, p. 127). Querer volar demasiado alto tiene sus riesgos, le puede pasar como a Ícaro, aquel joven incauto que quiso acercarse tanto al sol que el calor derritió la cera con que se había pegado las alas. La ambición le hizo estrellarse.

El ambicioso, me refiero al que peca de exceso de ambición, siempre está descontento, nunca es feliz, porque le preocupa más lo que no tiene que lo que tiene. Por lo general, su final suele ser sonoro, porque cuanto más alto se sube, más dolorosa es la caída.

El ambicioso es altanero, pero capaz de arrastrarse por el suelo por conseguir

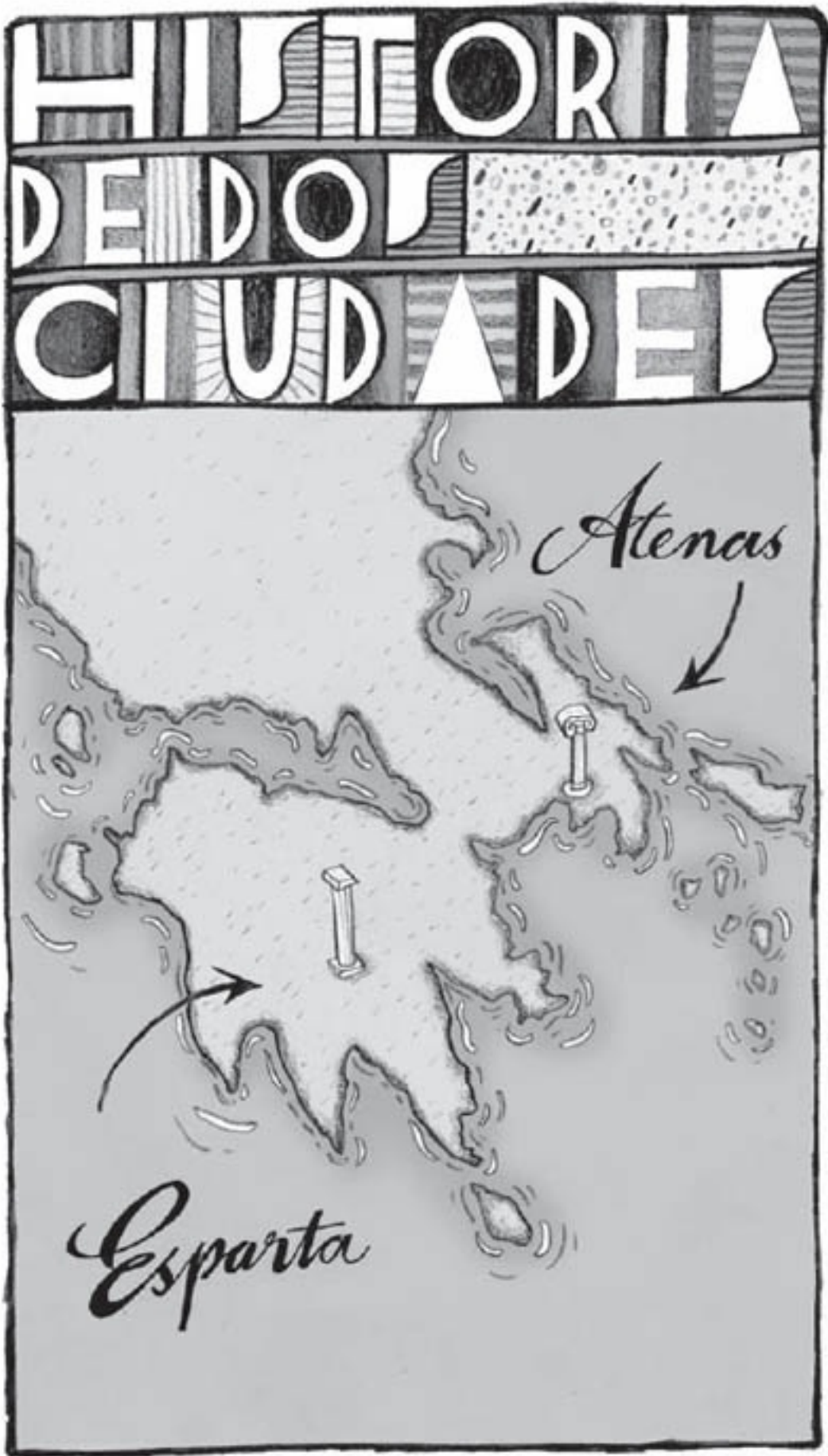
subir un poco. Por esta razón, el escritor irlandés Jonathan Swift, autor de *Los viajes de Gulliver*, decía que «la ambición suele llevar a las personas a ejecutar los menesteres más viles, por eso, para trepar, se adopta la misma postura que para arrastrarse». La misma idea expresó el poeta Ramón de Campoamor en este pareado:

«La ambición más legítima y más pura
para subir se arrastra hacia la altura».

Histieo es ambicioso, terriblemente ambicioso, y Darío, que también lo es, lo sabe. Para un hombre con ambición no puede haber nada más deseable que tener bajo sus órdenes a un hombre ambicioso, dispuesto a arrastrarse por el lodo para llegar a lo más alto, pronto a calzarse las sandalias que otro ha cosido. No obstante, tal relación entraña sus peligros, ya que como decía la reina Cristina de Suecia, «las altas pretensiones suelen hacer traidores».

Parece que Histieo es fiel a su ciudad, a Mileto, y por eso primero sirve a Darío y después lo traiciona, pero en el fondo, sólo guarda fidelidad a su propia codicia. Obsesionado por lo que aspira, ya no es dueño de sí, sino esclavo de la ambición, de un sentimiento que se ha vuelto abstracto y, como tal, no otorga la paz sino un continuo ajetreo que ya no se detiene nunca. ¡Qué bien lo muestra Heródoto cuando nos presenta a un Histieo errante, desesperado, buscando alianzas, ayuda, convertido en pirata, en continua zozobra! Este género de personas no suelen tener una muerte muy honrosa —como también nos lo muestra el autor de la *Historia*—, porque su vida tampoco lo ha sido.

Tenemos que ser conscientes de los límites de nuestras propias ambiciones. El problema es que la ambición consiste justamente en saltar esos límites. ¿Nos habrá enseñado algo el caso de Histieo?



Grecia estaba dividida en polis, ciudades-estado independientes pero que compartían una misma lengua, una misma cultura y una misma religión. A pesar de sus diferencias se sentían hermanadas, de tal manera que a los pueblos extranjeros los llamaban *bárbaros* porque no sabían hablar griego y porque tenían costumbres extrañas. Durante el siglo V a. C. dos ciudades bien diferentes se disputaban la hegemonía helena: Atenas y Esparta. En un principio no se tomaron muy en serio la lejana amenaza persa, de hecho Esparta despachó a Aristágoras cuando propuso marchar contra un imperio que se encontraba a tres meses de camino, pero tras la caída de Mileto y de las otras ciudades e islas jónicas, comenzaron a sentir cercano el aliento del enemigo. Atenas se vio directamente amenazada porque había apoyado la revuelta; Esparta lo estará más tarde.

La historia de Grecia es, ante todo, la historia de dos ciudades: Esparta y Atenas.

Los espartanos eran dorios que invadieron Lacedemonia, en la península del Peloponeso, en torno al siglo XII a. C., sometieron a sus habitantes (los ilotas) y los obligaron a trabajar para ellos como esclavos. Los nuevos opresores eran menos que los oprimidos, por lo que se vieron obligados a estar siempre en pie de guerra para evitar que sus siervos se sublevaran. Esto explica la forma de ser espartana, sus leyes y su sistema educativo.

Fue el legislador Licurgo el encargado de dar leyes a los lacedemonios y establecer los medios oportunos para crear una sociedad de guerreros dispuestos a morir por la patria. Los espartanos inventaron la eugenesia: los recién nacidos eran sometidos a una inspección ritual llevada a cabo por un anciano, si no pasaban la prueba, porque su apariencia era débil o presentaban alguna deficiencia, eran precipitados al fondo de un barranco en la falda del monte Taigeto. La razón de esta práctica la entendían todos los espartanos: esos niños no iban a ser de gran ayuda en una sociedad esencialmente guerrera; al contrario, resultarían una carga para la comunidad.

Pero los niños que pasaban la prueba debían curtirse y aprender a luchar. Para ello se sometían a una dura preparación (*agogé*) que comenzaba a los siete años y acababa a los diecisiete. Eran entrenados en una dura disciplina, lejos de toda comodidad y sometiéndolos a las pruebas más duras. Los instructores les hacían pasar hambre y fomentaban la rapiña, como una forma de supervivencia; sin embargo, los castigaban con severidad si eran descubiertos. Para aleccionar a los jóvenes se les contaba este cuento:

—Un joven (casi un niño), justo después de haber capturado un pequeño zorro con la intención de matarlo y darse un festín, fue requerido por su educador para

interrogarlo. El protagonista no dudó en ocultar al animal bajo su túnica —la única que se le proporcionaba para todo el año— y sabedor de que un solo gesto de dolor pondría de manifiesto su falta, se mantuvo en silencio en ademán estoico mientras la raposa devoraba sus órganos vitales, hasta que cayó muerto ante su inquisidor.

Para la formación espartana esta fábula disponía de una eficacia pedagógica extraordinaria. Las niñas también eran educadas en los mismos principios pero de manera menos formal. Tenían que dar hijos a Esparta y aceptar con orgullo que sus vástagos regresaran de la batalla sobre su escudo, señal de que habían dado su vida por la patria.

Esparta estaba gobernada por dos reyes (*diarquía*), un senado compuesto por treinta miembros (*gerousía*) y cinco éforos o magistrados supervisores elegidos popularmente cada año. Esa rígida estructura convenía a un pueblo siempre temeroso de la sublevación interna o de las amenazas externas.

Atenas, en cambio, situada en el Ática, era una ciudad más abierta tanto al comercio como a las relaciones con otras polis vecinas. Aunque comenzó como una monarquía, gobernada por un arconte rey, que velaba por los intereses de la aristocracia, pronto las clases medias comenzaron a querer participar en el poder. Las leyes de Dracon (hacia el año 621 a. C.) vinieron a atenuar las rivalidades internas, pero no fueron suficientes. Posteriormente Solón (arconte en 694-593 a. C.) dividió a la población en cuatro clases dependiendo de las riquezas de cada cual, de tal manera que ya no era importante para acceder al poder la sangre sino el dinero.

Esta situación no fue sostenible por mucho tiempo. El descontento popular permitió a Pisístrato convertirse en tirano de Atenas (560 a. C.). Pero el mal gobierno de sus herederos hizo que su hijo Hipias fuera desterrado (511 a. C.) y que los nobles intentaran retomar el poder. Por fin, Clístenes (508 a. C.) lo obtuvo y desarrolló reformas democráticas según las cuales cualquier miembro de las diez tribus atenienses podría acceder al gobierno.

Una de las medidas adoptadas para defender la democracia de posibles ataques internos fue el ostracismo. Consistía en el exilio de Atenas por un periodo de diez años. Se decidía por sufragio popular. El nombre del candidato se escribía en trozos de cerámicas (*óstraka*) y con ellas se emitía el voto. Entre quienes sufrieron el ostracismo se encontraba Temístocles, quien, tras la victoria de Salamina y después de haber reconstruido Atenas, intentó un pacto con los persas.

La educación ateniense (*paideia*) comenzaba también a los siete años, como la espartana, pero no sólo se atendía a la formación física y militar, sino también a la humanística. Los jóvenes atenienses aprendían a leer y a escribir, estudiaban matemáticas y música, y, con los cambios democráticos, también oratoria, sobre todo, aquellos que aspiraban a algún cargo público.

Tras la segunda guerra Médica, Atenas formó la Liga de Delos, una confederación de las principales polis griegas contra Persia. El juramento de alianza eterna quedó sellado con el lanzamiento al mar de un lingote de hierro por cada

ciudad, simbolizando que la coalición se rompería cuando el hierro saliese flotando a la superficie. La Liga duró casi todo el siglo V, un siglo de esplendor para Atenas, sobre todo, cuando fue dirigida por Pericles (461-430 a. C.). Fue realmente un siglo de oro desde el punto de vista económico y cultural. Su emblema será el Partenón, un templo de mármol blanco que brillará como la ciudad que tiene a sus pies (I, 56-70; V, 55-96; VI, 51-86).

MAESTRA DE LA VIDA

En su novela *Historia de dos ciudades*, la pluma de Charles Dickens va de Londres a París en el contexto de los años previos a la Revolución francesa. Son dos ciudades muy distintas, como Atenas y Esparta. Una representa el cambio, la agitación, los nuevos desafíos; la otra, la paz, la certidumbre, la monotonía. En cierto modo y salvando todas las distancias, la ciudad inglesa tiene algo de Esparta, y la francesa, algo de Atenas. Ese algo es la diferente forma de afrontar la vida, de organizar la sociedad y de abrirse al cambio. La londinense Esparta es rígida, tradicional, severa; la parisina Atenas, cambiante, alegre, abierta.

Aunque Grecia no se puede reducir a Esparta y Atenas, estas dos polis se convirtieron en las protagonistas de la historia helena. Supieron unirse contra el enemigo común, pero también lucharon entre sí por la hegemonía griega. Aliadas en las guerras Médicas, rivales en la del Peloponeso; amigas para Heródoto, enemigas para Tucídides.

Las dos ciudades representan dos formas diferentes de expresar lo griego. No extraña, por tanto, que los romanos las llamaran «los dos ojos de Grecia». La dejaríamos tuerca si sólo nos quedáramos con el ciudadano ateniense, amante de la libertad política, del comercio, el arte y la filosofía, o si únicamente contáramos con el soldado espartano, piadoso y disciplinado, siempre dispuesto a morir por su patria.

Atenas y Esparta nos muestran las luces y las sombras que supone vivir en griego. La democracia y la oligarquía, el comercio y la autarquía, el espíritu y el cuerpo, la teoría y la práctica, la filosofía y la milicia. Son diferentes formas de manifestar un mismo ideal, el ideal de los hombres libres que deciden su destino.

Atenienses y espartanos hablaban una misma lengua, pero lo hacían de manera muy distinta. Mientras los atenienses la declaman con gran maestría y cierta pomposidad, los espartanos eran parcos en palabras, incluso bruscos en el hablar. Los del Ática crearon la oratoria, los de Lacedemonia no gustaban de utilizar más vocablos que los estrictamente necesarios. De ahí, eso de «hablar lacónicamente». En Esparta se enterraba a los muertos sin lápida y sólo en el caso de que un soldado hubiera caído en combate le colocaban una con su nombre y este lacónico epitafio: «En combate».

Por el origen dorio de su familia, Heródoto no esconde sus simpatías hacia

Esparta; ello, no obstante, no le hace despreciar a los atenienses e intenta ser equitativo en sus juicios y apreciaciones. El historiador busca lo común que está por encima de las diferencias y se queda con el espíritu griego que tiene que resistir las investidas del gigante asiático, que entonces no era China, como ahora, sino la omnipotente Persia.

* * *

Heródoto nos explica el origen de la diarquía espartana.

Aristodemo, el rey que llevó a los espartanos a Lacedemonia, estaba casado con Argía, quien le dio dos hijos gemelos. Aristodemo pudo conocer a sus hijos, pero murió al poco tiempo. Entonces los espartanos tuvieron que decidir cuál de los dos hermanos iba a sucederle en el trono. Preguntaron a la madre quién era el mayor, pero ni siquiera ella era capaz de distinguirlos o, por lo menos, eso dijo. Entonces, como era normal en esos casos, enviaron emisarios a Delfos para consultar al oráculo. La Pitia aconsejó que tomaran por reyes a ambos niños pero que honrasen preferentemente al primogénito. Pero ¿cómo saber cuál de los dos era el primogénito? A un mesenio llamado Panitas se le ocurrió cómo saberlo: era cuestión de observar a la madre cuando trataba a los pequeños para ver si mostraba alguna preferencia por uno de ellos. La inspección dio sus frutos: la madre siempre comenzaba a alimentar a uno antes que al otro, igualmente lo limpiaba antes y lo arropaba mejor. Por aquellas señas dedujeron quién era el primogénito, al que llamaron Eurístenes, y a su hermano, Procles. Pero decidieron, como había sugerido la pitonisa, tomar por reyes a los dos (VI, 51).

(El cuento del joven espartano lo he extraído de Paul Cartledge, de su excelente obra *Termópilas*, p. 76).

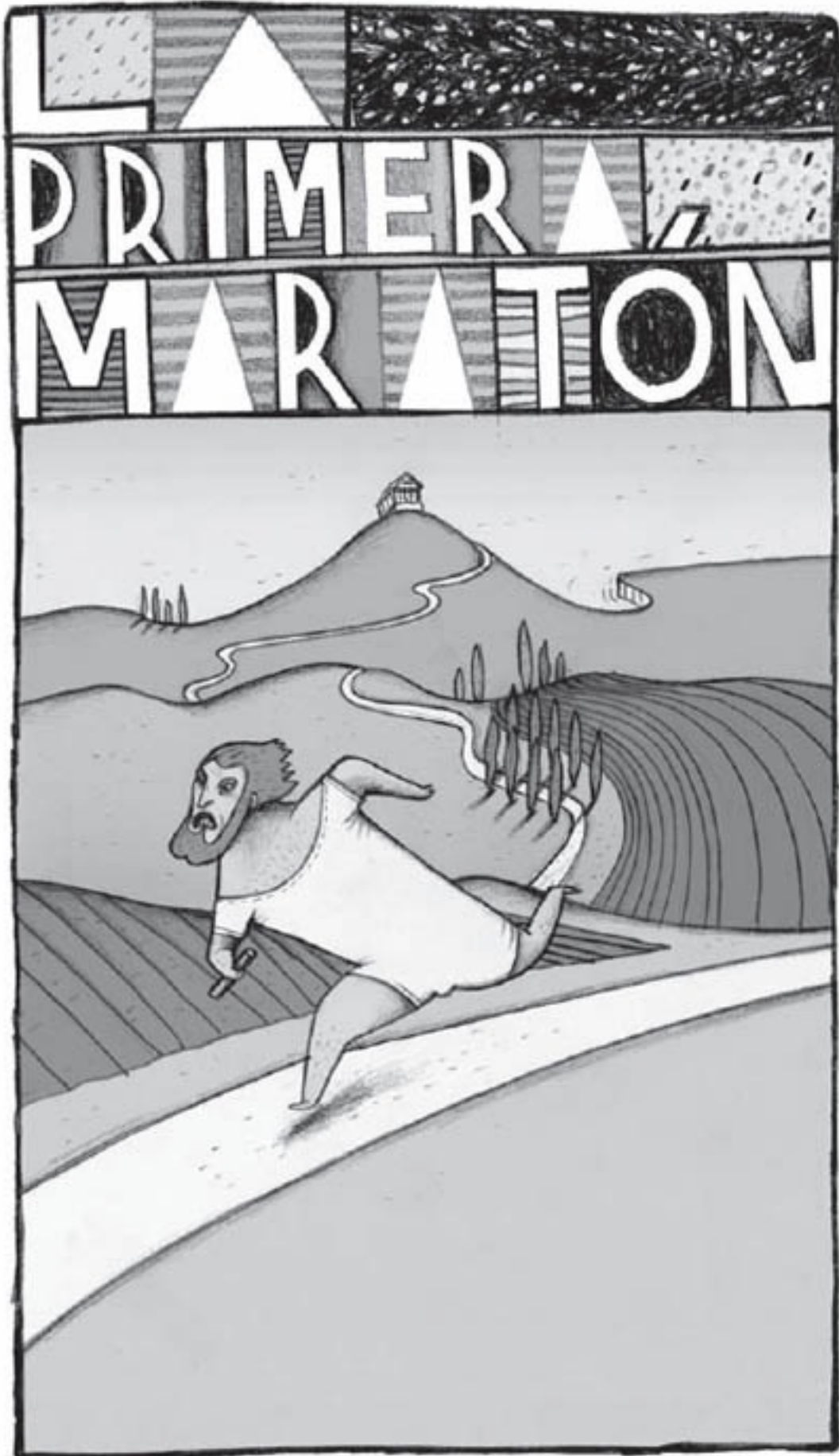
* * *

En todas las polis griegas se practicaba algún tipo de eugenesia, no siempre por razones guerreras, como en Esparta, sino por motivos económicos. Por lo general, el abandono o la muerte de un niño no lo decidía el Estado sino el padre. En Atenas se exponían a los hijos no deseados en una gran vasija para que otra familia lo recogiera.

En la antigua Roma, también disponían de un lugar donde las madres podían depositar a los hijos que no pudieran o no estuvieran dispuestas a mantener. Se trataba de la llamada *columna lactante*. Nodrizas pagadas por el Estado amamantaban y cuidaban a los niños allí abandonados.

En nuestros días la *columna lactante* ha tomado la forma de esas «baby-boxes», cajas-incubadoras, buzones-bebé, que podemos encontrar en algunas ciudades europeas. La primera «baby-box» se colocó en Hamburgo en el año 2000, donde se

han depositado una media de cinco niños anuales. No es un número muy elevado, pero son vidas humanas que se han salvado. Los detractores de estas «miniincubadoras» creen que esta medida puede fomentar la irresponsabilidad de los padres; los que la apoyan piensan que es una forma de recuperar la costumbre de dejar a los niños que los padres no pueden mantener a las puertas de los conventos, las iglesias y los hospitales, como se hacía antaño, o yendo un poco más lejos, como lo hacían en Roma y en Atenas.



La proeza del soldado ateniense que corrió la primera maratón de la historia no nos la cuenta Heródoto: se la debemos a Plutarco, quien cinco siglos después de los acontecimientos habla de un soldado muy veloz, llamado Tersipo, que cubrió los cuarenta y dos kilómetros que separan Maratón de Atenas en dos horas (posteriormente, Luciano le dará el nombre de Filípides, confundiéndolo probablemente con el que corrió a Esparta para pedir ayuda). Sea o no real, se llamara Tersipo o Filípides, el caso es que el mítico mensajero ateniense inauguró una prueba atlética que en nuestros días reúne a miles de corredores dispuestos a rememorar una gesta muy dura, qué duda cabe, una gesta tan simple como hermosa.

Conquistada Mileto y sometidas las demás ciudades jónicas, la flota de Darío, compuesta por doscientas naves y dirigida por su sobrino Artáfnos y el expatriado tirano de Atenas, Hippias, hijo de Pisístrato, que se había pasado al lado persa, marchó contra Grecia. Los persas tomaron varias islas, en especial la extensa Eubea (tras un asedio de seis días cayó Eretria) y se dirigieron hacia Atenas. Aconsejados por Hippias, que conocía bien el terreno, desembarcaron al noreste de la capital ática con el fin de entrar en combate en la llanura de Maratón, apropiada para desplegar la caballería y un ejército de cien mil hombres.

Milcíades, el estratega ateniense, reunió a diez mil soldados: mil por cada uno de los diez demos atenienses, más seiscientos que enviaron los plateos, y decidió ir a Maratón al encuentro del ejército persa para evitar que Atenas fuera atacada. A la vez que Milcíades partía hacia la batalla, el mejor atleta de Atenas, Filípides, corría hacia Esparta para pedir ayuda. Recorrió los más de doscientos kilómetros que separan las dos ciudades en menos de dos días. Los espartanos decidieron ayudar a los atenienses, pero debían esperar una semana ya que se encontraban celebrando las fiestas Carneas en honor a Apolo, durante las cuales no podían llevar a cabo ninguna expedición militar.

Al ver al ejército persa, los griegos quedaron aterrorizados. Esperaron seis días hasta que adivinaron las intenciones de Artáfnos, que no eran otras que enviar a la caballería contra Atenas. Cuando la caballería estaba embarcada, Milcíades dio la orden de ataque. La fuerza hoplita ateniense cargó al paso ligero para reducir el tiempo de disparo de los arqueros. La preparación atlética griega superaba a la del enemigo, además el uso del escudo y la lanza, en tales condiciones, les hacía casi inmunes.

Las filas persas se rompieron y en vez de perseguir a los que se retiraban, los atenienses hicieron un movimiento envolvente para aplastar el centro de la comuna enemiga. La victoria fue rotunda y los persas se vieron obligados a huir hacia sus

naves. Milcíades ordenó destruirlas pero sólo pudieron quemar siete de las doscientas naves, las demás zarparon en dirección a Falero, la bahía de Atenas que servía de puerto antes del Pireo. Según Heródoto murieron seis mil cuatrocientos persas y sólo ciento noventa y dos griegos.

Milcíades se dio cuenta de las intenciones de Artáfrenes, por eso, tenía que llegar lo antes posible a Atenas. Pero reorganizar el ejército le llevaría tiempo, por lo que envió a un soldado llamado Tersipo a la ciudad para que llevara la noticia de que habían vencido a los persas y para que cuando vieran llegar a las naves enemigas no se rindieran.

Al cabo de dos horas, Tersipo llegó a Atenas. Cuentan que sólo pudo decir: *Niké*, «¡victoria!», y cayó muerto por el esfuerzo realizado. Los habitantes que habían quedado en la ciudad se llenaron de alegría y tomaron posiciones defensivas en la muralla: ancianos, mujeres y niños, se colocaron visiblemente, de tal manera que al llegar los persas y ver que Atenas estaba bien defendida, se dieron la vuelta. Ocurrió en agosto del año 490 a. C. Así acabó la primera guerra Médica, llamada así por los griegos pues consideraban medos a los persas, y así acabó también la primera maratón de la historia.

Tres días después llegaron a Atenas dos mil soldados espartanos, que habían hecho el camino a marchas forzadas. Demasiado tarde para entrar en liza, pero lo suficiente para demostrar que estaban del lado ateniense. Quisieron ir a ver a los persas caídos en el campo de batalla, felicitaron a los atenienses por su gran gesta y regresaron a su patria. Al cabo de diez años harían en las Termópilas lo que no pudieron hacer en Maratón (VI, 102-120).

MAESTRA DE LA VIDA

La gramática permite utilizar la palabra «maratón» también en femenino. Yo lo he preferido así porque se trata de una prueba atlética, una carrera, una gesta, todas ellas voces femeninas.

Resulta extraño que Heródoto omita el que quizá sea el hecho más famoso de la batalla de Maratón. Muy pocas personas saben exactamente qué ocurrió en aquella batalla; en cambio, muy pocas ignoran la gesta de un soldado griego que recorrió los cuarenta y dos kilómetros que separan Maratón de Atenas para dar la noticia de la victoria.

Que el gran contador de historias haya prescindido de esa historia tan, digamos, digna de quedar en la memoria, nos hace pensar que nunca ocurrió. Tal pormenor no podía quedarse en el tintero. Entonces, si no hubo una primera maratón, las que se corren en la actualidad, ¿son sólo carreras de fondo, sin más, sin una tradición milenaria que las hace especiales? Si no existió Tersipo, ¿hay que llamar a los maratonianos simplemente corredores de fondo?

Parece que la historia crea historias de la nada que, pasado el tiempo, nos las

creemos a pie juntillas y organizamos carreras honoríficas basándonos en algo que nunca ocurrió. Aunque eso, a mi juicio, nada importa. Lo que cuenta es que podía haber ocurrido y que cientos de miles de personas en todo el mundo, pasados dos mil quinientos años, hacen que ocurra. No cuenta lo que pasó, sino lo que creemos que pasó. Cada atleta que acaba una maratón está llegando a Atenas y, cuando acaba, exhausto, sin poder decir palabra, exclama para sus adentros: *Niké*, ¡victoria!, porque ha logrado llegar.

Muchos atenienses famosos, filósofos, literatos, artistas... se enorgullecían, ante todo, de haber participado en la batalla de Maratón. Así constaba, por ejemplo, en la tumba del escritor de tragedias Esquilo. Del mismo modo, en nuestros días miles de personas se sienten orgullosas de haber acabado una maratón, como el escritor japonés Haruki Murakami, quien en su obra *De qué hablo cuando hablo de correr* (p. 224) sugiere para su tumba este solo epitafio: «Al menos aguantó sin caminar hasta el final».

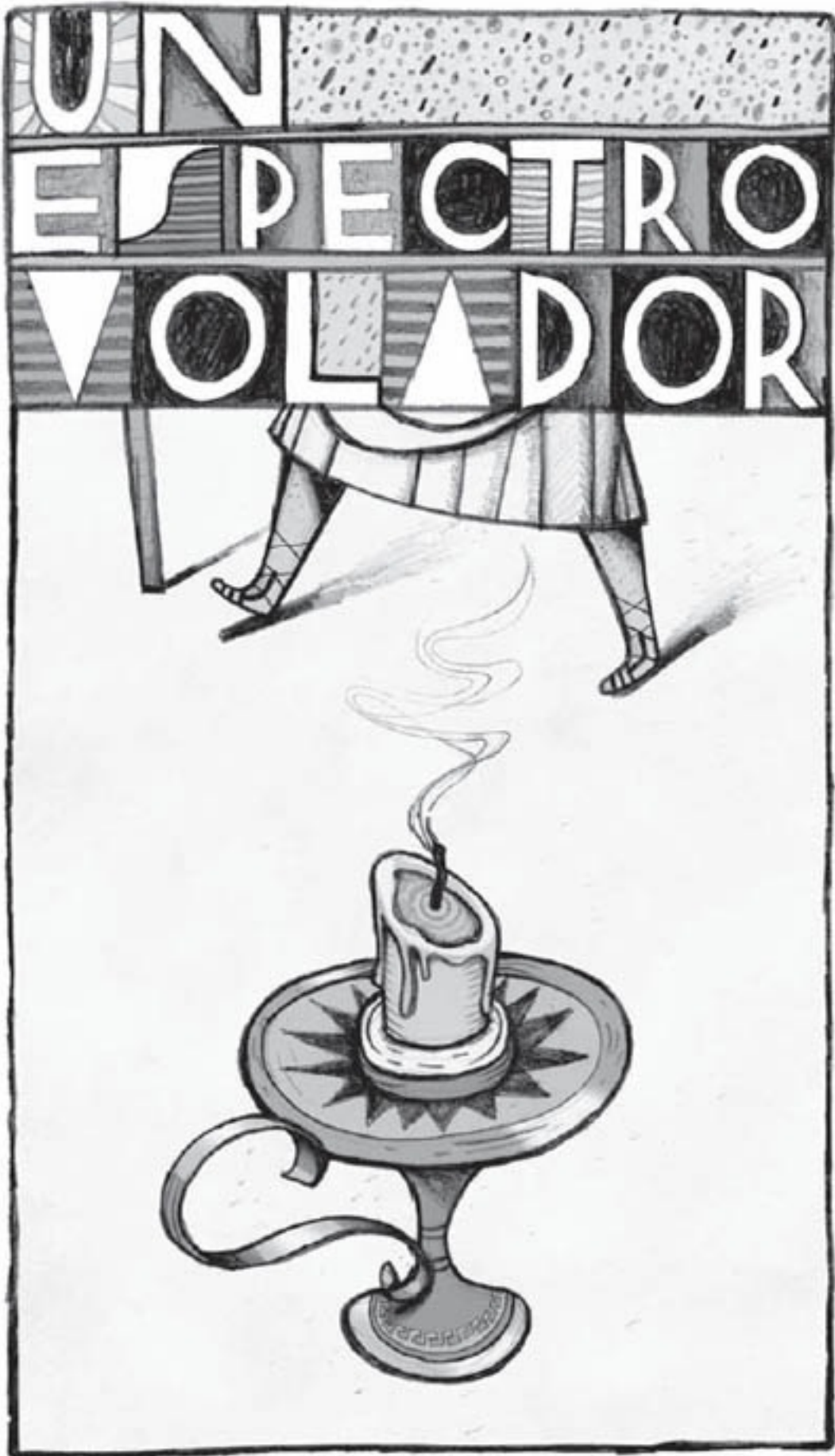
Murakami cuenta que quiso realizar la misma carrera que hizo Tersipo en pleno verano, pero por motivos logísticos la tuvo que hacer al revés, de Atenas a Maratón. En su libro narra su experiencia, que nos puede servir para hacernos una idea de lo que pudo sentir el soldado ateniense:

«Sigo corriendo sin parar. El sol se muestra ya completo ante mí y continúa su ascenso en el cielo a una velocidad vertiginosa. Me entra una sed terrible. No tengo tiempo ni de sudar. El aire está tan extremadamente seco que el sudor se evapora al instante de la piel, dejando sólo tras sí una blanca capa de sal. (...) Tengo que concentrarme sólo en impulsar alternativamente mis pies hacia delante. (...) A mi derecha, los olivares se extienden hasta donde alcanza la vista. Absolutamente todo lo que se ve está cubierto de un polvo blanquecino. Y el viento continúa soplando desde el mar y dañándome la piel. (...) Al llegar al kilómetro treinta y siete, cualquier cosa me resulta tremendamente desagradable. Ya estoy harto de todo. No quiero correr más. (...) Me empiezan a aparecer bultitos blancos por toda la piel. Son ampollas causadas por el sol. Esto se está poniendo muy feo. Maldito calor. (...) No consigo recordar bien cómo funciona mi cuerpo. Tengo la sensación de que me están pasando un cepillo de carpintero oxidado por todos los músculos. (...) Por fin llego a la meta. No siento de ningún modo la satisfacción de haber logrado nada. Lo único que hay en mi cabeza es la sensación de alivio por no tener que correr más» (*De qué hablo cuando hablo de correr*, pp. 85-89).

Tersipo no era un escritor, sino un *hemeródromo*, un correo de oficio capaz de recorrer a pie grandes distancias en un solo día, un adolescente equipado, no con zapatillas ergonómicas y ropa ligera, sino con arco y flechas, espada y honda, armas que le podían ser de gran utilidad para eludir lobos o salteadores de caminos. Aquella mítica carrera debió hacerla en condiciones extremas, sin coche de apoyo y con la prisa de quien sabe que lleva un mensaje que puede salvar a una ciudad.

En honor al soldado griego, en los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna,

que comenzaron en Atenas en 1896, se instauró la maratón como disciplina deportiva. Se trataba de una carrera de fondo de cuarenta y dos kilómetros. En 1908, en los Juegos Olímpicos de Londres, se añadieron ciento noventa y cinco metros para que la carrera acabara frente a la tribuna real. El primer ganador de una maratón fue el atleta griego Spiridon Louis.



Los antiguos creían que los dioses se ponían en contacto con los humanos a través de los sueños. Nosotros nos hemos vuelto incrédulos y pensamos que los sueños, sueños son. Sólo los psicoanalistas parecen estar por la labor y aseguran que las experiencias oníricas pueden tener algún sentido oculto. ¡Vaya! ¡A ver si va a ser verdad lo que creían los antiguos! ¡A ver si los sueños van a encerrar un mensaje cifrado! ¿Y si diferentes personas sueñan lo mismo? Entonces, ya no se trata de una simple ensoñación, sino de un proyecto común. Lo que hay que hacer es despertarse y ponerse manos a la obra. Es lo que hizo el rey Jerjes, quien soñó con un espectro volador que le incitaba a atacar Grecia.

La noticia de la derrota en Maratón irritó sobremanera a Darío quien no pensó en otra cosa que en organizar una expedición contra Grecia. Mientras recuperaba fuerzas y reclutaba guerreros para llevar a cabo su venganza, pasados ya cuatro años, los egipcios, que habían sido sometidos por Cambises, se sublevaron contra los persas. Ahora el Gran Rey tenía que atender a dos frentes: uno en Europa y otro en África. Pero aún le surgió un tercero dentro de su propia casa, pues, según las leyes persas, si el monarca iba a entrar en campaña, debía designar un sucesor.

Darío tenía dos hijos varones primogénitos de dos de sus esposas. Uno, llamado Artobázanes, de su primera mujer con la que casó antes de ser rey y otro de la actual reina Atosa, la hija de Ciro, cuyo nombre era Jerjes. Ambos reclamaron su derecho al trono, pero Jerjes arguyó que él era el único hijo del rey, pues su hermanastro había nacido cuando el soberano no era sino un particular. Aquella razón convenció al rey que, sin dilación, nombró a Jerjes heredero de la corona.

Parece que fue Demarato, rey de Esparta exiliado en Susa, quien le recomendó presentar tales argumentos, por lo que desde entonces Jerjes lo tomó como asesor personal. Un año después, tras haber reinado treinta y seis, la muerte sorprendió a Darío. Era el 486 a. C.

Jerjes marchó contra Egipto y tras aplastar la rebelión e imponer un tributo todavía más severo que el que tenía, confió su gobierno a su hermano Aquémenes. Tras esta campaña parece que el rey no tenía intención de marchar contra los griegos. No obstante, uno de sus cortesanos, llamado Mardonio, deseoso de convertirse en sátrapa de Grecia, le instaba a que lo hiciera pues no podía quedar sin venganza la afrenta que había sufrido Persia en Maratón, además Europa era un territorio hermosísimo y sumamente fértil: si algún mortal merecía poseerla, ése era el Gran Rey.

Las palabras de Mardonio convencieron a Jerjes quien se dispuso a cruzar el Helesponto y atacar Grecia por el norte. Sin embargo, otro de sus consejeros, su tío

paterno Artábano, que en lengua persa significa «el bienaventurado», se atrevió a hablar de esta manera:

—Majestad, permite que exponga una opinión contraria a la de Mardonio con la simple finalidad de tener una alternativa que te permita juzgar con mayor prudencia. Yo aconsejé a tu padre Darío que no marchara contra los escitas nómadas y no me hizo caso. No creo que fuera de Asia tengas nada que ganar, pues las experiencias pasadas no nos han reportado otra cosa que derrotas. Además, la divinidad tiende a abatir todo lo que descuella en demasía, no vaya a ser que pases el límite de lo humano y seas fulminado desde lo alto.

Estas palabras hicieron cambiar de opinión a Jerjes. Quien se fue a dormir y tuvo un sueño. Se le presentó un espectro que volaba sobre su cama y le decía que debía atacar Grecia. Pero llegado el día, el monarca no hizo caso de su sueño, de tal manera que al llegar la noche volvió a soñar lo mismo. Aterrorizado por la misma visión, se levantó y mandó llamar a Artábano.

—Toma mis ropas y mi cetro, siéntate en mi trono y duerme en mi cama. Si quien me envía el sueño que he tenido estas dos noches es un dios, también se te presentará a ti.

Un tanto incrédulo, Artábano se acostó en el lecho real y se durmió. En sueños se le presentó un espectro que revoloteaba a su alrededor y le dijo con severidad:

—¿Así que tú eres quien te opones a que Jerjes ataque Grecia? Tu oposición al Destino no quedará sin castigo.

En aquel momento, el espectro se dispuso a quemar los ojos del durmiente Artábano con dos hierros incandescentes. Entonces se despertó muy agitado y saltó de la cama en busca de Jerjes a quien comentó lo que había soñado y cómo sintió que le ardían los ojos.

Aún tuvo Jerjes otra visión que le certificó que debía llevar a cabo la expedición contra los griegos. El rey se vio coronado por un tallo de olivo cuyas ramas se extendían por toda la tierra, después la corona desaparecía. Aquellos signos le hicieron emprender con entusiasmo la gran marcha hacia occidente (VII, 1-19).

MAESTRA DE LA VIDA

Cuando Jerjes propone al anciano Artábano que duerma en su cama para ver si él sueña lo mismo, éste le responde que soñar no es cosa de otro mundo, sino que «lo que se ve en los sueños, que de vez en cuando suelen asaltarnos, responde por lo general a las preocupaciones que uno tiene de día» (VII, 16). De modo que, si el rey ha estado preocupado por la campaña contra Grecia, es normal que por la noche tenga ensoñaciones o pesadillas sobre ese tema.

La respuesta de Artábano rebosa sensatez. Lo que él dice nos pasa a todos. Nos llevamos las preocupaciones a la cama y las soñamos. Pero de vez en cuando nuestro subconsciente nos grita desde lo más recóndito de nuestra psique y lo que nos quiere

comunicar adquiere formas oníricas generalmente incomprensibles. El subconsciente, dormido durante el día, se despierta en sueños por la noche.

La primera reacción del tío de Jerjes suena a cierta incredulidad sobre el sentido divino de los sueños, que contraviene una creencia común en la Antigüedad. Pero cuando, quizá como castigo por su escepticismo, acaba teniendo el mismo sueño que el rey —mucho más real incluso—, no le queda otro remedio que creer. «Lo ha soñado en sus propias carnes», podríamos decir. Artábano ha sentido una fuerza que sobrepasa lo natural, por eso, ahora cree en los sueños.

Heródoto también. De hecho, a lo largo de su obra nos cuenta multitud de sueños de todo tipo, baste nombrar los de Creso (I, 34) o Cambises (III, 65). Los sueños se presentan como oráculos de la divinidad. A veces no son más que un aviso, otras una profecía; a menudo se cumplen, pero no siempre; algunos expresan deseos; otros, obligaciones.

Es el momento de hablar de las creencias religiosas de Heródoto. Por lo que leemos en su obra, parece un hombre de fe, aunque, como afirmaba el helenista y traductor Manuel Balasch, mantiene muy en segundo término la religiosidad popular y los cultos oficiales, así como el plurimorfismo del mundo de los dioses. Heródoto cree en *to theion*, en «lo divino», cuyo género neutro excluye cualquier determinación personal. Hay «algo» que trasciende el mundo y que se manifiesta de muchas maneras tanto en los sueños como en los oráculos. El historiador manifiesta que la religión griega procede de la egipcia y que los dioses helenos nacen por un injerto egipcio.

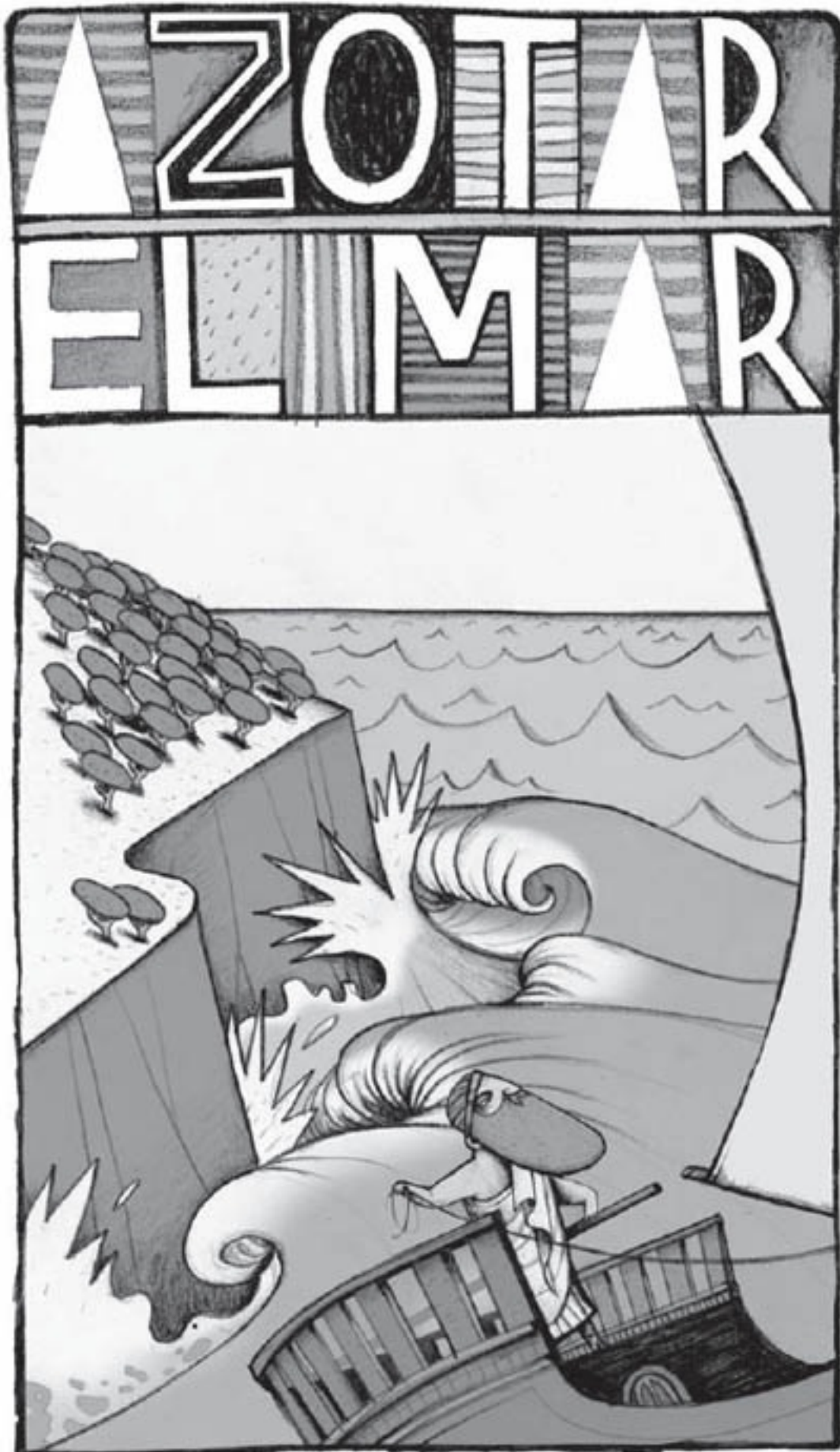
«Lo divino» adquiere un papel fundamental en la historia, aunque no interviene en los acontecimientos humanos, como ocurre en Homero y en la mitología, donde resulta normal, por ejemplo, el origen divino de algunos reyes; «lo divino» se encarga de castigar la *hybris*, la soberbia, la prepotencia de los hombres que se oponen a la voluntad divina, no al capricho de los dioses del Olimpo, de los que el de Halicarnaso, junto a la elite intelectual de su tiempo, desconfía. En términos actuales —y en palabras del profesor Balasch—, no podemos afirmar que Heródoto fuera agnóstico, sino que creía que «lo divino» es esencialmente indefinible.

* * *

Antes de cerrar el capítulo, no podemos dejar escapar una idea que ha salido en la entrada y me parece interesante: la conversión de los sueños en proyectos.

Jerjes, aconsejado por su tío paterno, está decidido a abandonar la idea de marchar contra Grecia. Pero una pesadilla le hace cambiar de opinión, una pesadilla que se hace realidad porque la tiene también Artábano. Lo que ha conseguido el tío al soñar lo mismo que su sobrino es traspasar el límite de lo onírico. No ha hecho realidad el sueño, sino que ha refrendado que era un sueño real, entonces y sólo entonces, puede ser convertido en proyecto.

La forma de hacer realidad los sueños pasa por convertirlos en proyectos. Un proyecto es algo que, según la etimología, se lanza hacia delante y para ello hay que estar bien despiertos. No basta con soñar y dormirse en los laureles, sino que debemos tener sueños que nos mantengan siempre despiertos.



Cuando uno pierde los estribos se convierte en un ser irracional y, si obra en consecuencia, hace cosas inconsecuentes. Es lo que le ocurrió al rey Jerjes que, enfadado con el mar porque se había llevado los puentes que estaba construyendo, lo azotó casi hasta la extenuación —de los que lo azotaban, se entiende, que no del mar—. Las aguas no se quejaron, no sintieron nada, no mudaron su comportamiento, pero el monarca se tranquilizó. Echar las culpas a la piedra con la que hemos tropezado es una reacción comprensible, pero totalmente inútil e irrisoria. La piedra, como el mar, no tiene malas intenciones: sólo están ahí, poniéndonos a prueba, a ver si tomamos el azote y nos ponemos a hacer el ridículo, como lo debió hacer el rey persa fuera de sus cabales.

Cinco años tardó Jerjes en formar un gran ejército, el mayor que se haya visto jamás, para acometer la conquista de Grecia. Heródoto dice que se contaron un millón setecientos mil hombres y que se hizo de esta manera: en un lugar determinado se apiñaron diez mil soldados y marcaron el espacio que ocuparon, después fueron llenando aquel espacio por turnos todos los combatientes de modo que así se pudieron contar los efectivos. A este grueso del ejército había que añadir la flota que lo acompañaba, unos tres mil navíos.

Ese ingente ejército tenía que cruzar el Helesponto, el estrecho que separa Asia de Europa. Para ello, Jerjes mandó construir dos puentes de la misma manera que Darío había hecho años antes, pero no en el estrecho del Bósforo, sino al sur, en la parte más angosta. Ingenieros fenicios y egipcios comenzaron a tender los puentes, pero una tempestad (las corrientes en esa zona son muy intensas) rompió los cables y dispersó los navíos que servían de basamento.

Enterado de aquel desastre, Jerjes montó en cólera y ordenó que le dieran al mar trescientos latigazos con cadenas de hierro y que arrojaran al agua un par de grilletes para encadenar su furia, la del mar y quizá también la suya. Asimismo, mandó cortar la cabeza de los que habían fracasado. Después encargó la construcción de los puentes a otros ingenieros, quienes utilizaron trescientos sesenta navíos en uno y trescientos catorce en otro alineados en el sentido de la corriente y perfectamente anclados. Cuando el armazón de barcos estaba terminado lo ensamblaron con troncos que forraron con planchas de madera y después lo recubrieron con tierra. Prensaron la tierra y a ambos lados colocaron una empalizada para que los caballos y las bestias de carga no se asustaran al ver el mar.

Jerjes estaba en Sardes con su ejército cuando se le comunicó que los puentes estaban ya acabados. Entonces emprendió la marcha. En aquel momento se produjo un eclipse de sol. Tal fenómeno preocupó al rey y preguntó a los magos qué podía significar.

—Es un mensaje del cielo: tú eclipsarás a las ciudades griegas, como la luna eclipsa al sol —fue su respuesta.

Tras hablar así los magos, un lidio, llamado Pitio, aterrorizado por aquella oscuridad en pleno día, se dirigió a Jerjes para hacerle esta solicitud:

—Señor, tengo cinco hijos y los cinco te acompañan en esta empresa y yo, ya viejo, me quedo solo. Deja que el mayor de ellos se quede conmigo para cuidarme y llevar mi casa cuando yo ya no pueda.

Aquella petición le molestó sobremanera a Jerjes:

—¡Miserable! ¿Tú que eres mi siervo osas hacerme tal petición? ¿No ves que yo mismo en persona voy con mis hijos a guerrear? Pero soy magnánimo y voy a traerte a tu hijo mayor para que se quede aquí contigo.

Entonces ordenó que buscaran al hijo mayor de Pitio que lo trajeran ante su padre y que, delante de él, los verdugos lo cortaran por la mitad, dejando cada parte en un lado del camino de manera que lo vieran todos los soldados que se encaminaban hacia el Helesponto. Así inició su marcha el más grandioso ejército que jamás se haya visto.

A su paso por la legendaria Troya, el Rey de Reyes hizo una ofrenda a Atenea Iliada de un millar de vacas, o lo que es lo mismo, diez veces una hecatombe, preludio de lo que iba a significar la campaña que emprendía contra Grecia (VII, 20-43).

MAESTRA DE LA VIDA

Hacemos cosas realmente ridículas, como volverse para asestarle una patada a la piedra que nos ha hecho tropezar, maltratar al ordenador que no reacciona como a nosotros nos gustaría o arrugar el folio porque no nos viene la inspiración. Quienes han estado en el ejército habrán podido ver arrestos increíbles, como una pieza de artillera guardada en un almacén, un camión aparcado *sine die* en los garajes o unas escaleras por las que está prohibido subir o bajar. Aunque parezca mentira, esos objetos están fuera de servicio (en el argot militar, «arrestados») por no haber hecho un buen servicio. No sé si ahora se siguen poniendo bajo arresto a animales y objetos, pero hace unos años era algo normal.

En la historia de nuestros desbarros, el castigo a seres inanimados no ha sido tan frecuente como el que hemos infligido a las bestias. La convivencia con los animales domésticos, de la que ya hemos hablado, ha tenido sus más y sus menos. Muchos de ellos han sufrido el maltrato de sus dueños consistente no sólo en fustigar a las caballerías o azotar a un perro díscolo, sino en actos de crueldad como el que nos cuenta el propio Heródoto: a la salida de Sardes hacia el Helesponto, el jefe de caballería, Farnuques, cayó de su caballo porque el animal se encabritó al cruzarse entre las piernas un perro. Como consecuencia de la caída, Farnuques vomitó sangre y cogió la tisis. Fue relevado del mando y, como represalia, ordenó que se llevaran a

su caballo al lugar de la caída y que le cortaran las cuatro patas a la altura de las rodillas (VII, 88).

La diferencia entre Jerjes y Farnuques es que aquél no causó sufrimiento al mar, mientras que éste se comportó como un verdadero animal al actuar tan cruelmente con su caballo. El rey quedó como un estúpido; el lugarteniente, como un ser inhumano. ¡Pobre animal!

La acción de Jerjes parece una chiquillada, una rabieta, una bravata juvenil que no hace mella en el mar, sino en el propio monarca, el cual queda como un hombre descontrolado e inmaduro. Así lo dice la sombra de su padre Darío en la tragedia *Los persas* de Esquilo:

«¡Mi hijo, en su ignorancia, con juvenil arrojo la empresa ha realizado: Creer que con cadenas el Helesponto sacro, cual si fuera un esclavo, el Bósforo, corriente de un dios, parar podría, y cambiar su curso, y que, unciendo su nuca con grillos bien forjados a golpe de martillo, tendría ingente ruta para su ingente hueste!»

(*Los persas*, 744 y ss.)

El mar no es una yunta de bueyes que se puede uncir y atizar para que no se encabrite. Pero tampoco los bueyes pueden ser ajusticiados porque el campo que araron no ha dado su fruto. El ordenador no comete delito por haberse bloqueado justo cuando estaba escribiendo esta página y la he tenido que volver a escribir. No, la naturaleza —es decir, todos los seres no humanos, también los artificiales, los fabricados por el hombre— no tiene subjetividad moral y, por lo tanto, obligaciones para con nosotros. Así como no le podemos pedir peras al olmo, no le podemos exigir a ella responsabilidades éticas.

La naturaleza sigue su curso. El hombre puede intervenir en él, pero no puede exigirle que cambie de rumbo. Si lo hace, debe atenerse a las consecuencias. Los caprichos del mar, la ira de los volcanes, la crueldad de los huracanes no son sino metáforas que usamos para acercar la naturaleza a la manera humana de actuar. Un león no acata las normas, la única ley que obedece es la ley de la selva. Pero ni el león, ni los vientos, ni los volcanes, ni el mar obran de mala fe, no tienen malas intenciones... simplemente siguen el curso de la naturaleza.

Ante un desastre natural, buscamos responsables. Por lo general le echamos la culpa a Dios por no existir o, en el caso de existir, por haber permitido que el ritmo de la naturaleza se haya cruzado con el del hombre. Ella sigue en sus trece mientras nosotros continuamos poniéndole puertas al campo.

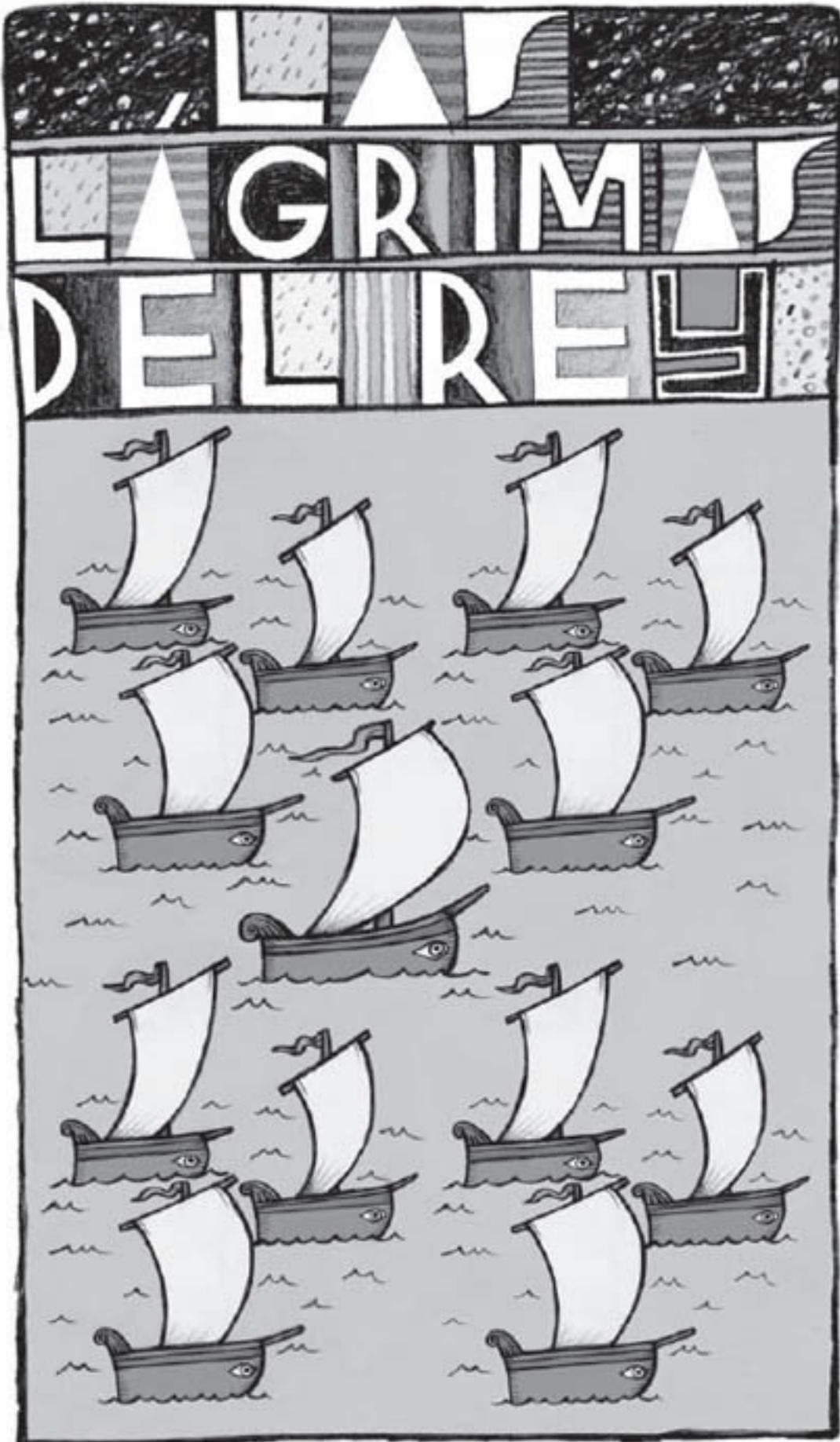
Poco a poco vamos aprendiendo que no podemos dominar completamente a la

naturaleza, que tarde o temprano se sale con la suya, que es mejor respetarla y que azotar el mar no sirve para nada, como no le sirvió para nada al faraón Ferón arrojar una lanza al Nilo, como hemos visto en el capítulo 9. Jerjes también se dio cuenta de que había cometido una estupidez y que había tratado de forma impropia a las inocentes aguas. Por eso, cuando se dispone a cruzar el mar hace una libación con una copa de oro. Terminada la plegaria, la arroja al mar junto a una crátera de oro y una espada persa. El propio Heródoto confiesa que no sabe si ofrendó esos objetos al sol para pedirle suerte o «si es que se había arrepentido de haber ordenado azotar al Helesponto y se los ofrecía al mar en desagravio» (VII, 54).

* * *

El caso del lidio Pitio que pide a Jerjes que licencie aunque sea a uno de sus cinco hijos que van bajo sus órdenes a la campaña contra Grecia, contrasta con aquella película titulada *Salvad al soldado Ryan* (Steven Spielberg, 1998). Mientras, en el film, los generales aliados deciden salvar al soldado James Ryan porque sus tres hermanos ya han muerto en el conflicto, el rey persa corta por la mitad al hijo mayor de Pitio y lo expone ante sus tropas. En plena invasión de Normandía, durante la Segunda Guerra Mundial, la patrulla del capitán John Miller recibe la orden de búsqueda del soldado Ryan que se encuentra detrás de las líneas enemigas. El objetivo de la misión es devolver un hijo a una madre que ha perdido a tres.

Por suerte, a veces la historia se repite al revés.



Todos venimos al mundo llorando y lloramos muchas veces a lo largo de nuestra vida. Vertemos lágrimas por lo que nos ha pasado y por lo que nos está pasando, pero también por lo que nos puede pasar en el futuro. El Gran Rey, el hombre más poderoso de su tiempo, no puede menos que sentirse orgulloso al contemplar su grandioso ejército, pero es incapaz de evitar que sus ojos se humedezcan al ver que esa muchedumbre tarde o temprano dejará de existir. A todas aquellas personas se las tragará el tiempo, y a él también: ése es el fatal destino de los humanos. Sólo unos pocos perdurarán por siempre en la memoria de la historia, número insuficiente para enjugar tantas lágrimas.

Una vez que el ingente ejército persa llegó a Abido, desde donde debía cruzar a Sesto, ya en Europa, quiso Jerjes contemplarlo desde un cerro. Cuando divisó el colorido de tantos soldados de diversas naciones, los caballos y los carros, además de una flota inmensa que cubría el Helesponto, en ese momento se sintió un hombre afortunado, pero, acto seguido, se echó a llorar.

Al percatarse de ello su tío Artábano, el que en un primer momento se había opuesto a la expedición, le preguntó cómo es que hace un momento se sentía tan afortunado y ahora lloraba. Tomando la palabra Jerjes, le respondió:

—He sentido tristeza, querido tío, al contemplar toda esta muchedumbre y pensar que dentro de cien años no quedará absolutamente nadie de los que ahora estamos aquí. ¡Qué breve es la vida del ser humano!

—Nadie hay tan afortunado —añadió Artábano— que no haya deseado en repetidas ocasiones estar muerto, pues las desgracias que se ciernen sobre nosotros hacen que, aun siendo breve, la vida nos parezca larga.

—Pero no pensemos ahora en calamidades, querido Artábano —dijo Jerjes—, que tenemos entre manos perspectivas muy favorables. ¿O acaso sigues con tu primera opinión de no marchar contra Grecia a pesar de haber tenido el mismo sueño que yo?

El consejero real aclaró que si no hubiera sido por el espectro que se le presentó en sueños y casi le quema los ojos no habría cambiado de opinión. No obstante veía todavía dos inconvenientes en la campaña que Jerjes había emprendido. Esos dos inconvenientes, en palabras de Artábano, eran la tierra y el mar. La tierra, puesto que conforme más se va conquistando más lejos queda el hogar y más difícil se hace la provisión de un gran ejército. Por su parte, el mar no dispone de suficientes puertos para fondear tamaña flota, lo que supone un gran riesgo en caso de que se levante una tempestad.

—Ten en cuenta —concluyó Artábano— que son los avatares del Destino los que se imponen a los hombres y no los hombres a los avatares del Destino.

Jerjes quedó un momento pensativo, pero al fin respondió:

—Haces bien en plantear esas dificultades, pero vale la pena afrontarlas con confianza antes que permanecer inactivos. Los éxitos suelen sonreír a las personas decididas, no a las que nada arriesgan. Vale la pena soñar, como soñaron nuestros antepasados y nos dejaron un imperio como el que ahora tenemos.

Todavía alertó Artábano al rey sobre los jonios, capaces, según él, de traicionar a Persia. Pero Jerjes replicó que él confiaba plenamente en quienes una vez mostraron fidelidad a su padre Darío en la campaña contra los escitas y además habían dejado a sus mujeres y a sus hijos en tierras persas.

Dicho lo cual, Jerjes nombró a Artábano virrey de Susa y lo envió a la capital para que guardase el imperio mientras él estaba en Europa. Después reunió a los generales de su ejército para exhortarlos a que se afanasen al máximo en la contienda.

—Nos enfrentaremos —les dijo— a hombres valerosos. Si los vencemos ya no habrá ejército en el mundo que se nos oponga.

Tras una plegaria a los dioses persas, Jerjes dio la orden de cruzar el Helesponto (VII, 44-53).

MAESTRA DE LA VIDA

Jerjes ha tenido una experiencia de lo sublime en sentido kantiano. El filósofo alemán distinguía entre lo bello y lo sublime: mientras en la experiencia de las cosas bellas se produce un placer que se puede describir como una alegría positiva que se prolonga en tranquila contemplación, la de lo sublime produce asombro y temor, rebasa y domina a la imaginación (*Crítica del juicio*, II, 23). Lo sublime, lo inmenso, que se extiende a los pies del soberano, le provoca un sobrecogimiento que le hace llorar. Su corazón, aunque regio, no puede soportar la grandiosidad que contempla. De pronto, se estremece y no puede evitar derramar unas lágrimas.

Al monarca le sobrecoge la inmensidad de su ejército y llora por la brevedad de la vida. Los sentimientos son contradictorios, agridulces. Se siente poderoso, pero a la vez débil; grande y, al mismo tiempo, muy poca cosa; orgulloso y humilde. Lloro por la condición humana, tan magnífica y tan efímera.

Heródoto, como veremos en el capítulo siguiente, se molesta en transmitirnos el número exacto de las tropas persas. No lo hace solamente para mostrarnos la fuerza de Jerjes, exagerando mucho los datos, como acostumbraban a hacer los logógrafos y cronistas de la época, sino para obligarnos a reflexionar sobre la condición humana. Quiere que nosotros sintamos lo que sintió el mismísimo Jerjes cuando contempló a todas aquellas personas que al cabo de unos años iban a desaparecer para siempre. Quiere que nos miremos así a nosotros mismos, como seres caducos pero con una extraordinaria misión por delante, que debemos llevar a cabo antes de que nos trague Cronos, el dios del tiempo, pues, querámoslo o no, somos hijos suyos.

El llanto real tiene tres posibles interpretaciones. Primera: Jerjes llora por la

humanidad. Se siente filántropo por un momento, el padre protector de todos los hombres, capaz de todo menos de detener la marcha del tiempo. Segunda: las lágrimas son regias pero no reales. Se apena por toda esa gente que va a dar la vida por él, por cumplir su deseo de conquistar Grecia. El llanto se confunde con la risa de quien sabe que sólo su nombre quedará en la memoria de la historia y todo ese gentío sólo será eso, una masa anónima, una gran montaña sobre la que se sentará para siempre el inmortal Jerjes. Tercera: el rey se lamenta de sí mismo. Todo el poder del que dispone, quizá mayor que hombre alguno haya tenido jamás, no le sirve para retrasar un segundo el día de su muerte. La Fortuna le sonrío, pero sabe que no lo va a hacer siempre. No hay mal que cien años dure, pero tampoco una ventura infinita.

Artábano, que ha visto al rey llorar, interpreta sus lágrimas de otra manera. Piensa que se duele de la pobre naturaleza humana, condenada a pasar penalidades, como las que le esperan al ejército persa. Por eso dice que nadie es tan feliz que no haya deseado alguna vez estar muerto.

Pero Jerjes no quiere pensar en eso ni siquiera en las grandes dificultades que le esperan en su campaña. Se enjuga las lágrimas y afronta la situación con arrojo: «Vale la pena soñar», le comenta a su confidente. Como le ocurriera al héroe Aquiles, parece preferir una vida corta pero gloriosa a una vida larga sin honores; parece, en fin, tararear aquella canción de Joaquín Sabina que decía: «Si quieres vivir cien años, pide pastillas para no soñar».

LOS IN- MORTALES



Constituían el cuerpo de elite de las tropas persas. Eran diez mil soldados bien preparados y dispuestos a morir por su rey. Aunque no morían, o no lo hacían del todo, porque cuando uno de ellos caía en combate o estaba enfermo, otro inmediatamente ocupaba su lugar. Sembraban el terror en las filas enemigas porque siempre eran diez mil. Se regeneraban continuamente, como esos *terminators* del cine ficción que volvían a su forma original tras haber recibido una decena de disparos o la amputación de alguno de sus miembros. Los llamaban los Inmortales, en plural, a pesar de que sólo era inmortal el grupo, pero un grupo que actuaba como un solo hombre, como un enorme soldado que no le teme a la muerte por la sencilla razón de que no puede morir. Los miembros del cuerpo de los Inmortales sabían que todos eran necesarios pero nadie imprescindible.

Siete días y siete noches sin interrupción tardaron en cruzar los puentes las tropas del ejército de Jerjes; a golpe de látigo, puntualiza Heródoto, para que no se retrasaran. Pasaron los persas ataviados con sus tiaras o gorros de fieltro, sus túnicas de vistosos colores recubiertas de láminas de hierro a la manera de escamas de peces y sus escudos de mimbre bajo los cuales colgaban sus alhajas. Iban armados con lanzas cortas, grandes arcos y puñales que pendían del cinturón, y vestían calzones, toda una rareza para los griegos. Pasaron también los medos, los asirios, los bactrios, los sacas, los indios, los arios, los partos, los caspios, los árabes, los etíopes, los libios, los ligures, los frigios, los armenios, los lidios, los misios, los tracios, los colcos, y un largo etcétera de pueblos sometidos al poder persa. Después cruzó la caballería también compuesta por gran cantidad de jinetes de diversas nacionalidades.

Antes había cruzado el séquito de Jerjes acompañado por los «Inmortales», cuerpo de infantería compuesto por diez mil soldados de elite que conformaban su guardia personal. Los llamaban así porque siempre eran el mismo número. Su comandante, Hidarnes, hermano de Jerjes, llevaba una reserva de hombres de tal manera que, si alguno de ellos caía en combate o se ponía enfermo, otro inmediatamente lo relevaba. Siempre eran diez mil, como si fueran inmortales.

Al contingente terrestre acompañaban como apoyo e intendencia las fuerzas navales compuestas por más de mil doscientos trirremes fenicios, egipcios, chipriotas, cilicios, panfilios, carios... a bordo de los cuales, aparte de la tripulación de cada nación, viajaban soldados persas, medos y sacas.

Como Zeus observa a los mortales desde el Olimpo, así Jerjes contemplaba sus tropas. Al verlo sentado en su trono, cuentan que un lugareño le gritó:

—¡Zeus! ¿Por qué quieres asolar Grecia, al frente del mundo entero, precisamente bajo la apariencia de un persa y con el nombre de Jerjes en vez del de Zeus? Pues

hasta sin todo este ejército podrías hacerlo.

El Gran Rey no hizo caso de esas palabras, y después de pasar revista a sus tropas, llamó a Demarato para preguntarle si, ante tal fuerza bélica, los griegos se atreverán a ofrecerle resistencia.

—Conozco bien a los griegos —respondió Demarato—, pues yo lo soy, y sé que saldrán a plantarte cara. No importa el número que sean, porque lucharán hasta el final. Además los espartanos son los mejores guerreros de la tierra, si topas con ellos, lo podrás comprobar.

Aquel comentario le hizo reír al Rey de Reyes, pues se sentía seguro de sí y muy superior a cualquiera.

El grandioso ejército de Jerjes salió de la península del Quersoneso. Llegados al río Melas, los persas secaron su cauce para poder satisfacer las necesidades de la tropa. La enorme marea humana siguió hacia el oeste. Llegó a Tracia y después a Peonia, entró en la península Calcídica, donde los zapadores abrieron un istmo para que la flota no tuviera que circunnavegar el cabo del monte Atos, y después en Macedonia.

Jerjes envió emisarios a Grecia para solicitar la tierra y el agua en señal de sumisión. Los recibió de algunas polis centrales, excepto de Tespias y Platea. Pero no quiso exigir vasallaje ni de Esparta ni de Atenas, ya que los heraldos enviados por su padre Darío con motivo de la primera guerra habían sido asesinados. Los atenienses, tras escuchar las exigencias del gran rey, arrojaron a los mensajeros al Báratro, un pozo donde se precipitaba a ciertos condenados a muerte. Los espartanos, por su parte, hicieron lo mismo: los tiraron a una gran fosa mientras les decían que sacaran de allí la tierra y el agua para su rey.

Desde aquel día, los espartanos no conseguían tener presagios favorables en sus sacrificios religiosos. Pensaron que la culpa la tenía el haber matado a los heraldos de Darío que, como intermediarios entre ciudades disponían de una sagrada inmunidad. Para expiar su culpa decidieron enviar al gran rey dos emisarios para que fueran ejecutados (esto ocurrió cuando Jerjes subió al poder, cinco años antes de la campaña contra Europa).

Mediante un bando, los espartanos solicitaron dos voluntarios para ir a morir a Susa. Como no iba a ser menos, se presentaron dos jóvenes de noble linaje llamados Espertias y Bulis, que emprendieron de inmediato un viaje sin final. Cuando llegaron ante el gran rey, los guardias intentaron inútilmente hacer que se postrasen ante Jerjes, pues ellos se negaban porque no tenían la costumbre de postrarse ante ningún ser humano. Y se dirigieron al rey con estas palabras:

—Los lacedemonios nos han enviado en lugar de los heraldos asesinados en Esparta con el fin de expiar su muerte.

Para su sorpresa, Jerjes no los mandó al verdugo, sino que les dijo que, si bien los espartanos habían conculcado las normas sobre los heraldos, él no lo iba a hacer. El rey de Persia no estaba dispuesto a eximir a los lacedemonios de su delito mediante la

consumación de un sacrificio. Y los envió de vuelta a Esparta. Espertias y Bulis fueron a la muerte y volvieron vivos, ellos sí que fueron inmortales (VII, 56, 61-104, 131-137).

MAESTRA DE LA VIDA

Heródoto hace un recuento de las tropas de Jerjes al modo del famoso catálogo de las fuerzas griegas ante Troya en el canto II de la *Ilíada*. Pero mientras Homero presenta al ejército vencedor, Heródoto muestra al perdedor. Al millón setecientos mil soldados que partieron de Asia, hay que añadir los que fueron reclutados en el camino, los que iban por mar, los sirvientes y los cargueros hasta llegar a un total de cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos veinte hombres que, según el historiador, marchaban bajo las órdenes del rey más poderoso del mundo (VII, 186). Ningún crítico actual cree que esas cifras fueran reales, Eduard Meyer reduce el número de soldados a cien mil y el general Von Fischer a cincuenta mil (véase *Las grandes batallas*, p. 61). Aun así, Heródoto añade que a ese número habría que sumar las mujeres, las concubinas y los eunucos, así como las acémilas y otras bestias de carga. Dada tal cantidad ingente de personas y animales no es de extrañar que a su paso algunos ríos se agotasen (VII, 187).

El paso de tamaño ejército debía de ser extremadamente lento. Tenían que viajar con carros llenos de víveres y carromatos cubiertos donde iban sus harenes. Era como trasladar una gran ciudad con casas y todo. No extraña, por tanto, que los romanos llamaran *impedimenta*, es decir, «lo que estorba», a todo ese conjunto de bagajes tan necesarios como premiosos.

Que el enemigo se acerque despacio, muy despacio, y que sea tan enorme, lejos de tranquilizar a los griegos, los debió poner más nerviosos. Un ataque rápido tiene sus ventajas: el factor sorpresa, la contundencia, la iniciativa. Un acercamiento lento, por su parte, mina la moral, hace crecer la tensión y consigue mantenerla durante largo tiempo. Como una tortura inacabable o una espera desesperante, ese ejército, a los ojos de los enemigos, va creciendo como una bola de nieve conforme avanza. Es normal que muchos pierdan la paciencia de tanto esperar, que se desvanezca su fe, que se pasen al bando contrario. Conforme va pasando el tiempo, aquellos hombres temibles venidos desde el otro lado del mundo se van convirtiendo, para la imaginación griega, en inmortales.

* * *

Ya hemos hablado de la importancia que tenían en aquella época los mensajeros. Los heraldos eran el único medio de comunicación. Por eso, no es de extrañar que merecieran el mayor respeto y que su seguridad estuviera sellada con leyes sagradas.

Atentar contra la vida de un emisario suponía, tanto para griegos como para bárbaros, la forma más grave de miasma religioso, una mancha imborrable que tarde o temprano sería vengada por los dioses.

Esa falta cometen los atenienses y los espartanos: arrojan a los heraldos persas a un pozo. El castigo vendrá en forma de invasión. Los espartanos ya comienzan a sentir el castigo divino en forma de presagios desfavorables y quieren lavar su culpa; para ello envían a Espertias y a Bulis a Persia. Pero Jerjes no quiere obrar de sacerdote, de intercesor, no quiere borrar un pecado con otro pecado, así que perdona a los dos jóvenes y condena a Esparta.

Matar al mensajero no sólo es un sacrilegio sino una acción injusta e inhumana. Él no tiene ninguna culpa y no merece ningún castigo por cumplir con su misión, como el mar no merece ser azotado. No podemos reprochar al médico que nos ha dicho la verdad, él es como un cartero que hace honestamente el trabajo que le ha encomendado su jefa, que no es otra que la realidad.

Claro que si uno lo hace, si mata al mensajero, está dando una respuesta, pero también, y esto es lo más importante, está quebrando una ley no escrita que viene a servir a algo más elevado que nos hace humanos: la comunicación. Si matamos al mensajero, estamos matándonos a nosotros mismos porque estamos cortando los cables que nos unen con los demás y que nos mantienen suspendidos por encima de la biología.

La inmortalidad de los Inmortales era de rango biológico, como un gran tejido que renueva sus células muertas o una especie animal que sustituye continuamente a sus individuos con otros individuos. La que tenían como meta los griegos era, en cambio, de carácter personal. En el ejército persa cuenta más el número; en el heleno, la calidad personal. Ambos buscan ser inmortales por caminos diversos: unos, sobreviviendo; los otros, muriendo. Son formas distintas de entender la existencia, como veremos a continuación.



Treinta y una polis griegas formaron una coalición para luchar por la independencia. El gran tirano de Oriente avanzaba con su ciclópeo ejército para hacerse amo de todo el mundo, también de la pequeña e insignificante Grecia. La liga que unió a todas las polis recibió el nombre más simple pero de mayor significado: «los griegos» (*hoi hēllēnes*). En ellos recayó la responsabilidad histórica de detener el avance de la tiranía y mostrar a la posteridad que existe una forma de convivencia en que los ciudadanos eligen cómo vivir y quién los gobierna. Con esas convicciones hicieron frente a un ejército todopoderoso y afrontaron la construcción de Occidente.

Grecia se preparó para la invasión persa. Mientras las polis que habían entregado la tierra y el agua se limitaban a esperar que el ejército de Jerjes las respetara, las que se habían negado a doblar la rodilla se preparaban para una auténtica guerra de liberación que les permitiera seguir siendo libres.

Los oráculos que venían de Delfos no eran sólo confusos, como lo solían ser de ordinario, sino también poco halagüeños.

—¡Oh, Atenas! Sólo te salvará un muro de madera. ¡Ay, divina Salamina! Tú aniquilarás los frutos de las mujeres.

Éstas fueron las palabras que pronunció la Pitia. Muchos interpretaron que sólo se salvaría la acrópolis, que en un tiempo estuvo protegida por una empalizada, y que todos los atenienses morirían en aguas de Salamina.

Entre los atenienses había un tal Temístocles, que había sido arconte poco antes de la batalla de Maratón, para quien el oráculo quería decir algo totalmente distinto:

—Sólo nos salvaremos —declamó ante la asamblea— si construimos una flota; ése será nuestro «muro de madera». En Salamina destruiremos al enemigo, porque la Pitia habla de sus mujeres, no de las nuestras.

El discurso de Temístocles convenció a los atenienses que se dispusieron a construir doscientas naves y a costearlas con la plata de las minas de Laurion, tesoro que habían quedado en repartirse entre todos los ciudadanos. Bien se puede decir, por tanto, que aquella flota era de los atenienses, de cada uno de ellos. De ese modo, un pueblo de agricultores y artesanos se convirtió en marinero, algo que será decisivo en el futuro.

Lo primero que hicieron los atenienses fue enviar espías a Sardes, donde se encontraba el ejército de Jerjes. Los agentes fueron descubiertos, pero salvaron el pellejo gracias a que el Gran Rey se enteró y los hizo llamar. Les mostró todas sus fuerzas armadas y les mandó de vuelta a casa para que contasen lo que habían visto.

La narración de los espías hizo aumentar el pánico entre los griegos, pero no sucumbieron, sino que mandaron un emisario a Gelón de Siracusa, para pedirle

ayuda. Sin embargo, el tirano exigía la mitad del mando militar:

—Extranjero ateniense —respondió al embajador—, disponéis de generales, pero no de soldados. Ya que queréis tenerlo todo, lo mejor es que regreséis y que digáis a los griegos que el año ha perdido su primavera.

Además, Gelón no pudo prestar ayuda porque él tenía otro frente en el sur: Cartago. De hecho, mientras los griegos libraban la batalla de Salamina contra los persas, Gelón y Terón, el tirano de Acragante, derrotaban a los cartagineses en Hímera.

En otoño del año 481 a. C. hubo una reunión de todas las polis griegas en el istmo de Corinto, en el templo dedicado a Poseidón. Fue una auténtica asamblea helena. Allí se pactó una gran liga griega capitaneada por Esparta y Atenas. Las dos ciudades se unieron ante el enemigo común.

En la primavera siguiente se volvieron a reunir en el mismo sitio para establecer la estrategia a seguir. Estuvieron de acuerdo en presentar batalla al norte, en las Termópilas, un desfiladero angosto, único paso posible desde Tesalia al centro de Grecia. Por allí tendrían que pasar casi en fila india las huestes casi infinitas de Jerjes. La topografía del terreno quitaba importancia al número de combatientes pues siempre acabarían en un cuerpo a cuerpo en una anchura media de cuarenta metros y mínima de quince. La cantidad debía sucumbir ante la calidad. La famosa batalla de las Termópilas, la que cambiaría el mundo, estaba a punto de comenzar (VII, 138-178).

MAESTRA DE LA VIDA

Grecia, como tal, no llegó a existir nunca. Ni los propios griegos la llamaban así, sino *Hellas* o Hélade. Fueron los romanos los que le dieron el nombre que nosotros utilizamos. No era un Estado ni una nación, sólo un proyecto común, como una idea que mantiene unidos a los que la comparten.

Esa idea se sustentaba en algunos principios compartidos, como eran la lengua, la religión, las normas y las costumbres, pero no tenía la fuerza suficiente para materializarse en una realidad ni nacional ni supranacional. Estaba presente en los Juegos Olímpicos que se celebraban cada cuatro años y se hacía casi palpable cuando se producía un ataque exterior. Los griegos pactaban entre sí diferentes «ligas» según sus intereses, se coaligaban con las polis más cercanas o con las que tenían mayor afinidad o podían sacar un provecho mutuo. Pero cuando la amenaza venía de fuera, se unían como una sola nación, porque sabían que luchando por todos luchaban por cada cual.

Las polis eran políticamente independientes. Para un griego su patria era su polis, no existía nada por encima de ella. La Hélade justamente venía a asegurar esa independencia. Salvando las distancias, es como aquel que no queriendo pertenecer a ningún club se inscribiese en uno que le asegura no pertenecer a ninguno: el club de

los sin club. De alguna manera, ser griego significaba el compromiso de salvaguardar esa independencia.

Por eso, Heródoto lamenta sobre todo las luchas internas entre griegos. Las considera un error; no así la guerra contra Persia, que resulta inevitable. De todas formas el historiador prefiere la paz, porque, mientras ésta reina, los hijos entierran a sus padres, pero cuando la guerra se apodera de los hombres, los padres entierran a sus hijos, algo que quiebra el orden natural de las cosas (I, 87).

* * *

El libro VII de la *Historia* se cierra con una digresión a las que ya nos tiene acostumbrados Heródoto. Cuenta cómo los griegos se enteraron de los planes de Jerjes gracias a Demarato, quien para no ser descubierto tomó una tablilla de las que se usan para escribir, le quitó la cera, grabó el mensaje en el que avisaba de las intenciones del rey persa, la volvió a cubrir de cera y la envió a Esparta. Nadie supo ver lo que contenía aquella tablilla, hasta que a Gorgo, la hija del rey, se le ocurrió quitar la cera (VII, 239).

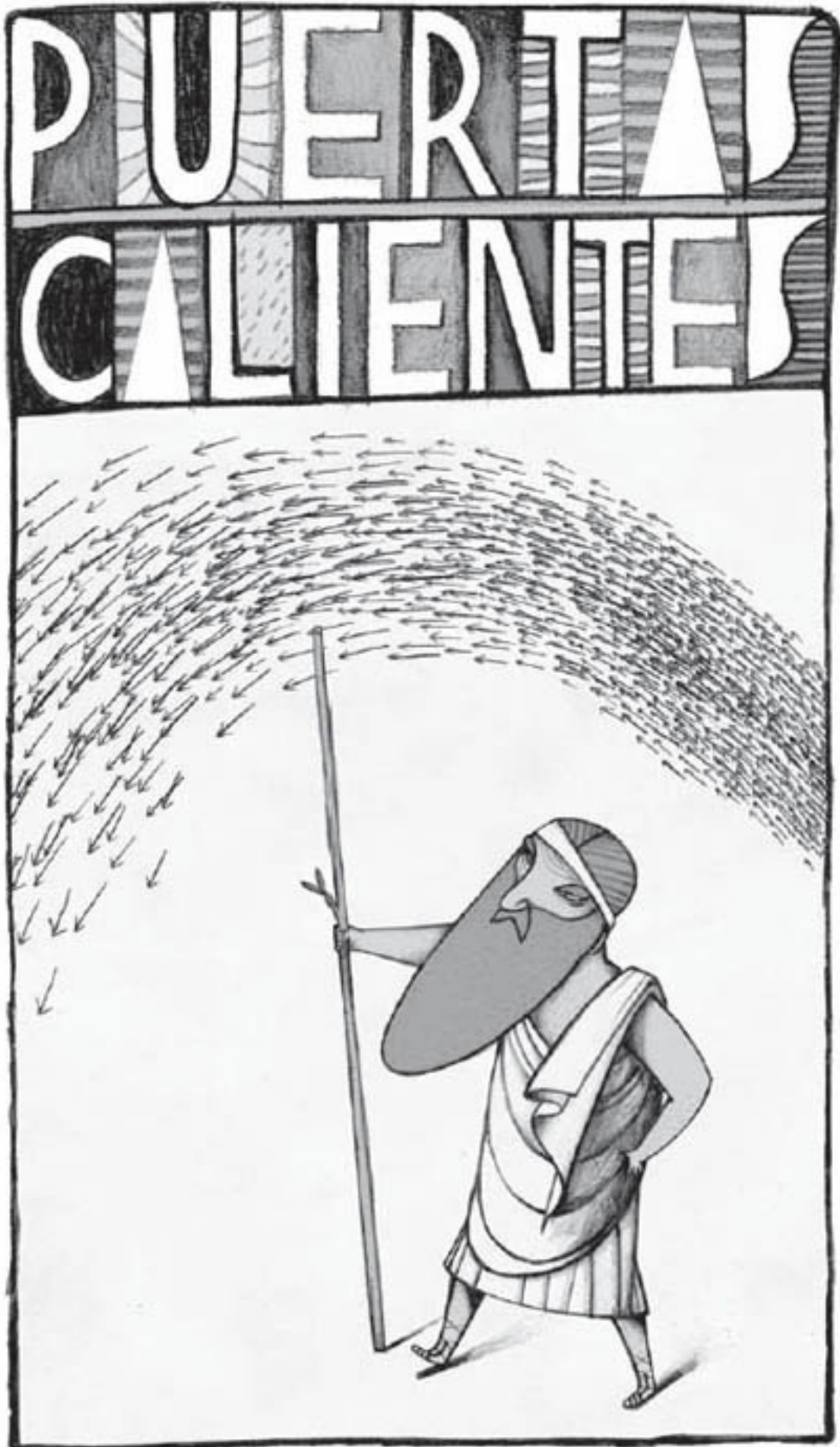
¡Cuántas veces buscamos en la superficie de las cosas lo que está oculto tras ellas!

* * *

Resulta curioso que casi todas las profecías que recoge la historia se hayan cumplido de uno u otro modo. Cualquiera que repare en ello puede tomar uno de estos dos caminos: o creer a pies juntillas en los oráculos de la Antigüedad o volverse totalmente escéptico. La historia se escribe *a posteriori*, lo que hace que los vaticinios sean *post eventum*, después de haber ocurrido. En este sentido, la crítica historiográfica habla de adición *post eventum*, de todo aquello que ha sido añadido tras haberse consumado. Esto no significa, sin embargo, que ningún auspicio se cumpliera ni que se cumplieran todos, sino que parece más plausible que se escribieran los que se habrían realizado. Con lo cual, se abre una tercera vía entre el escepticismo y la credulidad: la aceptación.

Hay que aceptar que en la Antigüedad, como ya hemos explicado anteriormente (cap. 4), los oráculos tenían una función muy importante y, en muchas ocasiones, decisiva. Es evidente que si la gente confiaba en ellos era porque la mayor parte de las veces acertaban, de lo contrario, habrían desaparecido. Para asegurar los vaticinios, quienes los hacían no sólo contaban con la ambigüedad de los mensajes que pronunciaba la pitonisa y escribían los sacerdotes, sino también con un conocimiento profundo de la psicología humana y de las circunstancias sociopolíticas del momento.

Bien se puede decir que Delfos no sólo era el «ombligo del mundo» a nivel geográfico, como hemos dicho al principio, sino el centro neurálgico de la política griega. Todos los reyes y gentes poderosas acudían con frecuencia al oráculo para conocer los augurios con el fin de tomar medidas tanto en los asuntos públicos como en los privados. Era normal, en consecuencia, que los sacerdotes del santuario estuvieran al tanto de lo que se tramaba en cada polis y en cada familia principal. De modo que sus oráculos, más que vaticinios o profecías, eran consejos compatibles con otros consejos que, si se llevaban a cabo, cumplían no la voluntad de los dioses sino la de los que interpretaban sus designios. Los sacerdotes de los oráculos se convirtieron, de esta forma, en árbitros de la política del momento, en guionistas y directores de la historia.



Los dos ejércitos se situaron a ambos lados de las puertas (*pilas*) que dan paso a Grecia. Se trataba de un desfiladero angosto entre la montaña y el mar, donde se hallan unos manantiales de aguas termales (*termo*). Los aliados griegos en número irrisorio; las huestes persas casi infinitas. Las Puertas Calientes se convirtieron en el punto de choque entre Oriente y Occidente. Realmente, en aquel paraje sin igual la historia antigua estuvo al rojo vivo.

Toda la confianza estaba puesta en los espartanos, quienes disponían de un ejército profesional, bien preparado y acostumbrado a la guerra. Sin embargo, Esparta sólo pudo colaborar con trescientos soldados, que a la postre serían decisivos. Ocurrió que por aquellas fechas (verano de 480 a. C.) los lacedemonios celebraban, como durante la batalla de Maratón, las Carneas, una fiesta anual consagrada a Apolo, que constituía uno de los acontecimientos religiosos principales de su calendario. Durante las fiestas el ejército no podía abandonar la ciudad. Por eso, sólo pudo partir la guardia personal del rey Leónidas, un total de trescientos hombres valerosos y patriotas que debían cumplir un solo requisito: tener un hijo varón vivo que asegurara la pervivencia del nombre de aquellos que marchaban para volver «o con su escudo o sobre él», como solían despedir las mujeres a sus esposos cuando marchaban a la guerra.

Leónidas había sido nombrado rey porque su hermanastro Cleomenes había muerto sin descendencia, además se había casado con Gorgo, la hija del monarca. Compartía la soberanía de Esparta con Leotíquidas, pero hizo lo posible por ser él quien fuera enviado a las Termópilas, aún a sabiendas de que un oráculo había revelado que los lacedemonios debían sacrificar a uno de sus reyes para salvarse de las garras persas.

Cuando llegaron al desfiladero, los trescientos espartanos ocuparon la puerta central y las demás fuerzas aliadas, la senda oriental, el muro focense y la retaguardia. Al poco tiempo llegó al otro lado el ingente ejército persa. Al verlo, los griegos fueron presas del pánico y consideraron la posibilidad de una retirada, pero Leónidas decidió quedarse.

Jerjes mandó a un jinete para observar a los espartanos. El espía contó a su soberano que encontró a unos trescientos soldados ocupados unos en ejercicios gimnásticos y otros peinándose la larga cabellera. Jerjes llamó a Demarato, exiliado rey de Esparta, para que le explicara qué actitud era aquélla, impropia de un soldado.

—Debéis temer, majestad —respondió Demarato—, a los lacedemonios más que a ningún otro soldado. ¿No veis que se están preparando para luchar a muerte? Te aseguro que si llegas a someter a estos hombres, no habrá pueblo en el mundo que se te resista.

Jerjes esperó tres días con la esperanza de que los griegos se retiraran del paso. Al cuarto, viendo que mantenían sus posiciones lanzó contra ellos a los medos. Pero fueron rechazados. Tras los medos, Jerjes envió a su guardia personal, los Inmortales, al mando de su hermano Hidarnes, pero tampoco fueron capaces de romper el muro espartano pues no podían sacar partido de su superioridad numérica. Las bajas persas fueron cuantiosas, mientras que los griegos permanecían casi ilesos.

Al día siguiente, pensando que aquel puñado de soldados debía estar tocado por el cansancio y las heridas, los persas arremetieron con furia, pero tampoco consiguieron doblegarlos y se vieron obligados a retirarse.

Jerjes ya no sabía qué hacer para abrirse paso hacia Grecia cuando se presentó ante él un tal Epialtes, natural de Mélide. El traidor Epialtes informó al rey de la existencia de una senda, llamada por los lugareños Anopea, por donde pasar al otro lado y sorprender a los griegos por la espalda. Por aquella información Epialtes se ganó una pingüe recompensa persa y odio eterno griego.

Hidarnes marchó con los Inmortales por la senda durante la noche. Las pisadas en la hojarasca despertaron a los focenses que vigilaban la senda y se encontraron con el enemigo al que no pudieron oponer mucha resistencia. Al rayar el alba, los persas aparecían por el otro lado.

Leónidas se dio cuenta de la situación y permitió que los griegos que lo desearan huyeran. Nadie lo hizo. Él, junto a los hombres que le quedaban, decidió mantener su posición a sabiendas de que ese día iba a ser el último de sus vidas.

A la hora en que el ágora se ve concurrida, es decir, entre las nueve y las once de la mañana, los bárbaros cargaron contra los hombres de Leónidas. Lo hicieron a golpe de látigo, como era su costumbre, algo que provocó que muchos persas murieran precipitados por el acantilado o pisados por sus conmlitones. Los espartanos lucharon a muerte, cuando rompieron sus lanzas, se defendieron con las espadas y los puños. Cayeron todos, también su rey Leónidas.

De aquel pelotón suicida, destacó sobremanera un soldado llamado Diéneces. Cuentan que cuando le advirtieron que las flechas persas taparían el sol, él respondió: —Mejor, así combatiremos a la sombra.

Pero no todos perecieron. Dos espartanos salvaron el pellejo. Se trata de Aristodemo, que sufría una inflamación grave de los ojos, a quien Leónidas le ordenó regresar a casa, y Pantitas, que en el fragor de la batalla se encontraba en Tesalia entregando un mensaje. Cuando Aristodemo llegó a Esparta, fue objeto de ignominia pública, se prohibió que nadie le diera lumbre para encender el fuego ni le dirigiera la palabra y se le dio el nombre de Tresas, «el miedoso». Pantitas no fue tratado con tal desprecio; no obstante, se sintió discriminado y se ahorcó. Aristodemo acabó sus días en la batalla de Platea. En mitad de la contienda, rompió la formación y se lanzó enloquecido contra el enemigo en busca de una muerte segura.

La gesta de «los trescientos» minó la moral de los persas, amén de haber provocado innumerables bajas (unas veinte mil). Jerjes ordenó buscar el cadáver de

Leónidas y cortarle la cabeza para llevarla clavada en un palo, pues nadie había hecho irritarse tanto al Gran Rey como lo hizo aquel soldado espartano. Los caídos fueron sepultados en las Termópilas y el poeta Simónides de Ceos escribió este epigrama: «Caminante, ve a Esparta y di a los espartanos que aquí yacemos por obedecer sus leyes» (VII, 201-238).

MAESTRA DE LA VIDA

Los trescientos soldados espartanos se dejaron la vida en las Termópilas. No consiguieron su objetivo: el ejército enemigo pasó el desfiladero y se adentró en Grecia. No obstante, los valientes espartanos no fracasaron del todo porque obtuvieron una victoria moral: la resistencia que opusieron al todopoderoso ejército de Jerjes fue una inyección de confianza para los demás griegos. Si el primer eslogan fue: «No pasarán»; ahora será: «Podremos resistir».

Una derrota sirvió para insuflar en los corazones de los griegos la convicción de que se podría conseguir la victoria. Napoleón decía que, en la guerra, el factor moral es tres veces más importante que todos los demás factores juntos. La derrota en las Termópilas había minado la moral enemiga mientras que había multiplicado por tres las fuerzas aliadas. Ahora los dos ejércitos estaban equilibrados, aunque con una ligera ventaja para los griegos, ésa que hace que, en algunas competiciones deportivas, se lleve el partido el equipo que ha forzado la prórroga.

Si en la guerra la variable moral resulta determinante, todavía lo es más en la vida real. Sin ánimo de convertir la vida en una metáfora bélica, todos hemos experimentado alguna vez que muchas batallas cotidianas se ganan o se pierden dependiendo de cómo las afrontemos. Nos curamos antes si estamos animados, nos salen mejor las cosas si confiamos en nosotros mismos, tenemos suerte si somos optimistas, solucionamos los problemas si nos los tomamos como una oportunidad para mejorar, estamos más contentos si sonreímos, nos va mejor si creemos que nos va a ir mejor...

No hay nadie que a lo largo de su vida no se haya tenido que enfrentar, de una manera u otra, a sus Termópilas. El terrible ejército de Jerjes adopta múltiples formas: enfermedades, problemas laborales, fracasos personales, muerte de seres queridos, relaciones fallidas..., y se agolpa a las Puertas Calientes presionando para invadirnos. Tarde o temprano consigue romper la primera línea defensiva, pero si hemos sido capaces de sacrificar esos trescientos espartanos, si hemos luchado hasta el final, entrará más debilitado y nosotros estaremos mejor preparados para hacerle frente.

Lo que a los espartanos les llevó a las Termópilas fue el deber; lo que les hizo inmortales fue el honor; lo que los mantuvo firmes hasta el final fue el optimismo. Los persas no se esperaban que trescientos hombres les impidieran el paso por cumplir con su deber; no se creían que se estuvieran peinando la larga cabellera como si se prepararan para morir; no entendieron por qué Diéneces se alegró de que las

flechas les taparan el sol.

El optimismo de Diéneces no nos tiene que faltar nunca. Quizá no sirva para ganar batallas, pero sí, a la postre, para ganar la guerra. El optimismo consiste en saber buscar lo positivo de las cosas, como hizo el soldado espartano, que vio en la lluvia de flechas que iba a caer sobre él y sus compañeros no lo que tenían de asesinas sino que les podía procurar un cierto bienestar en la fragor de la batalla: siquiera un poco de sombra.

Tomarse la vida a lo Diéneces no significa que las flechas vayan a desviarse de su trayectoria. No. El optimismo no afecta a las flechas sino a los soldados. No son las circunstancias las que hacemos cambiar con nuestra forma optimista de ver las cosas, sino que somos nosotros los que cambiamos. Los dardos siguen acribillándonos pero lo hacen a la sombra.

El optimismo no ha de estar reñido con el realismo. No se trata de ver la botella medio llena cuando está medio vacía, sino de sacarle el mayor partido al líquido que queda. No debemos olvidar que siempre hay una senda Anopea por donde se suele colar la impertinente realidad.

Uno de los eslóganes de la reciente campaña publicitaria protagonizada por Pep Guardiola, entrenador del Fútbol Club Barcelona, es éste: «Todos debemos aspirar a ser el mejor, pero para lograrlo debemos contar con el apoyo de todos». Creo que los publicistas tomaron esa idea de aquellos trescientos soldados espartanos que lucharon en las Termópilas.

* * *

Heródoto cuenta que cuatrocientos navíos de la flota bárbara fueron destruidos por una violenta tempestad que duró tres días cuando estaba anclada en la costa de Magnesia. Los atenienses estaban convencidos de que habían sido sus sacrificios a Bóreas, el dios de los vientos, casado según la mitología con una mujer ática llamada Oritía, los que habían conseguido que las condiciones atmosféricas se pusieran de su lado. El historiador no lo ve muy claro y hace este comentario: «realmente no puedo afirmar si ésa fue la razón de que Bóreas se abatiera sobre los bárbaros mientras se hallaban fondeados» (VII, 189). El temporal amainó al cuarto día gracias a la inmolación al dios del viento de víctimas propiciatorias realizadas por los magos medos. A ese dato, Heródoto añade: «a no ser que, por otra razón cualquiera, el viento remitiera espontáneamente» (VII, 191).

Llama la atención la fina ironía que gasta el historiador en este tema. Las explicaciones religiosas, que ha admitido en otras ocasiones, aquí no le parecen suficientes. Quiere dejar claro que lo que le estaba pasando a Grecia no era obra de los dioses, sino de un hombre de carne y hueso que había decidido conquistarla. «No era un dios quien atacaba Grecia, sino un hombre» —dice en VII, 203—, razón por la cual se puede abrigar la esperanza de rechazarlo, pues —sigue diciendo— no existe

ningún mortal para quien no sea connatural la desgracia desde el mismo día de su nacimiento, es decir, que Jerjes, por muy grande que sea, es humano, y, como tal, puede caer.

La idea de la desgracia ligada a la naturaleza humana se repite a lo largo de la *Historia*. A todo hombre feliz le llega el infortunio y, cuanto más importantes son las personas, mayores los reveses. Esta visión de la naturaleza del ser humano la comparte también Sófocles (*Antígona*, 610-625). Es la ley del ciclo, de la que ya hemos hablado.

* * *

En una cultura del honor y la vergüenza, como lo era sin duda la espartana, sobrevivir a una muerte honrosa, como la tuvieron los que lucharon en las Termópilas, resultaba de lo más vergonzoso. Pantitas y Aristodemo debieron sentir la «culpa del superviviente», ese sentimiento de haber muerto para la comunidad justamente por haber sobrevivido a una desgracia común. El primero se colgó, el segundo se lanzó contra el enemigo a una muerte segura.

Leónidas y el resto de sus hombres, en cambio, murieron por salvar a la comunidad. Son héroes que se sacrificaron por todos. Un filósofo y apologista cristiano del siglo III d. C., llamado Orígenes, llegó a comparar la muerte de Leónidas con la de Cristo (*Contra Celso*, 217).



Era toda la recompensa que esperaba obtener un campeón en los Juegos Olímpicos. Una corona de olivo representaba el máximo honor, que correspondía a quien había vencido en la lucha, en la carrera, en el lanzamiento de disco o de jabalina. Era el mejor entre todos, el que había llevado una cualidad humana determinada a su máxima expresión. Un buen atleta hacía mejores a los demás seres humanos, por eso era coronado como ejemplo a seguir. A muchos de ellos se les colmaba de riquezas en sus respectivas ciudades, pero lo que realmente les hacía ricos eran esas hojas de olivo que llevaban con orgullo. Cuando los persas se enteran de esta costumbre, no pueden sino sentir temor, porque se percatan de que vienen a enfrentarse a hombres que no luchan por dinero, sino por amor propio.

Los aliados griegos, al igual que los persas, dividieron sus fuerzas entre efectivos terrestres y marinos. A las Termópilas sólo pudieron enviar siete mil hombres por dos razones: la primera, porque ese año se celebraban los Juegos Olímpicos, una fiesta religiosa panhelénica; la segunda, porque había que mantener un retén en cada ciudad para defenderla.

La flota griega, a las órdenes no del ateniense Temístocles sino del lacedemonio Euribíades, se dirigió hacia Artemisio, al norte de la gran isla de Eubea. Al contemplar las naves enemigas y enterados de la derrota de las Termópilas, tras algunas escaramuzas, decidieron retirarse. Entonces parte de los efectivos persas rodearon la isla para cortar la retirada griega, pero, para suerte de los aliados, les sorprendió una tormenta y naufragaron.

Las naves griegas se dirigieron hacia el golfo de Corinto y las persas se reorganizaban para perseguirlas. Por su parte, Jerjes pasó las Termópilas y se dirigía hacia Grecia central cuando se le presentaron unos desertores arcadios. El Gran Rey les interrogó sobre qué estaban haciendo los griegos que no le presentaban batalla.

—Están celebrando los Juegos Olímpicos —respondieron ellos—. Son unos certámenes atléticos que se celebran cada cuatro años.

—¿Y qué premio reciben los ganadores en esos torneos? —preguntó el rey.

—Una corona de olivo —dijo uno de ellos.

Al oír aquello, uno de los generales de Jerjes replicó:

—¡Con qué clase de gente venimos a combatir! ¡No compiten por dinero, sino por amor propio!

El grandioso ejército de Jerjes fue conquistando todas las ciudades de Grecia central hasta llegar a Atenas. Milagrosamente se salvó el santuario de Delfos y su gran tesoro. Parece que sus habitantes se refugiaron en el monte Parnaso y que las armas sagradas, que ningún ser humano podía tocar sin incurrir en sacrilegio,

aparecieron a la puerta. Además, dos enormes rocas cayeron sobre los invasores desde la cumbre de la montaña y se mostraron dos hoplitas griegos de un tamaño descomunal. Según los delfios se trataba de Fílaco y Autónoo, dos héroes mitológicos de la región.

Los persas arrasaron Atenas vacía y, tras una breve resistencia, tomaron la Acrópolis, defendida por los que se habían quedado por falta de recursos o porque creían que el muro de madera inexpugnable del que hablaba el oráculo era esa parte de la ciudad. Entonces, Jerjes se dirigió a contemplar la batalla naval que se disponía en el golfo de Corinto.

Los almirantes griegos discutían en asamblea si sería mejor llegarse hasta Corinto, por si había que defender el istmo, o quedarse en Salamina, isla donde se había refugiado la población de Atenas. Temístocles los convenció para entrar en combate allí mismo porque la estrechez del mar les beneficiaba. No obstante los aliados estuvieron a punto de echarse atrás. Para evitarlo, el mismo Temístocles provocó la batalla mandando un emisario al enemigo advirtiéndole de que si atacaba inmediatamente sorprendería a los griegos desprevenidos.

Los persas tragaron el anzuelo y abordaron a los aliados, pero la cantidad de embarcaciones no los hicieron superiores; al contrario, a veces chocaban entre sí y eran incapaces de mantener la formación. No así los griegos que, mucho más disciplinados y rápidos, hundieron gran cantidad de naves enemigas y al fin se alzaron con la victoria.

Jerjes contemplaba la batalla desde la orilla continental, sentado en su trono sobre el monte Egáleo. Cada vez que veía a uno de sus barcos hundir a uno enemigo, preguntaba quién era su almirante y hacía anotar su nombre para recompensarlo. Uno de ellos estaba gobernado por Artemisia, tirana de Halicarnaso, valiente entre los valientes. Al oír su nombre, el rey exclamó:

—Los hombres se me han vuelto mujeres y las mujeres, hombres.

Jerjes, ante la derrota sufrida, pensó en retirarse de Grecia. Pidió consejo a Mardonio y a Artemisia, que había sido nombrada «orosángas», es decir, bienhechora del rey. El primero le instó a quedarse, mientras que Artemisia le aconsejó que regresara a Susa y que dejara en Grecia a Mardonio para que la conquistara para él. Así lo hizo Jerjes, se dirigió hacia Tesalia y allí, Mardonio eligió los soldados que se quedarían para acometer, pasado el invierno, el ataque definitivo.

Antes de que Jerjes hubiera partido de Tesalia, los espartanos recibieron un oráculo según el cual debían exigir al Gran Rey una satisfacción por la muerte de Leónidas. Con tal fin enviaron un heraldo a Jerjes, el cual, al oírlo, se echó a reír y dijo:

—Aquí se queda Mardonio para darles la satisfacción que merecen.

Jerjes salió de Grecia casi huyendo. Con un ejército menguado llegó al Helesponto donde no encontró los puentes, que habían sido destruidos por una tempestad, y tuvo que cruzar en barcas. Regresó a su patria habiendo incendiado

Atenas, pero sin haber sometido, todavía, a Grecia (VIII, 28-120).

MAESTRA DE LA VIDA

Al oír que los vencedores en los Juegos Olímpicos recibían como premio una corona de olivo, el general de Jerjes siente temor, porque los griegos combaten «por amor propio», literalmente, «por *areté*». El arma que más temen los persas de sus enemigos es la *areté*, es decir, la virtud griega: un escudo que no hay lanza que lo atraviese, una espada que no tiene igual que la detenga, una coraza que protege un pecho henchido de nobles sentimientos.

Nuestro concepto «virtud» no consigue traducir exactamente el sentido de lo que los griegos llamaban *areté*. Werner Jaeger, en su obra ya clásica, *Paideia*, dice que «la palabra *virtud* en su acepción no atenuada por el uso puramente moral, como expresión del más alto ideal caballeresco unido a una conducta cortesana y selecta y al heroísmo guerrero, expresaría acaso el sentido de la palabra griega» (p. 21).

Jaeger analiza el concepto de *areté* en la Grecia arcaica y clásica. Se encuentra, en primer lugar, en Homero, para designar la excelencia humana, la nobleza y el señorío del héroe. En la *Ilíada* aparece como fuerza, destreza y valor, mientras que en la *Odisea* significa también la valentía unida a la habilidad. La palabra está emparentada con *aristoi*, los mejores. El hombre virtuoso tiene un alto sentido del deber y se aplica a sí mismo una medida elevada y rigurosa: «ser siempre el mejor y mantenerse superior a los demás» (*Ilíada*, VI, 208, XI, 784).

La *areté* evoluciona desde la originaria destreza guerrera hasta transformarse en nobleza de espíritu. Al virtuoso le mueve el honor, no busca recompensa material alguna —«no compiten por dinero», alerta el oficial persa—, sino el elogio de sus semejantes y el afán de distinguirse. «En cierto modo —escribe Jaeger— es posible afirmar que la *areté* heroica se perfecciona sólo con la muerte física del héroe. Se halla en el hombre mortal, es más, es el hombre mortal mismo. Pero se perpetúa en su fama, es decir, en la imagen de su *areté*, aun después de la muerte, tal como le acompañó y lo dirigió en la vida» (p. 26). Nada hay tan temible como un hombre así educado.

Éste es el amor propio que tanto temían los persas. No es egoísmo, sino un sentimiento enaltecido por un ideal sublime, la renuncia de todo por, en palabras de Aristóteles, «apropiarse de la belleza». Ser coronado por una rama de olivo representa eso: haberse apropiado de la belleza en algún sentido, haber contribuido a elevar el concepto que la humanidad tiene de sí misma, haberle ganado la partida a la vida mortal, haber alcanzado el premio de una gloria perdurable, haber conseguido la inmortalidad.

Quizá la expresión que mejor traduce en nuestros días la palabra griega *areté* sea la de «espíritu olímpico». Los atletas que compiten con ese «espíritu» tienen algo de héroes homéricos y mucho de esa nobleza y excelencia humanas que les hace

superarse a sí mismos para llegar a ser modelos para todos. No los coronamos con una rama de olivo (excepción llevada a cabo en los Juegos Olímpicos de Atenas en 2004), sino con medallas de oro que valen infinitamente más de lo que pesan.

* * *

Los antiguos griegos dividían el tiempo en Olimpíadas. Los Juegos Olímpicos se celebraban cada cuatro años en la ciudad de Olimpia, situada al noroeste del Peloponeso. El 480 a. C., cuando se celebraron los acontecimientos referidos en este capítulo, fue año olímpico, en concreto, la 75 Olimpíada. Ahora (2011) estamos en el año cuarto de la 696 Olimpíada.

Los Juegos Olímpicos de la Edad Moderna se inauguraron en 1896, en Atenas. La bandera Olímpica fue diseñada por el Barón Pierre de Coubertín en 1913. Su lema, «*Citius, altius, fortius*», más rápido, más alto, más fuerte, expresa la *areté* de quien ha de ser coronado con la guirnalda de hojas de olivo o recibir la medalla de oro. La primera antorcha olímpica se encendió en los Juegos de Ámsterdam en 1928. El fuego representa el espíritu olímpico que convoca a todos los atletas que quieran competir por ser más rápidos, por llegar más alto, por ser más fuertes.

Cuenta Heródoto (II, 160) que algunos griegos naturales de Elea fueron a Egipto a consultar a los sacerdotes, pues tenían fama de sabios, si podían mejorar las reglas que regían los certámenes olímpicos. Los sacerdotes preguntaron quiénes podía participar en dichos juegos. Los eleos dijeron que cualquier ciudadano tanto de Elea como extranjero podía tomar parte. Entonces los sacerdotes concluyeron que las reglas atentaban gravemente contra la justicia. Extrañados por la respuesta, los emisarios de Elea preguntaron por qué las estimaban injustas. Los sacerdotes respondieron que la razón era que, en tales circunstancias, no había medio alguno de evitar que los eleos favorecieran a sus compatriotas. La solución pasaba por que sólo admitieran atletas extranjeros. Parece que ya en la Antigüedad los árbitros tiraban para casa.

Las Olimpíadas estaban tan presentes en Grecia que cuando el lacedemonio Euribíades, por petición de Temístocles, convoca una nueva asamblea de los almirantes aliados para convencerles de que no se retiren al istmo, sino que luchen en Salamina, el general ateniense, ansioso por hablar, se adelanta tomando la palabra cuando no le correspondía. Entonces, el estratego corintio Adimanto le recrimina de esta manera: «Temístocles, en las pruebas atléticas quienes toman la salida antes de la señal son apaleados». A lo que el ateniense responde: «En efecto, pero quienes se quedan rezagados no se llevan la corona» (VIII, 59).

Las sanciones durante los juegos las imponían los *helanódicas* o árbitros y las ejecutaban los *rabducos*, policías ataviados con varas.

La asamblea de los griegos acaba con esta reflexión de Temístocles: «El éxito, en suma, suele sonreír por lo general a las personas que toman decisiones sensatas»

(VIII, 60).



Los griegos estaban prendados de la libertad. La amaban tanto que no podían ceder a las pretensiones de Mardonio, el lugarteniente de Jerjes que se había quedado en Grecia para doblegarla de una vez por todas. El persa dispone de la fuerza de las armas y de un gran ejército de mercenarios, pero sus contrincantes cuentan con un poder invisible que los hace casi invencibles: la pasión por la libertad. Si la fe mueve montañas, esa pasión detiene ejércitos, resiste asedios, gana batallas. Mardonio confía en la victoria porque ignora que lucha contra soldados enamorados. Creo que los griegos pensaban como William Wallace en la película *Braveheart* (Mel Gibson, 1995), que la vida sin libertad no tiene sentido. Seguramente, los estrategos helenos arengaron a sus hoplitas con las palabras del escocés: «Podrán quitarnos la vida, pero jamás nos quitarán la libertad».

Tras la victoria de Salamina, los griegos se repartieron el botín. Lo primero que hicieron fue ofrecer las primicias a los dioses y después se reunieron en el istmo de Corinto con el fin de elegir al griego más valeroso, al que más había destacado en la batalla. Todos los generales depositaron su voto en el altar de Poseidón, donde un año antes se habían reunido para planear la resistencia. Debían escribir dos nombres: el de los dos almirantes que con mayor valentía y destreza habían luchado.

Ocurrió que todos escribieron su propio nombre, pues cada cual se consideraba a sí mismo el más valiente, y la mayoría añadió el de Temístocles en segundo lugar. Mientras que todos los generales obtuvieron un solo voto —el suyo propio—, el ateniense recibió el que más, por lo que se llevó la distinción de hombre más astuto de Grecia.

Acto seguido Temístocles fue llevado a Esparta donde se le rindieron grandes honores. Le fue concedido, junto a Euribíades, el premio al valor y la corona de olivo, amén de regalarle el mejor carro de la ciudad y escoltarlo hasta la frontera por trescientos caballeros de elite.

Cuando llegó a Atenas, Temístocles se encontró una ciudad en plena reconstrucción y a uno de sus enemigos, un tal Timodemo de Afidnas, un ciudadano poco destacado, quien le recriminó de la siguiente manera:

—Esas distinciones que te han hecho los lacedemonios las has obtenido no por tus méritos personales, sino por representar a Atenas.

Como Timodemo no cesaba en sus críticas, Temístocles le contestó:

—Es verdad, si hubiera sido de un lugar desconocido no habría recibido tantos honores, pero tú, aunque hubieras sido ateniense, tampoco.

Durante el invierno, Mardonio se preparó para la que él creía que sería la embestida definitiva contra Grecia. Antes de acometer el ataque envió al rey

Alejandro de Macedonia a Atenas con la siguiente misiva:

—El rey Jerjes os perdona si deponéis las armas. Os promete respetar vuestra autonomía y restaurar los santuarios que incendió a su paso. Y yo os digo que nada tenéis que hacer contra un ejército muy superior al vuestro. Firmad la alianza con nosotros y conservad la vida.

Pero los espartanos, que se enteraron de que Alejandro de Macedonia se iba a entrevistar con los atenienses de parte de Mardonio, mandaron también emisarios para advertirles de que no pactaran con los persas, sino que les hicieran frente sin miedo, ya que ellos y sus aliados estaban de su parte dispuestos a iniciar una nueva guerra.

Mardonio recibió, por boca de Alejandro, una negativa de los atenienses:

—Prendados como estamos de la libertad no podemos ceder a las pretensiones de Jerjes.

Seguidamente, tranquilizaron a los embajadores espartanos:

—Comprendemos vuestras dudas, pero no temáis nada, porque no hay en toda la tierra oro suficiente para esclavizar a la Hélade (VIII, 121-125, 140-144).

MAESTRA DE LA VIDA

El correveidile a las órdenes de Mardonio, nada más y nada menos que el rey Alejandro de Macedonia, no le puede llevar una respuesta menos halagüeña: ¡los griegos prefieren la libertad! Eso significa que van a luchar hasta el final, porque el que ama la libertad desprecia incluso la propia vida. Ningún valor es tal alto; ningún principio, tan fuerte; ningún deseo, tan deseado.

Ya le había advertido con anterioridad Demarato a Jerjes que los griegos son los mejores guerreros de la tierra pues, «pese a ser libres, no son libres del todo, ya que rige sus destinos un supremo dueño, la ley, a la que, en su fuero interno, temen mucho más, incluso, de lo que tus súbditos te temen a ti» (VII, 104). Los helenos no entienden la libertad como la entiende el rey de Persia, como no estar sujeto a nada, sino como un señorío que él no es capaz de entender. Los griegos tienen un «fuero interno» que no puede ser asaltado por las armas, sino sólo por la fuerza del deber de obedecer a unas leyes justas que ellos mismos han establecido. El hombre libre es capaz de responder por sí mismo ante la ley, ha asumido una responsabilidad que ningún súbdito de ningún rey puede asumir. Por la libertad luchará a vida o muerte porque en ello le va mucho más que la vida o la muerte: le va su dignidad.

Por eso, el caballero de La Mancha habla a su escudero de esta manera: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encumbra; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida» (Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, II, 58).

Quien prefiere salvar la vida aun a costa de perder la libertad es que ha perdido

ese gen que nos entronca con los antiguos griegos. Porque sin ella no se puede vivir realmente como ser humano: sólo se subsiste. Ya lo cantaba Miguel Hernández, el poeta del pueblo: «Para la libertad sangro, lucho, pervivo». Aunque Bismark decía que «la libertad es un lujo que no todos pueden permitirse», Manuel Azaña pensaba que «no hace felices a los hombres, sino que los hace sencillamente hombres».

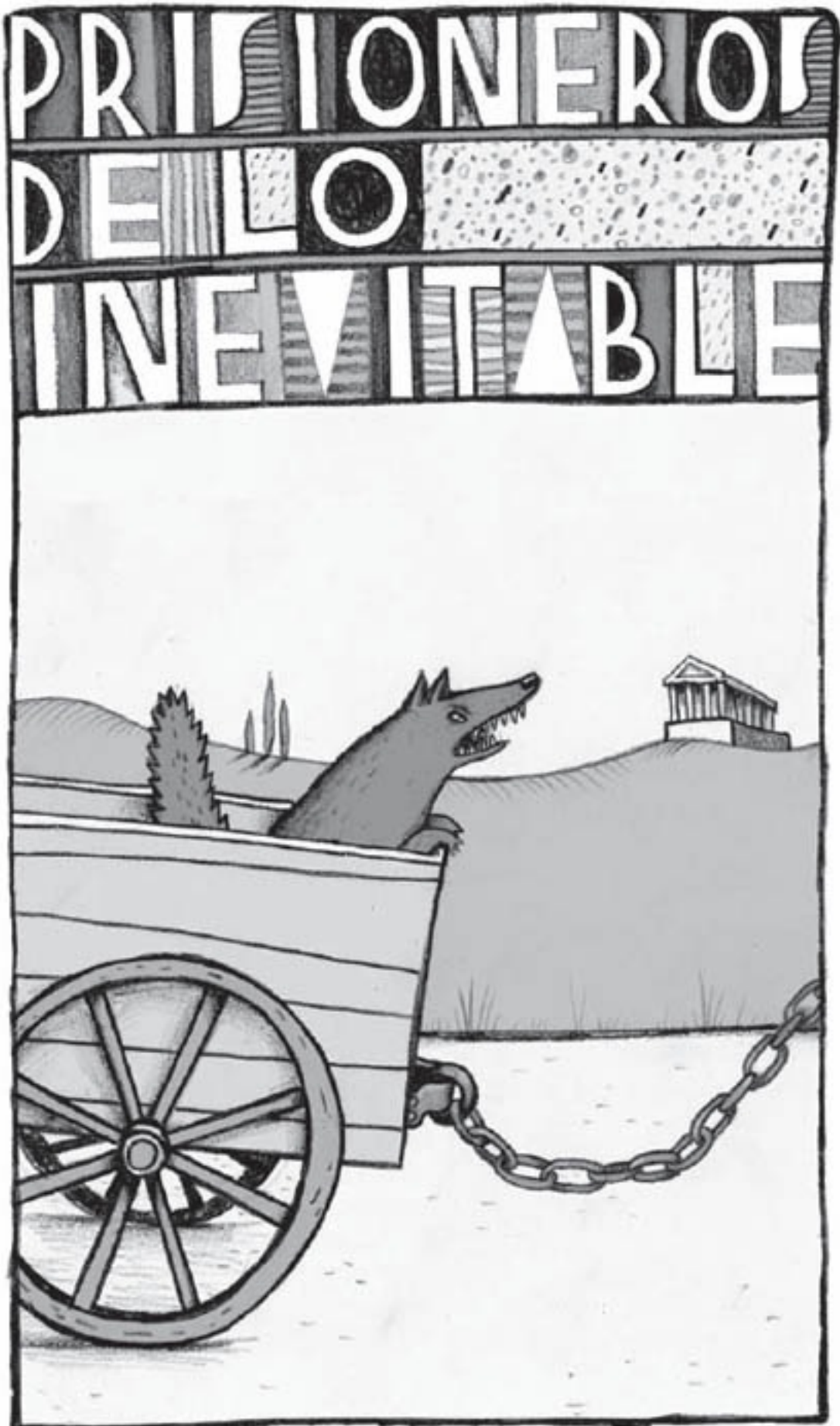
* * *

La votación en la que los generales griegos eligieron a Temístocles como el hombre más valeroso de entre los aliados llegó a ser legendaria. Plutarco la adorna diciendo que todos pusieron su nombre respectivo en la tablilla y votaron a Temístocles en segundo lugar, lo cual supone que el ateniense hubiera consignado su nombre dos veces (*Temístocles*, 17, 2).

El mismo autor refiere que en la siguiente Olimpíada, tres años después de la victoria de Salamina, Temístocles se dio un baño de multitudes y que los espectadores en vez de atender a los contendientes le miraban a él y le mostraban gran admiración y aplausos. Tal fue su regocijo que confesó a sus amigos que con lo que había recibido aquel día ya había cogido el fruto de cuanto por Grecia había trabajado.

* * *

La anécdota de Timodemo de Afidnas la recoge posteriormente Platón al inicio de la *República* (329e-330a) y la utiliza para explicar que la vejez es siempre penosa porque «ni el hombre discreto puede soportar fácilmente la vejez en la pobreza, ni el insensato, aun siendo rico, puede estar en ella satisfecho», suponiendo la analogía entre ser rico o pobre con ser de Atenas o de fuera. La misma anécdota, probablemente tomada de Platón, cuenta Cicerón en su diálogo *De senectute*. Lelio pregunta a Catón si para él, que es rico y goza de buena posición, le es más llevadera la ancianidad. Éste responde con la anécdota de Timodemo y Temístocles: «ni aun para el sabio es leve la vejez en la extrema indigencia, ni al necio, a pesar de hallarse en la opulencia, puede dejar de serle pesada y molesta» (*De la vejez*, III, 8).



Así es como se sienten los persas ante la definitiva batalla de Platea: atados de pies y manos por lo inevitable. Y así es como nos sentimos todos ante lo que nada podemos hacer por cambiar. Sin embargo, que tengamos las manos atadas no significa que debamos permanecer con los brazos cruzados; que llevemos los pies encadenados tampoco impide que podamos avanzar, aunque sea con dificultad. Hemos de aceptar lo ineludible, no nos queda otro remedio, pero nunca darnos por vencidos. Quizá la mejor actitud sea la del teólogo americano Reinhold Niebuhr (1892-1971), quien pedía a Dios «serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, fortaleza para cambiar lo que sí puedo y sabiduría para distinguir la diferencia». Sabiduría, fortaleza y serenidad: se necesitan las tres para ganar batallas, también las de la vida.

A Mardonio no le sentó nada bien el mensaje que le trajo el rey Alejandro. Rápidamente tomó su ejército y se encaminó hacia el Ática. Desoyendo los consejos de los tebanos, llegó por segunda vez a Atenas, donde tampoco encontró a nadie, pues todos sus habitantes se habían recluso, una vez más, en la isla de Salamina.

El comandante persa, pensando que su presencia intimidaría a los atenienses, envió un emisario para proponerles la rendición. Pero no fue aceptada. Un miembro de la *bulé* o consejo ateniense, llamado Lícides, manifestó que lo mejor era aceptar las condiciones de Mardonio. Al oírlo todos montaron en cólera y lo acribillaron a pedradas.

Entonces, desde Salamina, los atenienses pidieron ayuda a Esparta y los espartanos enviaron su ayuda. Cinco mil soldados, con siete ilotas por persona, a las órdenes de Pausanias, se pusieron en marcha hacia el istmo de Corinto. Al enterarse Mardonio de la negativa de rendición de los atenienses y de que el ejército espartano iba hacia él, se dio prisa en salir del Ática hacia Beocia para evitar quedar enclaustrado y porque además aquella región no era apta para desplegar su caballería. Al salir incendió Atenas.

Mardonio estableció su campamento al norte de Platea, mientras que los aliados se reunieron en Eleusis. Al ver marchar a los espartanos, los peloponesios se unieron al ejército al igual que los atenienses, que pasaron de Salamina al continente. Los efectivos griegos avanzaron hacia el suroeste de Platea y tomaron posiciones al pie del monte Citerón.

Entre tanto, Atagino de Tebas organizó un festín en honor a Mardonio. Al banquete acudió el comandante persa con toda su plana mayor y también cincuenta nobles tebanos. En la sobremesa uno de los generales persas se sinceró con Tersandro de Orcómeno (quien contó la anécdota a Heródoto) y le habló de esta guisa:

—¿Ves estos persas que asisten al banquete y el gran ejército que tenemos acampado? Pues en breve plazo comprobarás que sólo quedan unos pocos. Muchos persas sabemos que no vamos a ganar, pero aun así seguimos adelante, porque lo que por voluntad divina se ha de cumplir, no está al alcance del ser humano evitarlo, pues somos prisioneros de lo inevitable.

Como los aliados no bajaban a la llanura, Mardonio envió a su caballería, que estaba a la orden de Masistio, un hombre de gran prestigio entre los persas. Los griegos pudieron repeler la embestida y mataron a Masistio. Cuando se enteraron de su muerte, los jinetes enemigos retrocedieron y todo el campamento persa lloró su pérdida, pues era uno de los generales más respetados y queridos. Dicen que el eco de los interminables lamentos se extendió por toda Beocia.

Los aliados bajaron a la llanura plateense y se posicionaron para recibir a los persas. Los griegos eran ciento diez mil hombres, mientras que los bárbaros casi los triplicaban. Ambos bandos esperaron a tener vaticinios favorables. Mardonio no los tuvo. Pero, temiendo que su flota sucumbiera ante la fuerza naval griega y quedara incomunicado con Asia, decidió atacar por sorpresa. Los helenos fueron alertados de las intenciones de Mardonio por el rey Alejandro de Macedonia, algo que aprovechó Pausanias para reorganizar la defensa.

En el fragor del combate, el espartano Arimnesto hirió de muerte a Mardonio. Al ver a su general muerto, los persas huyeron a la desbandada. Había acabado la batalla de Platea y la segunda de las guerras Médicas, esas que durante años enfrentaron a bárbaros y griegos y que dieron pie a Heródoto a escribir su *Historia* (IX, 1-65).

MAESTRA DE LA VIDA

Volvamos al carro alado de Platón, al que ya nos hemos referido anteriormente (cap. 18). Las tres virtudes nombradas en la Entrada son necesarias para que nuestro carro siga volando. La fortaleza del caballo negro la necesitamos para realizar lo posible; la serenidad del blanco, para aceptar lo imposible; la sabiduría del auriga, para distinguir entre lo posible y lo imposible.

No es una distinción baladí. Muchas personas son infelices justamente por afanarse en conseguir lo imposible, por no aceptar las limitaciones, por no saber renunciar a lo inalcanzable. Otras muchas lo son igualmente por rendirse antes de siquiera haberlo intentado, por ser pusilánimes, por no alargar la mano cuando la felicidad pasa a su lado.

La serenidad necesita de la fortaleza, y la fortaleza, de la serenidad. No basta con resignarse, también hay que acometer. Para ser felices no es suficiente con renunciar a lo inevitable; necesitamos a la vez emprender viajes de exploración para encontrar lugares donde lo inevitable no haya colocado su coto. Ante la señal de prohibido el paso debemos detenernos, pero no abandonar, sino buscar otras alternativas.

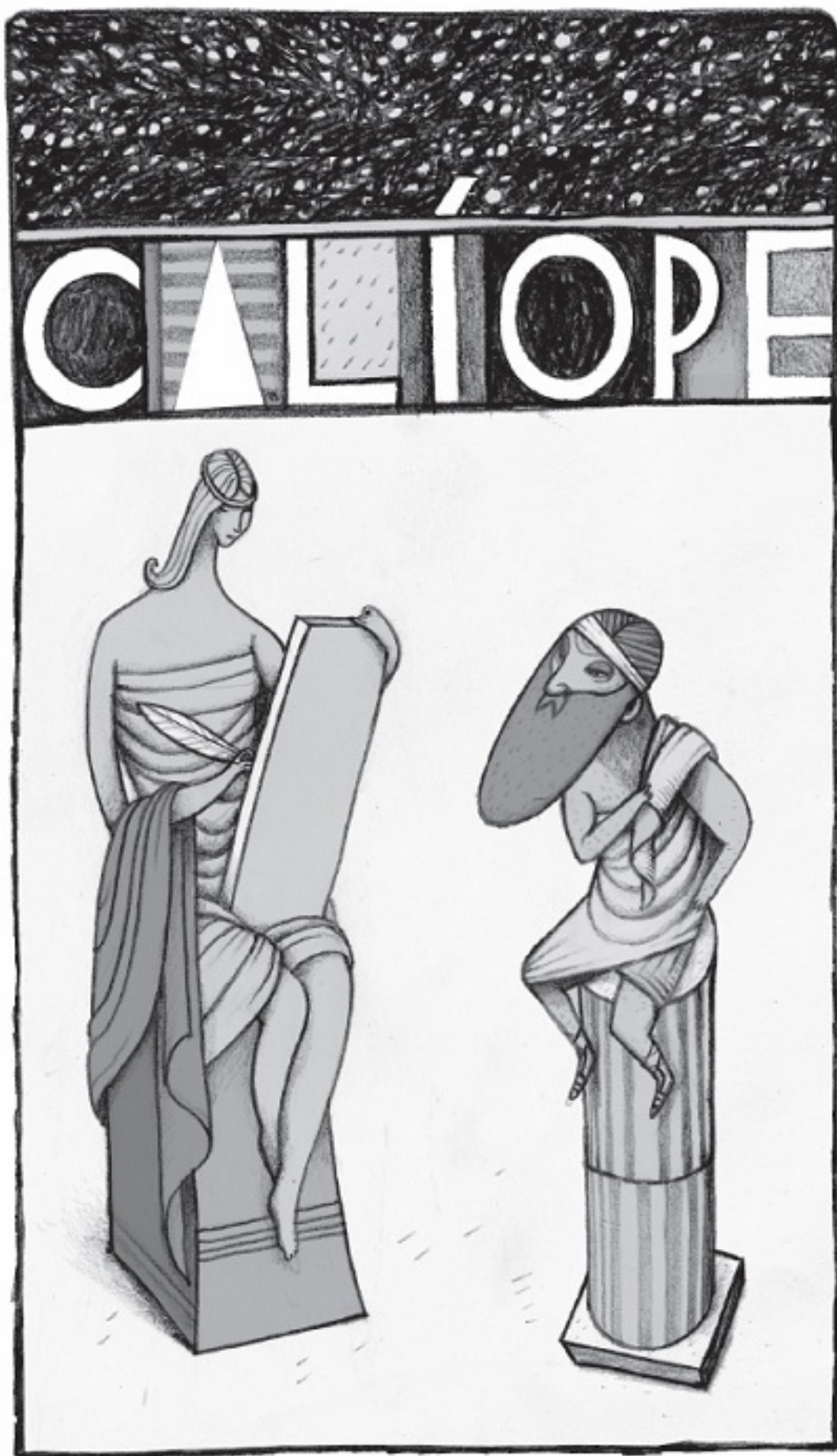
La doctrina ética que ha apostado por la serenidad y la resistencia ha sido el

estoicismo. El estoico pregonaba el autodomínio ante la adversidad, el sometimiento resignado al destino, la búsqueda de un refugio en el interior de cada cual donde poder pasar de la mejor manera posible las inclemencias de la vida. La imagen que nos ha dejado la ética estoica es la de un perro atado a un carromato. El pobre animal, si quiere salvar el pescuezo, debe seguir al carro de buena o mala gana. Si se opone al rumbo del carro al que va atado, sólo puede acabar de una manera: ahorcado. El pobre chucho se resigna y camina a la rueda: no le queda otro remedio que hacer suyo lo inevitable.

Existe otra filosofía que ha optado por el ataque, por la oposición, por la fuerza. Nuestro perro no se conforma con ir detrás del carro y lucha lo indecible por liberarse de su atadura. Aun a riesgo de morir ahogado, no se resigna y muerde con rabia la correa. A veces consigue desatarse y entonces puede tomar otros caminos, darse media vuelta o ir a campo través. Entonces, él decide sobre su destino, puede hacer lo que quiera. Aunque ha perdido la serenidad —conseguirlo de forma sosegada hubiera resultado imposible—, se siente fuerte y poderoso, un ser superior, un superhombre. Ésta es la propuesta de Nietzsche.

Ese pobre chucho atado al carromato es, tanto para el estoicismo como para la filosofía de Nietzsche, el hombre. Ante el destino, el ser humano sólo puede optar por resignarse serenamente o por intentar romper la correa y convertirse en superhombre. No cabe una tercera opción... o quizá sí.

Creo que el perro puede hacer algo más que resignarse o jugarse el cuello: puede subirse al carro, en sentido literal, y llevar él las riendas. Se convierte así en auriga, en cochero y, como en el mito de Platón, conduce con serenidad a un caballo y con fortaleza al otro. El perro se hace sabio y distingue cuándo debe atizar al corcel blanco y cuándo serenar al negro. Él es el dueño de su propia vida, ya no va detrás arrastrado por el destino, sino que es él quien lo capitanea. Claro que en el camino habrá baches que no podrá eludir y tendrá que tomarlos con mucho cuidado para no romper los ejes, esos que a la vez que nos unen al camino nos elevan del suelo.



Es la Musa de la poesía épica y el título que la edición alejandrina le dio al noveno y último libro de la *Historia*. Los ocho anteriores los bautizaron con los nombres de sus hermanas: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia y Urania. Quizá los editores pensaron que las inspiradoras de las artes habían tenido mucho que ver en la gran obra del primer prosélito de Clío, la Musa de la historia. Acabar con Calíope, «la de bella voz», simboliza lo que tal vez quiso Heródoto que significara su «investigación»: un gran poema épico que dijera la verdad. La *Historia* no tiene la forma de un poema pero sí todos los ingredientes de una epopeya, protagonizada no por héroes mitológicos, como en la *Ilíada* y la *Odisea*, sino por hombres de carne y hueso. Grecia contaba con una extraordinaria mitología; ahora ya tenía su historia.

Como era costumbre, tras la victoria en Platea los aliados griegos se repartieron el botín, que no era nada insignificante, pues como hemos dicho, los persas acostumbraban a llevar consigo joyas y oro. El diezmo de lo obtenido lo ofrendaron a los santuarios de Delfos, Olimpia y Corinto. A Delfos se regaló un trípode de oro, a Olimpia una estatua broncea de Zeus de cuatro metros y medio y al santuario del Istmo, una de Poseidón de más de tres metros.

Cuando Pausanias llegó al campamento de Mardonio, que los persas habían abandonado a toda prisa en su huida, quedó maravillado del lujo en que vivía su enemigo y quiso hacer un experimento. Ordenó a los mayordomos de Mardonio que le prepararan una comida como tenían costumbre servírsela a su señor, y a sus propios sirvientes que le presentasen un banquete a la laconia. Los primeros le ofrecieron exquisiteces culinarias en platos de oro y plata sobre manteles bordados y con una suntuosidad nunca vista. Los segundos, por su parte, le sirvieron una «sopa negra», típica en las comidas comunales espartanas, compuesta por carne de cerdo guisada con sangre y condimentada con sal y vinagre. Al ver los dos banquetes, Pausanias llamó a los otros generales griegos y les dijo:

—Mirad qué insensatos son los medos que teniendo estos ricos manjares, han venido a nuestra patria a arrebatarlos los nuestros, tan míseros.

Los griegos, como es también costumbre después de una batalla, enterraron a los caídos. Cada nación sepultó a los suyos y colocó una lápida conmemorativa. Las ciudades que no habían participado en Platea se sintieron avergonzadas, por lo que con posterioridad a estos hechos, erigieron túmulos vacíos pensando en las generaciones venideras.

Repartido el botín y enterrados los muertos, los griegos asediaron Tebas, ciudad que había pactado con los persas. Los tebanos entregaron a los políticos filopersas y

Pausanias perdonó a la ciudad. A los prisioneros los mandó ejecutar por traidores.

Por su parte, Artabazo ya había llegado con los supervivientes del ejército persa a Tesalia. A marchas forzadas, con sus tropas diezmadas por el hambre y la fatiga, llegó por fin al estrecho del Bósforo, desde donde pasó a Asia. Quiso cruzar por el norte por miedo a que el Helesponto estuviera tomado por la flota griega, como era la verdad.

Mientras se libraba la batalla de Platea, al otro lado del Egeo, en Mícala, un promontorio frente a la isla de Samos, se produjo el último y definitivo ataque de la flota griega comandada por Leotíquidas. Los aliados prendieron fuego a las naves persas y persiguieron al enemigo por tierra hasta acabar con él.

Tras Platea y Mícala, los jonios se levantaron contra el Imperio persa, destituyeron a los tiranos puestos por Jerjes y se aliaron con los griegos. Los espartanos eran partidarios de que los jonios abandonaran sus ciudades y pasaran a la Grecia continental; sin embargo, los atenienses no estaban dispuestos a dejar a sus hermanos desprotegidos ante Persia, así que les prometieron protección. La flota ateniense zarpó hacia el Helesponto para neutralizar a los últimos reductos persas y arrebatárles el control de la zona. Mientras Leotíquidas regresaba a Esparta, el general ateniense Jantipo, padre de un tal Pericles —quien tendrá gran protagonismo en la Atenas de los próximos años—, ponía cerco a la ciudad de Sesto, en el Quersoneso, donde se habían refugiado los persas.

Al fin cayó Sesto y los atenienses pudieron volver a su patria. Entre el botín que capturaron se llevaron consigo los cables de los puentes que años atrás había mandado construir Jerjes para pasar a Europa. Esos cables junto a los mascarones de proa y popa de los navíos enemigos fueron consagrados en Delfos. Grecia seguía siendo libre (IX, 80-106, 114-121).

MAESTRA DE LA VIDA

Según Pausanias las diferencias entre los bárbaros y los griegos, entre Asia y Europa, entre Oriente y Occidente, se muestran en la mesa. Mientras los primeros no reparan en lujos y llenan los manteles con todo tipo de exquisitos manjares presentados en platos y copas de oro, los segundos comen de manera frugal un plato poco delicado pero nutritivo. Unos viven para comer mientras que los otros comen para vivir. Los persas se dan la buena vida; los griegos buscan la vida buena.

Se ha de tener en cuenta que Pausanias era espartano, sobrino de Leónidas, para más señas, lo cual hace que tenga una visión de Grecia un tanto sesgada. Esparta no es toda la Hélade. Aunque la forma de vida asiática era, en general, más lujosa y refinada que la europea, no por ello los griegos, y después los romanos, despreciaban la buena mesa. Quizá lo que hicieron tanto unos como otros fue compaginar la vida espartana del día a día con el boato de las grandes ocasiones.

No hay que olvidar que Síbaris, de donde procede la palabra «sibarita», era

colonia griega en la Magna Grecia, al sur de la península itálica. La ciudad era tan rica que disponía de canales que llevaban vino y sus habitantes estaban tan acostumbrados al lujo y la comodidad que prohibían trabajar a los carpinteros porque les molestaba el ruido de los martillos. Cuentan que un tal Esmindírides tenía mil cocineros y que se desveló una noche porque uno de los pétalos de rosa sobre los que dormía estaba arrugado. El sibarita hizo azotar al esclavo que le había hecho la cama (Javier Negrete, *La gran aventura de los griegos*, p. 171).

Síbaris fue derrotada por Crotona a finales del siglo VI a. C. y los soldados la destruyeron totalmente. Sobre sus ruinas se levantó la ciudad de Turios, donde, según parece, murió Heródoto.

También hay que recordar que los romanos eran muy amigos de las grandes comilonas. No hay más que repasar la cena que ofreció el liberto Trimalción a sus comensales según la narración de Petronio en su novela *El Satiricón*.

En Roma eran famosas las cenas cotidianas de Lucio Licinio Lúculo, cónsul en 74 a. C. Parece que suponían un derroche de riqueza, no sólo por los manjares que siempre llenaban los platos, sino porque éstos, como los cubiertos, eran de oro y piedras preciosas. Cuentan que un día que cenaba solo, sus criados le pusieron una mesa con una comida modesta. Lúculo se enfadó muchísimo, llamó a su mayordomo y le preguntó por qué le había ofrecido una cena tan ridícula. El criado contestó que al no haber invitados creía que no era necesaria tanta ostentación. Entonces Lúculo le dijo sorprendido: «¿Cómo? ¿No sabías que hoy Lúculo cena con Lúculo?», y se hizo servir un soberbio banquete que disfrutó en solitario.

* * *

Hemos comenzado hablando de la memoria y tenemos que acabar hablando de ella. Sin memoria no habría historia y sin historia perderíamos la memoria. Quizá, cuando los editores alejandrinos de la obra de Heródoto pusieron a cada libro el nombre de una Musa, lo hicieran porque las nueve deidades eran hijas de Zeus y la titánide Mnemosine, la diosa de la memoria.

La tradición mitológica dice que las diosas de las artes y las ciencias nacieron tras nueve noches de amor entre Zeus y Mnemósine. Aquel encuentro amoroso entre el poderoso padre del cielo y la diosa de la memoria resultó ser primero nefasto y después venturoso para el ser humano. Según parece, antes de entrar en conocimiento con Zeus, la titánide se ocupaba de hacer que los hombres sólo recordaran las experiencias positivas y que las negativas cayeran en el olvido, pero tras el nacimiento de sus hijas, Zeus abandonó a Mnemosine y se instaló en el Olimpo, de modo que la pobre titánide se pasaba el tiempo recordando a su amado y permitió que los recuerdos negativos asaltaran a los humanos.

La diosa de la memoria se dio cuenta de que estaba desatendiendo a los pobres mortales, pero no podía evitar estar de continuo ocupada en recordar sus amores con

el dios del Olimpo, no en vano era la personificación de la memoria. Aconsejada por sus padres, Urano y Gea —el Cielo y la Tierra—, enseñó a sus hijas todas las ciencias y las artes y las envió a inspirar a los hombres. De esta forma, el ser humano escribió grandes epopeyas que le sirvieron para recordar sus hazañas, inventó la historia para controlar sus recuerdos, la pantomima, la flauta y la danza para expresar la belleza, compuso bellos poemas para alentar sentimientos nobles, representó tragedias para enclaustrar el dolor, comedias para desatar la risa, y aprendió a leer en el cielo los designios de la divinidad.

Necesitamos recordar y olvidar. Necesitamos una memoria selectiva que nos salve del exceso de remordimiento, ese gusano que nos corroe por dentro; que nos diga mentiras piadosas, ésas que se apiadan de nosotros; que nos haga mirar atrás cuando los fantasmas que nos persiguen se hayan escondido.

Necesitamos recordar tanto como olvidar. «Sin capacidad de olvido —escribió Nietzsche en *La genealogía de la moral*— no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, *ningún presente*». Es aquí donde intervienen las Musas para inspirarnos la belleza, única arma contra el constante martilleo del pasado. Ellas, y las voces por ellas inspiradas, funcionan como analgésicos de la penosa condición humana y nos alivian de los sufrimientos de una vida mortal.

* * *

Cuentan que oyendo recitar a Heródoto durante los Juegos Olímpicos del año 544 a. C., a un tal Tucídides se le despertó la vocación de historiador. Ojalá estas páginas aviven en el lector el aprecio por esa maestra de la vida que es la historia.

Cronología de la antigüedad

- 776 Primera Olimpíada.
- 700 Midas, rey de Frigia.
Mirso, rey de Lidia.
Candaules, rey de Lidia.
- 678 Giges, rey de Lidia.
- 675 Ardis, rey de Lidia. Invasión de los cimerios.
- 650 Reacción lidia.
- 627 Conquista por parte de Lidia de Esmirna y de otras ciudades griegas del litoral jónico, excepto Mileto. Periandro, tirano de Corinto.
- 625 Persas, pueblo iranio, vasallos del Imperio asirio. Imperio neobabilonio (Nabopolasar).
- 614 Destrucción de Assur, capital asiria, por los medos coaligados con los babilonios.
- 612 Sucumbe Nínive.
- 605 Nabucodonosor.
- 586 Caída de Jerusalén.
- 585 Eclipse solar predicho por Tales de Mileto (28 de mayo). El rey meda Ciajares interrumpe la batalla contra los lidios en el río Halis sorprendido por el fenómeno. Muere Periandro de Corinto.
- 570 Muere Apries, rey de Egipto. Le sucede Amasis.
- 560 Creso, rey de Lidia. Pisístrato, tirano de Atenas.
- 556 Sucumben los medos ante la hegemonía persa.
- 550 Ciro II el Grande se alza contra Astiajes, rey medo, y funda el Imperio persa de los aqueménidas.
- 546 Batalla del río Halis. Derrota de Creso, rey de Lidia, aliado de Astiajes.
- 539 Tras someter a las polis griegas de la costa jónica (Mileto pacta con Persia), Ciro marcha contra Babilonia y la conquista.
- 535 Polícrates, tirano de Samos. Poderío naval samio.
- 529 Muere Ciro. Cambises.
- 525 Batalla de Pelusio: Cambises conquista Egipto.
- 522 Muere Cambises. Darío I.
- 521 Muere Polícrates a manos del sátrapa de Sardes. Revuelta en Babilonia.
- 520 Darío reconquista Babilonia.
- 519 Darío inicia la construcción de Persépolis.
- 517 Samos cae en poder de los persas.
- 513 Expedición de Darío hacia Escitia. Cruza el Istro (Danubio).
- 508 Institución de la democracia en Atenas. Reformas de Clístenes.

- 499 Se inicia la revuelta jónica contra Persia, alentada por Atenas.
- 494 Fin de la revuelta. Cae Mileto en manos de los persas.
- 490 Batalla de Maratón. Leónidas en Esparta.
- 487 Reformas políticas de Temístocles en Atenas.
- 486 Muere Darío. Jerjes, rey de Persia.
- 484 Nacimiento de Heródoto.
- 483 Jerjes se prepara para una expedición contra Grecia.
- 483 Atenas comienza a construir su flota de doscientos trirremes.
- 481 Formación de la Liga Helénica.
- 480 Batallas de Termópilas y Salamina.
- 479 Batallas de Platea y Mícala.
- 477 Liga de Delos de los aliados de Atenas sin Esparta y los suyos.
- 465 Muere Jerjes asesinado. Artajerjes I.
- 464 Rebelión de los ilotas en Esparta.
- 462-1 Los espartanos no aceptan la ayuda ateniense. Reformas de Epialtes y Pericles.
- 460 Primera guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta.
- 458 Batalla de Tanagra, gana Esparta.
- 447-32 Construcción del Partenón.
- 440 Revuelta de Samos contra Atenas.
- 431 Segunda guerra del Peloponeso.
- 430 Peste en Atenas.
- 429 Muere Pericles.
- 425 Heródoto publica sus *Historias*.
- 424 Muere Artajerjes I. Darío II.
- 420 Muere Heródoto en Turios, en la Magna Grecia.

Apunte bibliográfico

Para la *Historia* de Heródoto he utilizado y citado la edición de la Biblioteca Clásica Gredos en cinco volúmenes (Madrid, 1977-1989), traducida y anotada por Carlos Schrader. También me he servido de la versión del erudito Bartolomé Pou (1727-1802) editada por Edaf (9.ª edición, Madrid, 2007).

- ANDRÉ, CH.: *Prácticas de autoestima*, Kairós, Madrid, 2008.
- ANDREU, C.: *Del ataúd a la cometa. Las personas felices no nacemos, nos hacemos*. Viceversa, Barcelona, 2009.
- ARISTÓTELES: *Ética a Nicómaco*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985.
- —: *Política*, Gredos, Madrid, 2000.
- ASIMOV, I.: *Los egipcios*, Alianza, Madrid, 1983.
- BERNABÉ, A.: *De Tales a Demócrito: fragmentos presocráticos*, Alianza, Madrid, 2006.
- CARTLEDGE, P.: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Ariel, Barcelona, 2007.
- CERVANTES, M. DE: *Don Quijote de La Mancha*, Editorial Juventud, Barcelona, 1995.
- CASTRILLO, D. (CANAL HISTORIA): *Las grandes batallas*, Random House Mondadori, Barcelona, 2009.
- CICERÓN: *Catón el viejo o De la vejez*, Editorial Juventud, Barcelona, 2005.
- —: *Sobre la República. Sobre las leyes*, Tecnos, Madrid, 2000.
- DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos ilustres*, Alianza, Madrid, 2008.
- ESQUILO: *Tragedias completas*, Cátedra, Madrid, 1990.
- FARRINGTON, B.: *Mano y cerebro en la Grecia antigua*, Ayuso, Madrid, 1974.
- FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar, Siglo XXI*, Madrid, 1990.
- CARCÍA GUAL, C.: *Los siete sabios (y tres más)*, Alianza, Madrid, 2007.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Historia de Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 2001.
- GOÑI, C.: *Alma femenina. La mujer en la mitología*, Espasa, Madrid, 2005.
- —: *Cuéntame un mito*, Ariel, Barcelona, 2009.
- —: *Una de romanos*, Ariel, Barcelona, 2008.
- HIPÓCRATES: *Tratados*, Gredos, Madrid, 2007.
- HOMERO: *Ilíada; Odisea*, Gredos, Madrid, 2000.
- JAEGER, W.: *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, F. C. E., Madrid, 1982.
- JENOFONTE: *Ciropedia*, Gredos, Madrid, 2000.
- KANT, I.: *Crítica del juicio*, Espasa-Calpe, Madrid, 2007.
- KAPUSCINSKI, R.: *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Barcelona, 2006.

- MURAKAMI, H.: *De qué hablo cuando hablo de correr*, Tusquets, Barcelona, 2010.
- NEGRETE, J.: *La gran aventura de los griegos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- PETRONIO: *El satiricón*, Alianza, Madrid, 2003.
- PLATÓN: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1981.
- POPPER, K. R.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Barcelona, 2008.
- RACIONERO, L.: *Oriente y occidente*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- RAMÓN Y CAJAL, S.: *Charlas de café*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.
- SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*, 2 vols., B. A. C., Madrid, 2007.
- SEXTO EMPÍRICO: *Contra los profesores*, Gredos, Madrid, 1997.
- STEWART, CH.: *Tres maneras de volcar un barco*, Salamandra, Barcelona, 2010.
- TOLKIEN, J. R. R.: *El señor de los anillos*, Minotauro, Barcelona, 1985.
- UNAMUNO, M. DE: *Diario íntimo*, Alianza, Madrid, 1998.
- VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables*, Akal, Madrid, 1988.
- —: *La Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009.

Glosario de nombres propios

- *Abido*. Ciudad de la costa asiática del Helesponto.
- *Adimanto*. General corintio.
- *Adrasto*. Príncipe frigio, hijo de Midas.
- *Ahura Mazda*. Principio del bien en el zoroastrismo.
- *Alejandro*. Rey de Macedonia (498-450 a. C.), embajador de Mardonio.
- *Amaltea*. Cabra o ninfa mitológica que amamantó a Zeus en Creta.
- *Amasis*. Faraón egipcio del siglo VI a. C.
- *Amazonas*. Legendario pueblo compuesto sólo por mujeres dedicadas a la caza y a la guerra.
- *Anacarsis*. Sabio escita que viajó por Grecia y adoptó costumbres griegas.
- *Angra Manyu*. Principio del mal en el zoroastrismo.
- *Anopea*. Senda en las Termópilas que los persas utilizaron para sorprender a los espartanos.
- *Apis*. Dios egipcio de la muerte con forma de buey.
- *Apries*. Faraón egipcio del siglo VI a. C.
- *Aquémenes*. Hermano de Jerjes.
- *Aqueménidas*. Casta persa a la que pertenecía Ciro.
- *Argía*. Esposa de Aristodemo, rey de Esparta.
- *Argivo*: natural de la ciudad griega de Argos.
- *Arimnesto*. Espartano que en Platea hirió de muerte a Mardonio.
- *Arión de Metimna*. Creador de los ditirambos.
- *Aristágoras*. Tirano de Mileto, yerno de Histieo.
- *Aristodemo*. Legendario rey de Esparta.
- *Aristodemo*. Superviviente de los trescientos junto a Pantitas.
- *Artábano*. Tío paterno y consejero de Jerjes, hermano de Darío.
- *Artabazo*. General persa que dirigió el regreso de las tropas vencidas en Platea.
- *Artáfrenes*. Sátrapa de Sardes, hermano de Darío.
- *Artáfrenes*. Hijo de Artáfernes, sobrino por tanto de Darío. Dirigió la flota persa contra Maratón.
- *Artemisia*. Tirana de Halicarnaso que luchó en Salamina del lado persa.
- *Artemisio*. Cabo al norte de la isla griega de Eubea.
- *Artobázan*. Hijo de Darío y su primera mujer.
- *Asia*. Una de las tres partes del mundo, junto a Europa y África.
- *Astiages*. Rey de Media, derrocado por Ciro.
- *Atagino*. Oligarca tebano filopersa que organizó un festín en honor a Mardonio.
- *Atenas*. Capital del Ática.
- *Ática*. Región de Grecia central.

- *Atis*. Hijo mayor de Creso.
- *Atos*. Monte de la Calcídica en la península de Acté.
- *Atosa*. Hija de Ciro y esposa de Darío.
- *Autónoo*. Héroe mitológico delfio.
- *Báratro*. Pozo donde en Atenas se precipitaba a ciertos condenados a muerte.
- *Beocia*. Región de Grecia central.
- *Bóreas*. Dios de los vientos.
- *Bósforo*. Estrecho que conecta el mar Negro y el mar de Mármara y separa Asia de Europa.
- *Bránquidas*. Familia a cargo del templo de Apolo en Dídima.
- *Bulis*. Noble espartano perdonado por Jerjes.
- *Cadmo*. Mítico príncipe fenicio introductor del alfabeto en Grecia.
- *Calcídica*. Península de Grecia septentrional.
- *Calíope*. Una de las nueve Musas.
- *Cambises I*. Padre de Ciro.
- *Cambises II*. Hijo de Ciro. Reinó entre 529 y 522 a. C.
- *Candaules*. Rey de Lidia, hijo de Mirso.
- *Carilao*. Hermano de Meandrio, tirano de Samos.
- *Carneas*. Fiestas espartanas en honor a Apolo Carneio.
- *Casolis*. Fuente del santuario de Delfos de donde bebía la pitonisa.
- *Castalia*. Fuente donde se purificaba la pitonisa de Delfos antes de profetizar.
- *Ceos*. Isla de las Cícladas.
- *Ciajares*. Rey de Media, padre de Astiages.
- *Cícladas*. Archipiélago del Egeo meridional en forma casi circular.
- *Cipsélicas*. Descendientes del tirano Cipselo de Corinto.
- *Cirene*. Ciudad griega en el norte de África al oeste de Egipto.
- *Ciro*. Rey persa de la dinastía aqueménida, llamado Ciro II el Grande. Reinó entre 550 y 529 a. C.
- *Citerón*. Montaña entre el Ática y Beocia.
- *Cléobis y Bitón de Argos*. Hermanos considerados felices por Solón.
- *Cleómenes*. Rey de Esparta.
- *Clío*. Una de las nueve Musas.
- *Clístenes*. Reformador. Introdujo la democracia en Atenas (508 a. C.).
- *Coaspes*. Río que pasa por Susa, afluente del Tigris.
- *Coes*. Consejero de Darío.
- *Columnas de Heracles*. Estrecho de Gibraltar.
- *Corinto*. Ciudad al noreste del Peloponeso. Istmo entre el mar Egeo y el Jónico.
- *Creso*. Rey de Lidia, derrotado por Ciro.
- *Darío*. Rey persa que sucedió en el trono a Cambises. Reinó entre 522 y 486 a.

C.

- *Delfios*. Habitantes de Delfos.
- *Delfos*. Santuario de Apolo en la Fócide y uno de los principales oráculos de Grecia.
- *Delos*. Isla de las Cícladas.
- *Delos, Liga de*. Confederación de las principales polis griegas contra Persia.
- *Demarato*. Rey de Esparta exiliado en Susa.
- *Démeter*. Diosa maternal de la tierra.
- *Democedes de Crotona*. Famosos médico griego.
- *Deyoces*. Rey de Media a principios del siglo VIII a. C.
- *Diéneces*. Soldado espartano perteneciente a los trescientos.
- *Dioniso*. Dios griego del vino.
- *Dodona*. Oráculo en Epiro.
- *Dorios*. Una de las estirpes griegas, junto a los jonios, eolios y aqueos.
- *Dracón*. Legislador ateniense (siglo VII a. C.).
- *Ea*. Ciudad de la Cólquide.
- *Ébares*. Caballerizo de Darío.
- *Edipo*. Famoso rey de la mitología que mató a su padre y se casó con su madre, según la tragedia homónima de Sófocles.
- *Éfeso*. Ciudad de Jonia.
- *Egáleo*. Monte del Ática desde donde Jerjes observaba la batalla de Salamina.
- *Eleusis*. Ciudad del Ática.
- *Empédocles de Agrigento*. Filósofo del siglo V a. C.
- *Epialtes*. Ciudadano de Mélide que traicionó a los griegos en las Termópilas.
- *Erato*. Una de las nueve Musas.
- *Eretria*. Ciudad de Eubea.
- *Eritreo*. El mar Rojo.
- *Escitia*. Región situada al norte del Ponto Euxino, entre los ríos Istro y Tanais.
- *Esmerdis*. Príncipe persa, hermano de Cambises. También se llamaba así el mago que intentó suplantarle.
- *Esmindírides*. Ciudadano sibarita.
- *Espaca*. Nodriza de Ciro. En idioma medo significa «perra».
- *Esparta*. Capital de Lacedemonia.
- *Espertias*. Noble espartano perdonado por Jerjes.
- *Esquilo*. Autor de tragedias.
- *Éufrates*. Río de Babilonia.
- *Euribíades*. Almirante espartano de la flota griega.
- *Eurístenes*. Hijo de Aristodemo y hermano de Procles.
- *Europa*. Una de las tres partes del mundo. Mítica princesa fenicia.

- *Euterpe*. Una de las nueve Musas.
- *Falero*. Antiguo puerto de Atenas.
- *Farnuques*. Jefe de la caballería de Jerjes.
- *Fedimia*. Hija de Ótanes que descubrió al falso Esmerdis.
- *Fenicios*. Habitantes de Fenicia.
- *Ferón*. Faraón de Egipto, hijo de Sesostris.
- *Fílaco*. Héroe mitológico delfio.
- *Filípides*. Soldado que corrió de Atenas a Esparta para pedir ayuda. Muchas veces confundido con Tersipo.
- *Focenses*. Habitantes de la región de Fócide.
- *Fócide*. Región de Grecia central.
- *Frarotes*. Rey de Media, hijo de Deyoces.
- *Frigia*. Región de Asia Menor al oeste de la península Anatolia.
- *Gelón*. Tirano de Siracusa.
- *Giges*. Rey de Frigia.
- *Gobrias*. Oficial de Darío, padre de Mardonio.
- *Gordias*. Rey frigio famoso por haber hecho un nudo imposible de desatar (nudo gordiano), padre de Midas.
- *Gorgo*. Hija del rey Cleómenes y esposa de Leónidas.
- *Halicarnaso*. Ciudad de Caria, al suroeste del mar Egeo, patria de Heródoto.
- *Halis*. Río de Anatolia frontera natural entre Lidia y la Media.
- *Hárpago*. Ministro de Astiages que se puso del lado de Ciro.
- *Hárpago*. General persa bajo Darío y Jerjes.
- *Hélade*. Grecia.
- *Helanódicas*. Árbitros en los Juegos Olímpicos.
- *Helena*. Esposa de Menelao de Esparta raptada por Paris.
- *Helesponto*. Estrecho que conecta el mar de Mármara con el Egeo. Actualmente Dardanelos.
- *Hera*. Esposa de Zeus según la mitología.
- *Heráclidas*. Descendientes de Heracles.
- *Heráclito de Éfeso*. Filósofo jonio del siglo VI-V a. C.
- *Hidarnes*. Hermano de Jerjes, comandante de los Inmortales.
- *Hilotas*. Pueblo sometido por los espartanos.
- *Hímera*. Batalla en la que Gelón venció a los cartagineses.
- *Hipias*. Tirano de Atenas, hijo de Pisístrato.
- *Hipócrates*. Médico griego (460-377 a. C.).
- *Histaspes*. Noble aqueménida, padre de Darío.
- *Histieo*. Tirano de Mileto, promotor del levantamiento jonio.
- *Idantirso*. Rey de los escitas en época de Darío.

- *Ínaco*. Rey de Argos, padre de Ío.
- *Inmortales*. Cuerpo de elite de las tropas persas compuesto por diez mil hombres.
- *Ío*. Doncella argiva, hija del rey Ínaco, raptada por los fenicios.
- *Istro*. Nombre que los antiguos daban al Danubio.
- *Jantipo*. General ateniense, padre de Pericles.
- *Jenófanes*. Filósofo natural de la ciudad jonia de Colofón (VI a. C.).
- *Jerjes*. Hijo de Darío y Atosa. Gran Rey de Persia (485-465 a. C.).
- *Jonia*. Región costera de Asia Menor.
- *Kefrén*. Faraón egipcio (tercer milenio a. C.).
- *Keops*. Faraón egipcio (tercer milenio a. C.).
- *Labineto*. Rey de Babilonia que luchó contra Ciro.
- *Lacedemonia*. Región meridional del Peloponeso.
- *Laconia*. Lacedemonia.
- *Laureo*. Región montañosa del Ática famosa por sus minas de plata.
- *Leónidas*. Rey de Esparta, general de los trescientos que murieron en las Termópilas.
- *Leotíquidas*. Rey de Esparta que compartía el gobierno con Leónidas.
- *Libia*. Así llamaban los antiguos a África.
- *Lícides*. Miembro del consejo ateniense lapidado por apoyar la rendición a Persia.
- *Lidia*. Región al oeste de la península de Anatolia (actual Turquía).
- *Lúculo*. Cónsul romano.
- *Macedonia*. Región nororiental de Grecia.
- *Mandane*. Madre de Ciro.
- *Manes*. Pensador persa fundador del maniqueísmo (216-275 d. C.).
- *Mandrocles de Samos*. Ingeniero que construyó el puente sobre el Bósforo en la época de Darío.
- *Maratón*. Llanura al noreste de Atenas. Famosa batalla ganada por los atenienses.
- *Mardonio*. General y consejero de Jerjes.
- *Maságetas*. Pueblo escita.
- *Masistio*. Jefe de la caballería persa en Platea.
- *Meandrio*. Tirano de Samos, sucesor de Polícrates.
- *Medea*. Hija del rey de los colcos raptada por los griegos.
- *Media*. Región que ocupaba desde el este de la península de Anatolia, frontera con Lidia, hasta el Irán.
- *Medos*. Pueblo de la Media, los griegos los confundieron con los persas.
- *Megabizo*. Uno de los septenviros persas que derrocaron al mago Esmerdis.

- *Melas*. Río de Tracia.
- *Melpómene*. Una de las nueve Musas.
- *Menelao*. Mítico rey de Esparta casado con Helena.
- *Menes*. Primer rey de Egipto hacia el año 3100 a. C.
- *Mícala*. Promontorio frente a Samos. Batalla naval que dio fin a la segunda guerra Médica.
- *Micerino*. Faraón egipcio (tercer milenio a. C.).
- *Midas*. Rey frigio famoso por su riqueza.
- *Milcíades*. General ateniense vencedor en Maratón.
- *Mileto*. Ciudad de Jonia.
- *Milesio*. Natural de Mileto.
- *Milón de Crotona*. Atleta de fuerza extraordinaria.
- *Mirso*. Descendiente de los heraclidas y soberano de Lidia.
- *Mitradates*. Vaquero que salvó y crió a Ciro.
- *Mnemosine*. Diosa de la memoria.
- *Moeris*. Lago formado por el Nilo situado al sur de Menfis.
- *Musas*. Nueve hijas de Zeus y Mnemosine, inspiradoras de las artes que dieron nombre a cada uno de los nueve libros de la *Historia*.
- *Nabucodonosor*. Emperador de Babilonia (605-562 a. C.).
- *Neceo II*. Faraón egipcio hacia el 600 a. C.
- *Nitocris*. Legendaria reina de Babilonia.
- *Olimpia*. Ciudad de Élide al noroeste del Peloponeso.
- *Olimpo*. Monte al norte de Grecia, morada de los dioses.
- *Oretes*. Sátrapa de Sardes.
- *Orígenes*. Filósofo y apologista cristiano del siglo III d. C.
- *Oritía*. Mujer ática que según la mitología estaba casada con Bóreas, el dios de los vientos.
- *Ótanes*. Uno de los septenviros persas que derrocaron al mago Esmerdis.
- *Pactias*. Lidio que se sublevó contra Ciro tras la toma de Sardes.
- *Panitas*. Mesenio de la época de Aristodemo.
- *Pantagnoto*. Hermano del tirano Polícrates, por quien fue asesinado.
- *Pantitas*. Superviviente de los trescientos junto a Aristodemo.
- *Paris*. Príncipe de Troya.
- *Parnaso*. Monte de la Fócide.
- *Paticites*. Mago que, junto con su hermano Esmerdis, pretendió usurpar el trono a Cambises.
- *Pausanias*. General espartano vencedor en Platea, sobrino de Leónidas.
- *Peloponeso*. Península al suroeste de Grecia.
- *Peonia*. Región de Tracia.

- *Periandro*. Tirano de Corinto.
- *Pericles*. Arconte de Atenas entre 461-430 a. C.
- *Persas*. Habitantes de Persia, confundidos por los griegos con los medas.
- *Persia*. Región del centro y el sur del Irán, con capital en Pasargadas, Susa y Persépolis.
- *Pireo*. Puerto de Atenas.
- *Pirro*. Rey de Epiro (318-272 a. C.), luchó contra Roma.
- *Pisístrato*. Tirano de Atenas (560 a. C.).
- *Pitágoras*. Pensador de Samos expatriado en la Magna Grecia (VI a. C.).
- *Pitia*. Sacerdotisa del oráculo de Delfos.
- *Pitio*. Lidio que tenía cinco hijos en el ejército de Jerjes.
- *Platea*. Ciudad de Beocia donde se libró la batalla en la que los griegos vencieron a los persas.
- *Polícrates*. Tirano de Samos (VI a. C.).
- *Polimnia*. Una de las nueve Musas.
- *Poseidón*. Dios del mar.
- *Prexaspes*. Lugarteniente de Cambises.
- *Príamo*. Rey de Troya, padre de Paris.
- *Procles*. Hijo de Aristodemo y hermano de Eurístenes.
- *Proteo*. Rey de Egipto.
- *Psamético*. Rey de Egipto en el siglo VII a. C.
- *Quersoneso*. Península al noreste del Egeo.
- *Rabducos*. Policías ataviados con varas en los Juegos Olímpicos.
- *Rómulo y Remo*. Legendarios fundadores de Roma.
- *Salamina*. Pequeña isla en el golfo Sarónico, frente a Atenas. Batalla naval ganada por los griegos.
- *Samos*. Isla del Egeo en la costa Jonia.
- *Samios*. Habitantes de Samos.
- *Sardes*. Capital de Lidia.
- *Sataspes*. Persa que intentó circunnavegar el continente africano.
- *Saulio*. Rey escita.
- *Sesostris*. Faraón egipcio, 2000 a. C.
- *Sesto*. Ciudad europea en la costa del Helesponto.
- *Sexto Tarquino*. Hijo de Tarquino el Soberbio, rey de Roma.
- *Síbaris*. Colonia griega en la Magna Grecia, famosa por su riqueza.
- *Silosonte*. Hermano del tirano Polícrates, por quien fue desterrado de Samos.
- *Simónides*. Poeta originario de Ceos.
- *Solón*. Legislador ateniense que, según Heródoto, visitó al rey Creso en Sardes.
- *Spargapises*. Hijo de la reina maságeta Tomiris.

- *Susa*. Capital del Imperio persa.
- *Taigeto*. Monte de Esparta.
- *Talía*. Una de las nueve Musas. *Tarquino el Soberbio*. Rey de Roma (VI a. C.).
- *Tebas*. Ciudad de Beocia y de Egipto.
- *Tebanos*. Habitantes de Tebas.
- *Telo*. Ateniese, según Solón el hombre más feliz que conoció.
- *Temístocles*. General ateniense. Derrotó a los persas en Salamina.
- *Termópilas*. Paso estrecho entre Tesalia y Grecia central. Batalla.
- *Terón*. Tirano de Acragante.
- *Terpsícore*. Una de las nueve Musas.
- *Tesalia*. Región de Grecia central.
- *Teseo*. Héroe mitológico ateniense que mató al Minotauro.
- *Tersandro*. Ciudadano de Orcómeno de Beocia, confidente de Heródoto.
- *Tersipo*. Soldado que corrió de Maratón a Atenas para comunicar la victoria ateniense.
- *Tespías*. Ciudad de Beocia.
- *Timodemo*. Ciudadano de Afidnas adversario de Temístocles.
- *Tomiris*. Reina maságeta que acabó con Ciro.
- *Tonis*. Gobernador en Egipto bajo Proteo.
- *Tracia*. Región de Europa oriental.
- *Tracios*. Habitantes de Tracia.
- *Trasibulo*. Tirano de Mileto.
- *Trausos*. Pueblo de Tracia meridional.
- *Tresas*. «El miedoso», sobrenombre que se le dio a Pantitas por haberse salvado en las Termópilas.
- *Troya*. Ciudad de Asia Menor cerca del Helesponto.
- *Turios*. Ciudad de la Magna Grecia donde murió Heródoto.
- *Urania*. Una de las nueve Musas.
- *Zeus*. Padre de todos los dioses y rey del Olimpo según la mitología griega, hijo de Cronos y Rea.
- *Zópiro*. Uno de los septenviros persas que derrocaron al mago Esmerdis.
- *Zoroastro* o *Zaratustra*. Sacerdote persa fundador del zoroastrismo.

Agradecimientos

Una vez más quedo en deuda con el profesor Ramon Torné Teixidó, que con paciencia revisó el original y con delicadeza me hizo valiosísimas observaciones.